

**EL ANILLO EN
EL AGUA**

© **Del texto:** Rafael Marín.

© **De la presente edición:**
Diputación Provincial de Cádiz.
Servicio de Publicaciones.

Edita:
Diputación Provincial de Cádiz.
Servicio de Publicaciones.

Diseño: Emotive project

Imprime: Imprenta Imprenta

Depósito legal: 000-0-0008

I.S.B.N: 000-000-00



Diputación
de Cádiz

FUNDACIÓN
PROVINCIAL
DE CULTURA



STANLEY KUBRICK
LA MADAMA
MONTY

LUCIFERA



FLASH GORDON

PENTHOUSE

GRAPCO

ESTACIO

RICHARD CORBEN
MINDO ALIEN

RAFEL MARÍN
LÁGRIMAS DE LUZ

DUNI

*Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré como un anillo al agua,
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.*

Blas de Otero

UNA MAÑANA DE NOVIEMBRE

Quince años más tarde mi amigo Pepito el platero me enseñaría a admirar los patios gaditanos, nada que ver con el árido cuadrado de ladrillo y tierra al que yo me había asomado desde un tercer piso durante toda la vida. El patio de mi casa era funcional y feo, un fortín de ventanas indiscretas que todavía conserva en sus paredes las cicatrices de los balones que estrellaban mis amigos la mañana del día de reyes, un adefesio consentido que al principio tuvo media docena de árboles que nadie echa ya de menos. Hay un buen puñado de recuerdos recostándose todavía sobre la cal amarilla de sus muros, momentos sin importancia ninguna ni significación especial y que anoto aquí para que quede constancia al fin y al cabo de que un día tuvieron vida: los primeros tebeos malvendidos por una cuarta parte de su precio las tardes de julio, cuando el calor chirriaba y ningún vecino se acercaba a echarles un vistazo; el relámpago de las braguitas blancas de Manoli en la trifulca salvaje de los pulis adolescentes; el saludo perenne de su hermano José Manuel despidiéndose de su madre cada vez que salía, la manita al aire, cuando ya gastaba barba Richelieu, flequillo Rasputín o bigote de George Harrison; ese walkie-talkie que cruzaba de su casa a la mía, sustituto del silbido en clave y reemplazado después por el timbre del teléfono, o la desbandada que causaba en los chiquillos la aparición

del negro perrazo que hacía honor al león que llevaba en el nombre. El patio de mi casa era particular, no hace falta decirlo, y cuando llovía y se mojaba acababa hecho un asco.

Era ese mismo patio el que cruzaba yo en perpendicular la mañana de noviembre en que quiero comenzar este relato. Uno andaba ya advertido y la cosa (el desenlace, que dirían los periodistas) se esperaba, pero todavía me sobresalta en la memoria aquel siseo madrugador, la vecina asomada de perfil a la ventanita incómoda del cuarto de baño, como el cartel de la película de Polanski que pronto iríamos todos a ver, fantasmagórica, cetrina y asustada, un puro silencio de miedo, indicándome con el dedo y la mueca que no me tomara la molestia de ir al colegio. La entendí en seguida, claro: Franco había muerto.

En otro patio no menos deplorable, acorazado además por pertenecer a la casa-cuartel que en realidad era, la madre de Juanito Mateos, posesiva e inculta como todas las madres, hizo acopio de víveres y despertó a sus hijos, hecha un manojito de lágrimas, para darles la noticia y rezar diez padrenuestros de corrido. Juanito confiesa que también lloró. Supongo que la pobre mujer, en su desazón, no cayó en la cuenta de que si lo peor de sus temores se cumplía a su marido guardia civil no le iba a faltar trabajo.

Téllez cuenta que viendo a media mañana la repetición del discurso de Arias Navarro en el Tadeo (un bar que quisieron convertir en Café Gijón cuando en realidad no era más que un triste bache, refugio de marineros borrachos y progres beatos) brindó con moscatel y Manolo Ruiz Torres por la noticia, y alguno de los dos dijo aquello de «aquí hace falta una paloma o un disparo» que después quedaría escrito en un poema hoy ya perdido. No creo que sea verdad, pero en la biografía del verso quedó aparente.

Franco se había muerto y nos dejaba a todos huérfanos, atemorizados y libres.

LA PRIMERA PINTADA

Mi primer encuentro con la política vino a través de la gramática. Ciertamente, había soportado con paciencia las insufribles clases de Formación del Espíritu Nacional en el colegio, pero entre que a unos profesores (pocos) se les veía ya el plumero democristiano y a otros la vena, y con el lío que suponían los Planes de Desarrollo y todas las demás monsergas quinquenales, yo no había conectado aquel puñado de datos intragables con la realidad. La parafernalia del régimen, cuando la advertíamos, era algo a ignorar estoicamente, cuestión de mirar a otro lado y esperar a que pasase el chaparrón, una cosa que, a los trece o catorce años, no iba con nosotros ni nos hacía ninguna falta. Los profesores de fen, además, aunque arrastraban todavía un regustillo a correa y cuero, eran ya unos outsiders calzados en el centro sin integrarse en él, unos enchufados de lujo que daban clase a cuarenta chavales más interesados en las volteretas de Dan Defensor que en el ardor patriótico de señores bajitos, unos retardados de su tiempo que intentaban vendernos un producto añejo a falta de legiones azules donde emplear un vigor masculino que, no exagero, en más de uno se notaba equívoco. Era sospechoso que la gimnasia y la política las impartieran aquellos mismos tipos fanfarrones y monolíticos que, además, a veces alternaban sin pudor con los miembros más alocados y cachas del equipo de atletismo o se casaban secretamente de penalty en lo que

era un clamor público y páblico. La política no dejaba de ser una asignatura maría que se aprobaba por la cara, sin detenerte a pensar en ella, y santas pascuas.

Fue la gramática, ya digo, la que me puso en contacto con la política no como algo dormido y archivado entre papeles, sino como hecho vivo, callejero y nocturno: una mañana apareció una pintada frente el colegio. Franco todavía veraneaba en el Azor, y las letras negras revelaban todo un grito mudo. LIBERTAD NO FASCISMO, habían escrito a golpes de brocha y nervios. La descubrimos al entrar en clase, como siempre se descubren estas cosas, y a media mañana, misteriosamente, había desaparecido ya, convertida en un tachón aún más aparatoso.

Fue la falta de la coma lo que me mosqueó. ¿Qué habían querido decir con aquello? ¿Que no querían libertad, sino fascismo? ¿O todo lo contrario? La primera pintada de mi vida, incluso antes de ser silenciada a cuadros, parecía un jeroglífico.

Lo comenté con Miguel, mi compañero de banca y uno casi diría de exilio (ya explicaré eso luego). Miguel tenía un padre ex-peluquero, calladito, descontento y pesimista, lo que después he comprendido era un rogelio, y supongo que en su casa estarían más al tanto que en la mía de esas cosas. El caso es que Miguel, en ese aspecto, no había tenido problema ninguno para comprender el mensaje del escritor anónimo.

—¿Pero tú sabes acaso lo que es el fascismo?

Me lo preguntó con esa mirada suya de soslayo tan característica, por encima de las enormes gafotas de carey que usaba en aquella época, un muchachito inteligente y mal vestido, siempre con calcetines rojos, zapatos gorila y bufandas marrón oscuro. Aunque acababa de descubrir a Bruce Lee, todavía no tenía cara de chino.

Yo traté de justificarme, algo picado. Claro, le dije, los alemanes... Recordé las Hazañas Bélicas y las películas de los sábados en

sesión de tarde. Me costó hacer la conexión. O sea que según Miguel y aquella pintada nosotros vivíamos en un estado fascista. En los años setenta, desde mi posición de humilde hijo de clase obrera venida a poco más, estudiando en un colegio católico y nada represivo, los Salesianos, es comprensible que viviera en la higuera, como todos. O sea que Franco era un fascista, no el gran padre blanco, anciano y bonachón que velaba por nosotros y nos deseaba feliz año nuevo mientras movía la mano al compás como un muñeco de José Luis Moreno. O sea que vivíamos en un estado fascista y yo, jolín ya, sin enterarme.

La gramática al encuentro del futuro. Con coma o sin ella, aquella pintada primera, LIBERTAD NO FASCISMO, había servido al menos para que yo me enterara de que en España no teníamos libertad, sino otra cosa que, además de sonar mal, era sin duda algo muy feo.

Me pregunto qué más habría aprendido si aquella coma puñetera hubiera estado en su sitio.

SEÑAS DE IDENTIDAD

Era un periodo de vacío. Era un tiempo vacío. Aunque la situación nos cogía a todos de nuevas, existía un precedente de apenas un par de años atrás, cuando el almirantísimo fue ascendido en el escalafón directamente a la gloria, aquel otro entierro en olor de multitud que dejó al descubierto para mi generación que los hombres que gobernaban el país eran unos viejos achacosos con muchas medallas de sangre sobre el abrigo azul. Entonces, igual que ahora, Gary Cooper echó un cable a la programación de televisión en su papel de piloto de portaaviones, por poca conexión que tuviera el argumento con el luto oficial declarado, y también igual que ahora nos retrasaron tres días un examen de matemáticas que después suspendí de todas formas. Lo que pasaba en Madrid nos parecía lejano y frío, como el vaho que entre temblores exhalaban los prohombres en el cortejo.

En España tal vez empezara a amanecer, pero con los postigos cerrados no entraba claridad ninguna en casa. Durante un buen montón de meses nada varió de forma importante en nuestras vidas. Colegio, exámenes, películas y tebeos, aquella portada ya muy tardía de *Hermano Lobo* con Arias Navarro («Queda usted cesado». «¿Dimitido?». «Bueno, dimitido»), y poco más. Hemos sabido que existió el espíritu del 12 de febrero leyendo libros de historia.

Yo no sé si se esperaba que fuera a venir la democracia, pero la democracia vendría de todas formas, como un tren imparable que ningún guardaagujas podía detener ni se atrevía. Era un sarampión que nos esperaba apenas año y medio en el futuro, la lluvia que parafraseando a Bob Dylan nos enseñó a tararear Pablo Guerrero.

El mundo a nuestro alrededor iba a cambiar, pero en nuestra ansia adolescente no nos dábamos cuenta.

MI AMIGO MIGUEL

La proximidad de nuestros apellidos nos tenía predestinados desde el primer curso en que pusimos los pies en el colegio. Habría que estudiar cuántas amistades se han cimentado sólo en eso, en la coincidencia alfabética y la comodidad de los profesores, y si es lícito o no una manipulación de los sentimientos y el futuro en ese sentido, y hasta qué punto esas amistades habrían seguido funcionando si, pongamos por caso, los apellidos distaran entre sí el lapso de nueve o doce letras del abecedario. Miguel Martínez y yo, de cualquier manera, estábamos destinados a encontrarnos no ya sólo por el hecho de la «m» compartida, sino porque había muchas cosas más que teníamos en común para distinguirnos de los demás chavales de las diferentes clases que ambos fuimos pisando, y como no se trataba de aficiones que en aquella época (ni en ninguna otra) fueran consideradas normales, parece que desde el principio los dos lo teníamos claro. De todas formas, como el apellido Martínez era entonces mucho más común que ahora (puesto que no lo veo repetirse tanto entre las listas de clase de mis propios alumnos, distribuidos, eso sí, como les da la gana), a Miguel lo conocíamos no por su nombre de pila, como habría sido más deseable y lógico, sino por su segundo apellido, con artículo incorporado, rasgo de habla

andaluza que según dicen es pecado mortal. Durante muchos años conocí a Miguel simplemente por «el Ponce», atrocidad que no quedó corregida hasta que las aventuras comunes que pretendo relatar en esta crónica lo hicieron desaconsejable y hasta engorroso.

Miguel Martínez, lo he dicho ya, era inteligente y estudioso, feo y formal aunque no fuerte, hijo único sietemesino y suertudo, un cuatroyo que debió sufrir por eso mismo lo suyo durante la infancia pero que al llegar al bachillerato decía tenerlo bastante superado. Miguel era un manitas que entregaba siempre los trabajos artísticos más originales y dibujaba con soltura en los márgenes de todos los libros y cuadernos que caían a su alcance. Después he conocido a gente con más habilidad creadora que mi amigo Miguel Martínez, pero siempre que cojo un lápiz y garabateo en un papel las caras de ojos saltones que me dicta mi neurosis me viene al recuerdo que él lo hacía mucho mejor de lo que yo podré hacerlo nunca.

Miguel dibujaba y yo escribía. O decía escribir. Miguel dibujaba y eso se veía en sus cuadernos, en sus apuntes, en la mesa que compartíamos, en las cartulinas donde empezó a hacer sus primeros cómics. Yo sabía que podía escribir, que quería ser escritor, o periodista, o las dos cosas si son distintas, pero no me ponía a hacer versos en clase ni emborrionaba nada con proyectos de relatos ni novelas, sino que trabajaba en casa y en secreto, sobre una vieja Olivetti color aguamarina que acabé cargándome sin haber sacado de ella nada bueno. Una diferencia entre nosotros era que Miguel hacía y yo pensaba, acumulaba argumentos e historias que después, claro, no llegarían a ninguna parte, como quizá tampoco llegaron a nada aquellos monigotes de bella traza que veía crecer a mi alrededor para aliviar el tedio de las clases y la monotonía de las explicaciones de la profesora de matemáticas, cuando las había.

Durante los siete años que estudiamos juntos compartimos idéntica afición a los cómics y la ciencia ficción, al cine y los relatos de

aventuras. La música nos distanció un poquito cuando yo descubrí a Serrat y los cantautores y él se quedó clavado (o eso me parecía) en los Beatles y las canciones de un niño negro, ex-dibujo animado, que se llamaba Michael Jackson. Serrat vino a cantar al Cortijo Los Rosales poco antes de que tuviera que quedarse en México por problemas de salud política, y Miguel hizo de tripas corazón y me acompañó, soportando durante cuatro horas la música pachanguera del inaguantable grupo telonero y el contoneo morboso de las chavalas en flor a las que, timidez estúpida de nuestra adolescencia vacía, ninguno de los dos se atrevía a acercarse. Serrat presentó esa tarde de agosto (porque, como los marineros con pase, fuimos a oírle a la sesión de tarde, no a la de noche) las canciones de «Para Piel de Manzana», y cuando salimos de allí y pusimos rumbo a casa Miguel ya se había convertido en un fan incondicional. Más lento en todo, yo tardé casi doce años en aprender a admirar a los Beatles.

Lo que sí nos separó, antes de que la universidad, las novias, las oposiciones y accesos directos nos hicieran reencontrarnos sólo de vez en cuando, lo que acabó por clarificarnos dónde empezaba uno y terminaba el otro, fueron los chinos. Miguel era un chaval sensato, un manitas con habilidad y poco estilo, un santo varón que me explicaba con paciencia y por teléfono todas las tardes las lecciones de física que yo no había entendido durante la mañana en clase, pero cuando descubrió las películas de chinos y a Bruce Lee creo que se le debieron de cruzar los cables. Gimnasios, nunchakus caseros, shurikens pedidos por correo, libros en inglés, posters japoneses, biografías, fotogramas, recortables, kimonos y tatamis, Miguel descubrió a Bruce Lee y a través de él la filosofía oriental, el tai chi, el zen y el arte de montar en motocicleta. Un caos. Tanto, que dejó lo que podría haber sido una brillante trayectoria como estudiante de ciencias y acabó de psicólogo (¿psicólogo?) administrando su tiempo entre novias a las que daba el esquinazo, esoterismos aplicados

y, cómo no, películas en video de su chino del alma. Pero eso es ya salirme del ámbito de esta historia.

Adelantado a su tiempo, Miguel Martínez creó un grupo secreto llamado O.S.I.B. para mosqueo de los matones de clase que jamás descubrieron qué demonios era (ini lo descubrirán!). La cara de Batman, veinte años antes del acid house y las paranoias de Tim Burton, adornaba ya nuestros carnets de gilipollas infantiles. Incluso desarrollamos un alfabeto secreto por el que nos transmitíamos mensajes que ningún jefe de estudios podía traducir, lo cual dice mucho de su capacidad intelectual y de nuestra ingenuidad de ahora y de entonces. Y también creamos dos personajillos de cómic, él y yo, Esto y Eso, que tenían como única aventura en la vida revender como nosotros los tebeos atrasados por unas cuantas peras al tío de la plaza, dinero que invertíamos en comprar nuevos tebeos que volvíamos a revender (convenientemente desgajados de todas aquellas historietas que nos parecían importantes) tres o cuatro semanas más tarde. Era un ciclo algo idiota, lo reconozco, pero durante un montón de años fue lo que sirvió para darle atractivo a nuestras mañanas de sábado.

Miguel tenía un perro blanco y negro que aparecía de vez en cuando en los papeles que emborronaba, incluso haciendo comentarios filosóficos que por supuesto no tenían gracia ninguna. El perro se llamaba Trosky, sin «t» intermedia quizá para despistar, lo que me hace pensar ahora que, desde luego, había en su familia un ambiente que seguro les hacía sintonizar a oscuras Radio Pirenaica. El perro me ladraba cada vez que me veía o me intuía, pero por lo mismo me ayudaba a despertar a su amo cuando, los sábados por la mañana, ya me dolía el dedo de pulsar en vano el timbre de su puerta. Un vecino hijo de puta lo envenenó dos o tres años después de que dejáramos de vernos de forma regular. Miguel lo enterró a medianoche en la Plaza de España, muy cerquita de su casa.

LETANÍAS DE DOMINGO

James Bond y Conan el Bárbaro, Shang-Chi Maestro de Kung Fu y Harry el Sucio componían nuestro exilio, nuestro ghetto. Donde otros chavales andaban de discotecas, o de priva, o de deporte (o mejor todavía, de ligoteo), nosotros teníamos por centro eso que algún pedante había bautizado como mass media. Junto a las novelas de Bruguera y los tebeos de Vértice, el cine de los domingos completaba el círculo de nuestros intereses. Charlton Heston todavía encarnaba el héroe prototípico, y el no va más del espectáculo resultó ser un pequeño tesoro de Douglas Trumbull, *Naves Misteriosas*, que sólo vimos tres personas el día de su estreno en Cádiz.

Luego, el paseo de rutina, con parada en algún bar para una tapa de ensaladilla rusa o un perrito. Terminada la evasión que nos prestaba el cine, nuestra soledad se convertía en puro hartazgo. Todo aquello que nos volvía camaradas en el colegio nos pesaba en la libertad de los domingos. La adolescencia tal vez sea una etapa de preguntas, pero para nosotros, para mí, fue un periodo de total y absoluto aburrimiento. Queríamos ser distintos, pero no sabíamos cómo, ni siquiera por qué. Las miras de nuestra generación iban por otros derroteros más tangibles, pero nosotros, entre los *Mundos Desconocidos* y la Edad Hyboria, supervivientes de SPECTRA y refugiados del *Planeta de los Monos, de los Simios*, no eramos capaces de comprender qué nos pasaba, por qué lo cotidiano nos parecía de pronto tan absurdo, tan coñazo.

Yo llegaba a casa solo, a tiempo de ver el último telediario. Cada semana el presentador de turno, como un ángel maléfico peinado a raya, nos acusaba desde su mesa ante la cámara. ETA había asesinado en Madrid, o en San Sebastián, o en Vitoria, y el telebombón nos lo contaba con morbo de fiscal de Perry Mason, con una pose clavada al Mefistófeles que dibujaba John Buscema en los tebeos del Silver Surfer, repitiendo la palabra asesinado muchas veces, sin despegar la mirada de donde estábamos, como un jefe de estudios que nos obligara a tomar nota de un castigo, como esos retratos que, te pongas donde te pongas, te buscan siempre los ojos. Asesinado, asesinado, asesinado, aquello no era información, sino un tercer grado que nos aplicaban directamente a nosotros, y nosotros no comprendíamos el motivo. Parecía que alguien pensaba que nos había dado tiempo, entre los títulos de crédito de la película de la semana y la hamburguesa con pan duro del bar Los Platillos Volantes, de coger un helicóptero, plantar dos bombas y volver a casa para ver los resultados en diferido.

Asesinado, asesinado, asesinado, cada domingo la misma lección. El sueño de escribir era lo único que me podía rescatar de aquella rutina. Pero ese sueño estaba todavía, como ahora, como siempre, demasiado lejos.

AMIGUETES

Yo tenía otros amigos más aferrados a la tierra, más sencillos, más simples, tal vez incluso más felices. Con ellos me aburría igual los domingos, rara vez pisaba un cine, por supuesto jamás comentaba un libro, un proyecto o un tebeo. Pero con ellos, ay, intentaba más en serio que con Miguel Martínez el venerable deporte de la caza de la quinceañera. Por desgracia, también con ellos regresaba a casa cada fin de semana sin haber disparado una sola flecha.

Mis otros amigos vivían, contrariamente a Miguel, en mi mismo barrio, en mi mismo patio, lo que facilitaba nuestra relación y, sobre todo, los paseos de vuelta a casa. Eran ya entre sí amigos de la infancia (yo llegué más tarde al grupo, en la preadolescencia), un par de años más jóvenes quizá. No sé por qué demonios decidieron dejar de salir conmigo una tarde de agosto, cuando el Trofeo Carranza empezaba a agonizar como el verano que se iba y los trenes pasaban temblando, haciendo mucho ruido, como si a alguien le importara su destino o su carga. En cualquier caso, debieron pensar que sin mí les iba a resultar más sencillo (y no es que yo fuera demasiado raro) saciar su comprensible sed de hembra.

Libres de mi presencia, a semejante pareja de ilusos no se les ocurrió mejor idea que meterse en una congregación juvenil, uno de esos inventos típicos de los años setenta (espero) de los que yo huía como un apestado sin tener una idea clara que me explicara

mi desdén: tampoco de niño me gustaba la OJE, y eso que siempre he tenido piernas bonitas. Mis amigos los mundanos, los que no querían ni podían ser escritores, los que todo lo más llegaban al sonido Filadelfia y a Juan Bau, me dieron carpetazo un anochecer de agosto y en seguida, como dos almas perdidas que vagaran dando tumbos por la adolescencia, tan incapaces sin mí como conmigo de comerse una rosca, adoptaron la salida fácil de meter el cuello y la pata en una asociación juvenil patrocinada por la iglesia no porque de pronto descubrieran la llamada de la fe o la solidaridad cristiana, lo que habría sido muy loable, sino porque en aquel círculo cerrado de flores a María y cancioncillas ñoñas había, claro, un buen puñado de chavalas que no iban a poder darles el esquinazo.

Antonio, el guaperas, rubio y delgado como un pajarito, casi un niño pijo de barrio obrero, aguantó poco allí. Lo tenía más fácil, tragó menos, se encaprichó de otros amigos y otras niñas más dispuestas, a su alcance. Consiguió su sueño de encontrarse la mitad y se perdió en el hiperespacio de los rostros apenas recordados y los saludos desde lejos. Casi diría que no he vuelto a verlo.

Manolo, más sencillo y más noble, chivo expiatorio para todo sin saberlo, aguantó como un bendito en la congregación cuando le tocó el turno de verse solo. No le quedaba otro remedio.

UN ALMA SENCILLA

Manolo Chulián era machadiano sin saberlo, lento, atento, servicial, modoso. Me partió un diente de un pistoletazo cuando éramos niños y durante unos cuantos años no le dirigí la palabra más que para amenazarlo. Manolo tenía unos mofletes carnosos, sonrosados, unos mofletes hechos para darles pellizcos, dos culitos de bebé dodot junto a los labios, y supongo que ya con doce años descubrí que partirle la cara me iba a costar esfuerzos ímprobos, por lo que le perdoné su atentado a mi integridad dental (tampoco me quedaba más remedio).

Manolo era un alma sencilla que comía como un pollito aunque estaba gordo, tenía complejo de gordo, era un gordo mucho más gordo de lo que en realidad estaba. Manolo era un gordo por dentro. Andaba con rapidez, como queriendo no hacer sombra, colocando un pie delante del otro con una celeridad que desafiaba las leyes del equilibrio, sin separar los muslos más que lo justo para avanzar un metro o dos. Se desplazaba igual que un barco a vapor, con la premura de un trencito de cuerda o un tentetieso con piernas, como si no tuviera un rumbo fijo, aunque lo tenía. Manolo siempre usaba pantalones grises que le quedaban estrechos y hablaba de forma educada, casi en susurros, pronunciando todas las eses en su sitio, sin decir jamás una palabra altisonante y, lo que es peor, sin pensarla siquiera.

Manolo tenía una madre hiperprotectora y tan buena gente como él, y un padre silencioso y huraño que daba, eso sí, muy cordialmente los buenos días. Había dos hermanas por ahí, ambas casadas con sendos cojos, una delgadita y la otra más progre y apetecible, que jamás estaban en casa.

Manolo sufrió una depresión poco después de ingresar en la sec-ta del convento, pero me temo que le vino más por odio al profesor de química de los Salesianos y al afán de que adelgazara con pastillas que a un posible lavado de cerebro por parte de los dominicos. Perdió un curso igual que yo perdí el cou y acabamos por vernos los dos en el instituto Columela, rebotados de un colegio casi bien y de pago, dos gaviotas en las montañas, yo repitiendo cou y él sexto. En aquella época, pasar de un colegio de curas a un instituto era como meterte de cabeza en el Bronx. Ahora debe ser como plantar una bandera en Sarajevo.

Pero sobrevivimos los dos a la huelga de penenes y a los vientos de cambio que nos emborracharon a todos. Y, sí, lo confieso, en el intermedio acabé visitando con Manolo la famosa congregación juvenil del convento de Santo Domingo.

DEL CORO AL CAÑO

No sé qué ancla, qué asidero podía encontrar Manolo en el coro de Santo Domingo, como no fuera cantar loas al cielo y dar rienda suelta a sus buenos sentimientos. El coro, dos habitaciones entrelargas que envolvían un patio bello, blanco y con pozo, me pareció en seguida lo que ya sospechaba: una lata, el mismo aburrimiento de costumbre pero sentado en un sofá rendido y marrón donde docenas de adolescentes dejaban pasar los fines de semana varados en sí mismos, a la espera de algo o alguien que los rescatase de su infortunio. Nadie podía sospechar que serían los partidos políticos los que apenas unos meses más tarde vendrían a ponerlo todo patas arriba y a dejar en cuadro una estabilidad conseguida a fuerza de años de estrategia.

En el coro un alma sencilla como la de Manolo Chulián tal vez se encontrase a sus anchas, pero yo no dejé, en las dos o tres ocasiones que accedí a acompañarle, de sentirme incómodo y fuera de lugar. Me sabía ya la lección que iba a encontrarme en ese sitio, y ni me interesaba ni era lo que entonces fingía estar buscando. Un montón de rostros desconocidos, saludos afables la mitad de las veces, mucho tránsito de misales y de guitarras, bufandas de lana y faldas de cuadros, no había más, no supe ver nada más, no me molesté en hacerlo. Las niñas monas que Manolo y Antonio habían ido a buscar, si existieron, habían encontrado la puerta de salida antes de que yo

me dejara caer a intentar ver de qué iba aquello, por probar, por gastar en nada la pólvora de un penúltimo cartucho.

El coro me pareció tan vacío como la calle, un microcosmos asfixiado en sí mismo, endogámico y monjil, un mundo soso y sin vida, el espectro de un recuerdo incluso en su momento de mayor gloria.

Pero el coro tenía un órgano de comunicación interna, un panfleto, un boletín oficial, una revista fea hecha a multicopista y con dibujos horribles. Tenía a *Chorus*, y eso lo cambiaba casi todo.

A CÁNTAROS

Pasamos del *Dossier Negro* a *Cambio16*, la revista de moda que ya entonces no entendíamos y que nos parecía un soberano coñazo. Había que leerla, claro, y no enterarse de nada porque todo estaba escrito a media voz, con guiños y referentes que nuestra curiosidad política recién despertada no era capaz de comprender. Había que ser muy inteligente para captar aquello o tener un bagaje a las espaldas que nosotros, por edad, aún no teníamos. En cualquier caso, *Dossier Negro* nos parecía más divertido, pero había que guardar las apariencias y procurar no perder comba, por si acaso.

Mientras tanto, Alexander Solchenizsn se asomaba en televisión para alertarnos del peligro comunista y llorar a moco tendido porque con diez años se manchó un pantalón de tinta y no pudo comprarse otro por culpa de Stalin, que era muy malo y no permitía el libre mercado ni las rebajas de fin de temporada. Unas semanas más tarde, en el mismo programa impresentable, Uri Geller se nos llevaba a todos de calle doblando cucharas baratas y arreglando por unos minutos el reloj del abuelo, anunciando así que los predicadores contra los pecados ajenos, por muy rusos que fueran, no tenían nada que hacer contra las ganas de resucitar del baúl de los recuerdos trapos descoloridos y cachivaches ocultos durante cuarenta años.

Serrat seguía en México y «Para Piel de Manzana» y sus demás discos estaban prohibidos en la radio (televisión nunca le había perdonado que fuera catalán y cantara raro). Yo me había hecho con ese álbum el primer día que salió a la venta, apenas veinticuatro horas antes de que sus declaraciones contra la pena de muerte lo obligaran a exiliarse, y lo escuchábamos con descaro juvenil, casi contestatario, sin ser conscientes de que nos jugáramos algo (creo que no), igual que cuando nos paseábamos con el doble disco de Jesucristo Superstar por delante de la cajera de Simago, que picaba siempre y sospechaba que lo habíamos robado mientras ella miraba hacia otra parte. Las cubiertas del disco estaban tan ajadas que ya eran ganas de buscarle tres pies al gato, pero en ese clima de desconfianza general vivíamos.

En el cine, James Bond adquiriría un nuevo rostro, el de Sean Connery (nuestro primer 007 fue el Roger Moore de *Vive y deja morir*), a cuya reposición acudíamos puntualmente Miguel y yo cada tres meses en el Cine Nuevo. El inspector Harry Callahan seguía perdiendo compañeros a cada película, siempre un poco más incomprensible en sus diversos grados de exaltación y condena al fascismo policial, y César, el hijo de Cornelius y Zira, conseguía por fin liberar a su pueblo simio oprimido en lo que sin duda era una revolución que pasó por alto a los despistados censores en los últimos balbuceos del régimen.

En el cine, sobre todo, los picardías y sujetadores blancos empezaron a desaparecer, sustituidos por carne hermosa y tentadora, hasta entonces sólo imaginada, que iluminaría y aclararía a partir de esos momentos nuestro onanismo adolescente. En la proyección de *El libro del Buen Amor*, como en otras veces, me crucé con Pemán, torcido en su silla de ruedas, a punto para la muerte, delgado como el esqueleto que ya casi era. No podía moverse, pero de las películas de aquel destape aún tímido no se perdía una el viejo.

Estábamos cambiando y ya casi se notaba.

LA NOCHE QUE CONOCÍ A TÉLLEZ

Manolo y yo salíamos del cine una noche, sin duda después de una de aquellas españoladas reconvertidas a la apertura que nos ponían los ojos como chiribitas, ese cine rancio ya que en unos meses pasaría directo al destape sin excusas de argumento y de ahí a la clasificación «S» que al parecer podía herir más que un cuchillo a gente que por lo demás era insensible como una piedra, una de aquellas malas películas llenas de chicas desinhibidas que enseñaban fugazmente el tesoro de sus pechos y correteaban antes de que el asesino de turno o el viejo verde del piso de enfrente se lanzaran contra ellas con la misma ansia con que le hubiera gustado abalanzarse al patio de butacas entero. Salíamos Manolo y yo del viejo Cine Municipal por la parte de gallinero cuando nos encontramos con dos o tres de sus amigos del coro. Hicimos las presentaciones, y pasamos a tomarnos, como siempre, una caña de cerveza y un perrito caliente con las veinte pesetas que destinábamos a ese ritual que nos acercaba a ser hombres (uno se pasa media vida queriendo ser lo que no es y la otra media queriendo dar marcha atrás y volver a ser lo que no se dio cuenta de que era). No nos quisieron servir mostaza, y el pan, por ser domingo, estaba duro.

Uno de los muchachitos que Manolo me presentó (a los otros ya no los recuerdo) era un gafotas de aspecto formal, chaqueta azul

marino con botones dorados y anclas grabadas a juego, tal vez una corbata de nudo ancho para remate, un joven con pinta algo estrafalaria, elegante a la fuerza, extravagante a su pesar, fuera de tono en cualquier caso, de figura regordeta y movimientos apresurados. Hablaba con parsimonia, la cara vuelta hacia arriba, arrugando mucho la nariz y el gesto, con un dejillo extraño que me costaba trabajo entender, con una cantinela que dejaba en el aire, a la imaginación, el rastro de las últimas consonantes, oscurecidas en un paladar donde muchos meses después adiviné dos dientes falsos.

—Este es Juan José Téllez —me dijo Manolo—. Escribe poemas.

No era un cura, menos mal, aunque lo parecía. Hice a un lado mis prejuicios y charlamos mientras el tomate nos corría por la barbilla y nos manchaba los dedos. Agotamos las servilletas del bar, no sé si en venganza por la mostaza negada o por las torturas a las que tuvimos que someter al frasquito de plástico rojo para exprimirle unas gotas con que sazonar aquel aperitivo asqueroso que después repudiaríamos para siempre en favor de flamenquines y otras delicias del bar «Los Lunares». El camarero se equivocó en la cuenta y nos cobró de menos. Justicia poética.

Mientras charlábamos descubrí ya en Juan José Téllez un alma gemela, un espíritu errante y rebelde como yo creía, como yo quería que fuese el mío, un sueño idéntico que lo hacía brillar como una antorcha en la mediocridad del mismo coro al que también pertenecía y el fútbol de mala muerte que sirvió para remate de aquel primer domingo nuestro.

La imagen equívoca de aquella chaqueta azul marino lo podría hacer parecer de entrada un niño repelente, un monaguillo con ínfulas sacerdotales, un iluminado de los de cien avemarías y un solo credo. Pero Juan José Téllez, afortunadamente, no era así. Ni de lejos. Tanto, que cuando recuerdo aquel encuentro primero la chaqueta que tan mal llevaba se me antoja levita romántica, un

anuncio del Corto Maltés que en seguida conoceríamos, un vestigio de Larra con las huellas del pistoletazo reconvertido en ketchup sin mostaza.

Juan José Téllez quería ser periodista, y escribía poesía, y se sabía diferente, aunque llevaba ese estigma sobre los hombros sin más complejos que los necesarios, marcado como Caín, sí, arrinconado en su propia idiosincracia, pero consciente, orgulloso de esa estirpe en la que yo osaba incluirme. Iba camino de ser un maldito y si entonces se lo hubieran vaticinado no me cabe duda de que se habría sentido un hombre feliz, Aquiles revisitado.

Lo que sigo sin comprender era qué demonios hacía un rebelde como él en el coro de Santo Domingo.

UNA LEYENDA DE ANDAR POR CASA

Como a Miguel Martínez, a Juan José Téllez lo conocía todo el mundo por su apellido, con artículo delante y sin la zeta última. Téllez había llegado a Cádiz desde Algeciras, siguiendo a su padre, capataz de construcción, y aquella inmigración de pocos kilómetros le pesaba en el alma como un exilio (debe ser muy duro empezar de nuevo con doce años). Téllez, que ya era el mejor relaciones públicas de sí mismo que he llegado a conocer, capaz de embarcarte con la misma facilidad en conferencias a las que no acude nadie o dejarte la casa desprovista de tebeos durante meses, se restableció pronto de su falta de amistades y, herencia familiar, se puso en seguida manos a la obra para enmendar ese defecto. Tal vez fue esa la idea que lo llevó a desembarcar en el coro.

Por la época en que nos conocimos, tenía una novia pija y conservadora a la que, supongo, no podía meter mano más allá de lo preciso, una criatura mona pero sin empaque, la guapa típica de pueblo y con posibles, rubia, de ojos azules y zapatos de aguja: todos los atributos necesarios para ser una belleza pero sin colocar en ese justo sitio que hace saltar la chispa (a mí, por lo menos, no me gustaba demasiado). La rubita en cuestión tenía un padre aún más conservador, un carca, un facha, que mire usted lo que son las cosas apreciaba bastante y se llevaba de perlas con quien podría haber

sido su yerno. Ella se empeñaba en protegerlo a toda costa y Juan José, claro, no se dejaba. Es por eso que no duraron mucho.

Téllez procedía, como yo, del tebeo y la cultura popular, pero su equipaje literario ya había empezado hacía tiempo a acumularse en otros campos. Yo todavía andaba con los clásicos juveniles y las novelitas de a duro y él era ya experto en veintisietes y poesía social, en la actualidad de mañana mismo y en el conocimiento riguroso y escocido de un millar de historias de posguerra. Téllez era, por decirlo más sencillo, simplemente un adelantado de mi tiempo.

En el coro de Santo Domingo, lo descubrí pronto, Téllez era un cabecilla, un líder, un catalizador de corrientes internas, la oposición. Era el responsable de que *Chorus* hubiera dejado de ser una hojilla parroquial y apuntara ya otros intereses fuera de los cuatro muros del convento y de sus misas: huelgas, convenios, terrorismo y poesía de verdad acabaron por desterrar de sus pobres páginas las entrevistas con el señor obispo y los ripios a las flores o a la amistad más pura entendida como algo sollozante y amariconadillo. Téllez de siempre quiso ser periodista, no sé si de carnet ya entonces o de los de la mejor escuela, la del bolígrafo y la calle. El destino, en cualquier caso, no le daría opción a elegir.

Téllez tenía la manía de convertirse siempre el centro de atención, participante en biografías ajenas, un torbellino que hacía versos que ni siquiera rimaban. Cuando lo conocí, encarnaba ya su propia leyenda.

PROHIBIDO A MENORES

La librería Pepín era un escaparate al que yo me asomaba cada viernes, cuando salía de clase y los exámenes de lengua, donde comentábamos sin mucho acierto las historias del hielo de Aureliano Buendía. Allí me esperaban los tebeos de *Spider-Man*, las novelitas de Clark Carrados, la enésima reedición de los aburridos *X-9* o *Jorge y Fernando*. Allí encontré un miércoles a media mañana, cuando ya repetía cou en el instituto y la huelga de penenes me dio seis meses de vacaciones a la fuerza, un tebeito cuadrado y feo, de lomos pegados y presentación vomitiva. *Lucífera*, se leía en la portada, con letras de fuego rojas, y una señora despampanante y desnuda que hacía las veces de diablesa o de vampira me incitaba a la compra y al consumo. Los tebeos pornográficos italianos habían entrado en nuestra vida.

Compré y consumí aquel tebeo novedoso, en efecto, como algún otro título posterior que no me gustó ya nada: *Hessa*, *Paco Pito*, qué sé yo, el colmo del mal gusto y el humor rancio. Los tebeos, en formato de novela pequeña para despistar o atraer a un público más adulto, sellados los cantos para que nadie pudiera hojear su contenido, venían impresos en un papel feo, casi reciclado, un papel que, en las lecturas a solas en los cuartos de baño para los que sin duda habían sido hechos adquiriría un claro matiz de papel higiéni-

co, un amargo regusto de pecado. Blancanieves y los siete enanos viciosos, del mismo gran dibujante (¿Frolo?) nos esperaba en la revista Lib, a la vuelta de la esquina ya. El sarampión sexual, como el político, empezaba a atacarnos por todos los flancos. La sangre hervía después de tanto tiempo de pretender ignorarla, y no sólo a los adolescentes que todavía teníamos por descubrir un mundo que queríamos a medida.

El cine se pobló de títulos añejos, de películas rescatadas de olvidadas listas negras que se mezclaban, en aquella repesca tardía, con las últimas obras dedicadas únicamente a mostrar carne. La prohibición seguía siendo absoluta en todas ellas, mayores de dieciocho años, pero los porteros hacían la vista gorda y dejaban colar a todo el mundo. Casi siempre.

No me hubiera importado que no me dejaran entrar, no sé, en *Las adolescentes*, *La menor*, *La espuela* o algún título de aquellos que soportábamos medio dormidos hasta que la Mary Francis o la Ornella Mutti de turno empezaba a despelotarse, pero el portero tuvo que ponerse farruco, y ya es mala suerte, el día que en el Cine Imperial, antiguo reducto de sala de arte y ensayo y futura sala X antes del derribo, proyectaban *La naranja mecánica*.

En vano razonamos con él. Mire usted que esto va de ciencia ficción, y además hay que leer los subtítulos, que no venimos buscando muslo como aquellos marineros de permiso, sino arte. No hubo manera. Era una película para mayores, y nosotros no teníamos todavía más que diecisiete años, conque ahuecando. Los inspectores estaban en la sala y el pobre hombre, supongo, se jugaba más que los quince dures de la entrada. Por obra y gracia de aquella censura cerril y chusquera, el domingo se nos fue a hacer puñetas. Nuestro cabreo fue mayúsculo.

Pero yo juré vengarme.

UN CANTAUTOR SORDO

Téllez vivía no demasiado lejos de mi casa, y muchas tardes yo me pasaba a visitarlo, a compartir el tesoro de sus libros de verdad y sus poemas escritos en un papel muy fino y borroso, casi de seda. Se nos iban las horas escuchando a Carlos Cano, que nos daba la murga, y despotricando de Pinochet y lamentando la suerte de Allende y Víctor Jara. El terror infantil a vampiros y momias se vio sustituido en la adolescencia tardía por historias truculentas de torturas, manos cortadas y guitarras enmudecidas a golpes de sangre.

Téllez tenía algún libro pesadísimo de Tierno Galván, y más de una vez comentamos que del batiburrillo de partidos socialistas todavía en la clandestinidad y el montón de siglas paralelas y contrapuestas debería surgir un único Partido Socialista de España. Aunque se sentía entonces próximo al PSOE(r), sueño del que despertaría como todos, con un regusto amargo en la boca, Téllez era un chico solidario que anhelaba la unidad. Si la O de la sigla sobraba, no era gran problema (en el partido alguien aplicaría ese principio diez años después, pero desde luego no por los motivos ni con los resultados que nosotros esperábamos).

Téllez estaba por la reconversión: cogió a un puñado de chicos y chicas del coro y les escondió las partituras marianas y los transmutó en un grupo de canción protesta. Lo que no pudo lograr fue que

desapareciera el soniquete monjil, los u-u-úhs acompasados que seguían teniendo un tonillo conocido, un tufo mareante a incienso y eucaristía. El grupo llevaba el originalísimo nombre de «Sin Nombre», en homenaje a cierto restaurante de San Juan de Dios con su barra en forma de barco amarillo y que tenía bautizado en el casco precisamente ese absurdo.

Téllez les escribía canciones larguísimas de estribillos de tarareo facilón, pero muy complicadas de aprender para cualquier insensato que se quisiera considerar seguidor de ellos. Consciente de sus limitaciones, porque jamás he escuchado a nadie que cante peor, Téllez acompañaba a sus muchachos como si fuera la madre de una folklórica y se colocaba en un segundo plano discreto y engañoso, sin decir esta boca es mía durante un buen rato. Invariablemente, entre las víctimas del público siempre había algún gracioso que advertía a aquel gordo callado con el pelo grasiento y la bufanda azul marino. El cachondeo a su costa empezaba justo cuando el grupo se callaba, tarareando más bajito sus u-u-úhs claustrales, y Téllez daba un paso al frente, se subía las gafas como si fuera Azaña y comenzaba a recitar lo mejor de su cosecha.

Pese a lo ridículo que aquello pudiera parecer, y de hecho lo era, el efecto que producía en la concurrencia era letal. Los poemas de Téllez (en realidad, la parte recitada de aquellas canciones larguísimas) eran un revulsivo, una arenga. Aquel gordo del que más de uno empezaba a burlarse se sacaba los folios del bolsillo y de ser un relleno (bastante grande) entre los cantantes del grupo pasaba a convertirse en una versión masculina de Amaya, el centro del escenario, una especie de curita progre que decía barbaridades con mucho arte.

*Papaíto de mi vida,
quisiera saber por qué
se queja tanto el obrero
si lo tratamos tan bien.*

Era un canción burlesca, el diálogo entre un niño pijo y su papá empresario. Téllez había hilado demasiado fino esta vez, adoptando el punto de vista de los que criticaba para acentuar la chanza, pero la pinta de sus acompañantes no favorecía al mensaje de la canción. Con los u-u-úhs, las guitarras, las pandeetas y su claro pasado como miembros de organizaciones católicas, los Sin Nombre parecía que lo cantaban en serio. Fue un fracaso.

Ya muy cerca de las primeras elecciones, en plena borrachera ideológica, la gente no necesitaba niñatos que los aleccionaran, ni estaba por hacer más esfuerzos intelectuales que los estrictamente necesarios. Téllez se encaró con el público y, entre abucheos, les reprochó que no hubieran entendido la canción. Después de aquel desplante, se despidió de su carrera en los escenarios para siempre.

ILUSIONES CONTRA MIEDOS

Vivíamos con una canción en los labios y el corazón en un puño, temiendo un golpe de estado que cortara nuestras ansias de libertad como se apaga una vela o se rompe una carta. Montejurra, Atocha, Vitoria, terroristas de izquierda y de derecha, Guerrilleros de Cristo Rey, Frap, Grapo, Triple-A, la larga sombra de ETA, sindicatos en la clandestinidad, exiliados que regresaban con marcapasos y manos manchadas de viruela, ruido de sables, camisas de cuadros, chaquetas de pana y blazers de tergal, Areilza, Martín Villa, el temido Fraga, las primeras conmemoraciones del 20-N, Carrillo y Dolores Ibarruri, Blas Piñar, las Canciones para después de una guerra, Isabel Tenaille, las ikurriñas de Ladislao Azcona. No nos fiábamos del Rey, ni de Suárez. Lo queríamos todo de una vez, la vida bebida de un trago y sin excusas. Los grifos se desbordaban tras la sequía: después de cuarenta años de travesía en el desierto, nos habíamos vuelto todos locos y el maná no nos saciaba.

VOLVER A LOS DIECIOCHO

Lo había preparado con meses de adelanto. No se lo comenté a nadie. Estaba claro que Miguel y Manolo, más jóvenes que yo, no me iban a poder acompañar, así que decidí hacerlo solo, con nocturnidad y alevosía, por darme el gustazo de una vez por todas. El mismo sábado que cumplí dieciocho años bajé la calle Ruiz de Alda protegiéndome del viento como podía, me planté en la puerta del Cine Imperial, el carnet de identidad ardiéndome impaciente en la cartera. La película era fuerte, según decían, tanto o más que *La naranja mecánica*; ya en la cartelera se veían un par de pechos hermosos, unos tirantes que debían de hacer daño en la piel mórbida y escuálida de Charlotte Rampling, una gorra negra con un antifaz y la calavera de plata; el contrasentido, o tal vez no, entre sexo y muerte que después he visto repetido en tantos sitios. Estrenaban *Portero de Noche*, y no había nadie que me pudiera impedir entrar a verla.

Me puse en cola, compré la entrada (porque, aunque no te dejaran pasar a ver la película, en taquilla nadie te ponía objeciones), y se la tendí al portero de siempre, no al del título de la película, con una sonrisita de oreja a oreja, a ver si tenía cojones de prohibirme el paso, con el carnet dispuesto para enseñarle la fecha, que hiciera cálculos si sabía sumar, curioso por averiguar de cuántas formas me pedía disculpas.

El portero rompió la entrada en dos, sin mirarme siquiera, sin reprocharme mi edad ya rebasada, sin que le importara mi barba inexistente o mi escasa altura. Me dejó pasar sin hacerme el más mínimo caso, como si estuvieran proyectando *Bambi*. La venganza se me vino a pique en un segundo, tras meses de preparación, después de montones de escenas imaginadas donde yo recuperaba por derecho propio mi asiento en la tercera fila de sillón.

No sé si existía o existe en efecto una frontera visible entre los diecisiete y los dieciocho años, algún matiz que sólo los porteros de cine eran capaces de desentrañar, o si la aceleración vertiginosa de los tiempos se había vuelto imparable, convirtiendo en caducas lo que ya eran prohibiciones obsoletas, pero lo cierto es que a partir de ese día jamás volvieron a pedirme el carnet para entrar en ninguna parte.

Y el caso es que no me gustó nada *Portero de Noche*.

JUANITO

Yo lo conocía de vista, desde lejos, cuando lo veía cruzar en diagonal el patio de mi casa hasta perderse en el portal de Manolo Chulián, pero nunca habíamos coincidido antes. Entonces era simplemente, en palabras de mi madre, ese que parece albino, lo que quería decir que en verdad pensaba, como todos, que lo era. Se llamaba Juan Andrés, pero todo el mundo lo conocía, claro, por su apellido. Para su inmensa fortuna y perpetuo despiste de los demás, como Mateos parecía un nombre de pila, ya casi estaba un paso por delante de aquella costumbre maniática que marcó a mi generación. No pudo librarse del artículo antepuesto, faltaba más, aunque al final los que le queríamos acabamos por llamarlo simplemente Juanito.

Juan Andrés Mateos Díaz, el Mateo, Juanito era también gordo y ampuloso, un movimiento perpetuo de oscilaciones carnosas (las redondeces de mis amigos acabarían por contagiárseme muchos años más tarde), un puro equilibrio de pantalones resbalados y camisas a las que se le saltaba el botón sobre el ombligo. No era albino, para decepción de todos y alivio propio. Era muy rubio, rubísimo, casi platino. Después veríamos que tenía la barba y el bigote rojos, lo que anunciaba que no era ario puro, sino vikingo, pero esos detalles no contaban nada junto al volcán de su cabellera desordenada y encendida.

Juanito tenía los ojos azules, de niño triste o anciano pícaro, pero estrábicos, a la virulé, uno mirando hacia adentro, con el que veía bien, y el otro más o menos normal, con el que despistaba mucho. Uno nunca sabía dónde mirarle, cuál era el ojo bueno, ni lo llegó a saber nunca. Tampoco importaba demasiado: Juanito usaba gafas con cristales verdes, remendadas con esparadrapo o con fixo transparente, que le cubrían un poco aquella cualidad (porque en Juanito ser bizco era una cualidad, no un defecto). Juanito tenía siempre las mejillas sonrosadas, rubicundas, signo inequívoco de su buena salud, y se resfriaba cada dos por tres, por culpa de unas vegetaciones mal curadas, lo que le obligaba a desplegar enormes pañuelos que parecían banderas de barco pirata. Cuando Juanito estornudaba, las paredes temblaban en el otro confín de la galaxia.

Juanito era feo, se sabía feo, pero lo compensaba con creces siendo un muchachote sano y campechano, la mar de simpático. Mi madre hizo un curioso ranking entre Téllez y él, los dos enormes y despeinados, elefantes en la cacharrería de mi sala de estar. Sin duda Juanito se alegraría de saber que en la competición de fealdades (siempre según mi madre), Téllez le ganaba con diferencia. Y es que Téllez siempre lo ganaba todo.

Durante siglos Juanito vistió una gabardina marrón que parecía mojada siempre, una gabardina espeluznante que le hacía destacar todavía más cuando cruzaba el patio. La gabardina había sido de su abuelo y él la llevaba en herencia, y eso que el abuelo estaba aún vivo, aunque las mangas le quedaban cortas y al final acabó sacándole casi medio brazo. Sólo los pantalones estrechos de pata de gallo y la enorme toalla verde que nos servía para no despistarnos en la playa le duraron tanto.

Conocí a Juanito un par de días después de mis dieciocho años, un lunes por la tarde, en la casa de Manolo a la que yo también di en bajar de continuo, para matar el aburrimiento y echarle un vis-

tazo a algún Entreviú que compraba su padre. Por entonces yo creía también que Juanito era albino, pero lo confundía con otro espécimen de la época que hoy es calvo (Juanito siempre ha lucido una extraordinaria pelambreira). En el cuarto de Manolo apenas había una cama y un sofá, y un montón de tebeos añejos de Walt Disney, residuo de los tiempos en que Manolo fue un niño todavía más modoso (a mí me gustaban tebeos más violentos). Siempre había una guitarra por allí, fea y desafinada, que Manolo torturaba quién sabe si en un afán de incluirse algún día en las filas de los Sin Nombre.

Yo andaba esos días muy ufano de mis dieciocho años, como si de veras hubiera atravesado alguna puerta o el mundo se viera de forma distinta a dos semanas antes. Además, el hecho de haber saboreado el Portero de Noche me colocó en seguida en un pedestal sobre mis amigos más jóvenes. La película, ya lo he dicho, me aburrió de muerte, pero los detalles escabrosos, aumentados en la imaginación y en los recuerdos, me convirtieron durante unos días en el centro de todas las atenciones. Llamaron a Manolo por teléfono y Juanito y yo nos quedamos solos, un par de aliens condenados a entenderse y no dejarse llevar por el silencio que, recién presentados, se nos iba a volver muchísimo más incómodo. Continué por tanto la conversación, y hasta expliqué gráficamente con la guitarra un par de escenas sordidas de la película. Juanito me miraba con los ojos desencajados, uno enfocando a un lado y el otro al contrario, con un dedo metido en la boca y respirando entrecortadamente (era una lata aquello de tener vegetaciones). Cuando Manolo regresó tras atender la llamada de su madre ya nos habíamos hecho amigos para siempre, o eso pareció al menos durante un buen montón de años.

ENTRE EL YIN Y EL YANG

Juanito tenía un padre guardia civil, idea que nos horrorizaba a todos, y un abuelo vinatero que le daba una paga de un duro cada semana o cuando se acordaba, que era lo más corriente. Tenía los pies pequeños, y resoplaba, y se secaba siempre la cara con el pañuelo sucio.

Juanito venía de Cáceres, circunstancia que no se le notaba ya en el acento, aunque su vocabulario de vez en cuando incluía expresiones como abubilla o peletao que no entendíamos. Como Téllez en la adolescencia, Juanito había tenido una infancia transhumante, a capricho de los mandos de su padre, y de su Huerta de Ánimas natal lo hicieron bajar en el mapa, subiendo en el escalafón de la miseria extremeña a la pobreza andaluza. Toda la infancia, la que importa al menos, la pasó en El Puerto de Santa María, viviendo de mala manera al principio en una azotea, temiendo los crímenes del Arropiero y saltándose los días de colegio cuando no tenía zapatos.

En la azotea, mientras el padre cumplía con el servicio, la madre aleccionaba a Juanito y a su hermana en la caza de las palomas que criaba algún vecino. Debieron ser años de hambre, o al menos Juanito lo explicaba así. En cualquier caso, tendría que ser pintoresco oír a su padre comentando, policía al fin y al cabo, que el vecino le había dado quejas porque alguien le robaba los palomos, y que le había pedido que le echara una mano en la investigación, puesto que era la autoridad, mientras Juanito y su madre se daban patadas

bajo la mesa y el buen hombre, algo menos rubio y más ingenuo que su hijo, comentaba lo sabroso que estaba aquel pollo que achacaba a la buena administración de un sueldo casi inexistente.

De la azotea, desprovista ya de palomos, la familia Mateos se trasladó a la casa cuartel del Puerto, junto al penal, donde Juanito se pasó la vida enfrentándose a pedradas con los niños gitanos, como si existiera alguna diferencia entre los dos bandos, vista su escasez de medios, y de allí se vinieron a Cádiz poco después, también a una casa cuartel, con el abuelo a cuestas y el alma llena de esperanzas y hasta de sueños.

Juanito hacía como que estudiaba en el Instituto Columela, en la misma clase donde repetía sin pena ni gloria Manolo Chulián. Ya tenía fama de agitador, de charlatán impenitente, de niño golfo incontenido que se pasaba las clases haciendo competiciones de masturbaciones a la temprana edad de diez años. En ese aspecto, Juanito fue un precursor, un entendido. No era extraño que mis explicaciones sobre la película lo dejaran tan encandilado, si le estaba hablando de su deporte favorito.

Juanito se convirtió pues, durante aquellos primeros años y también mucho más tarde, en el Peter Pan de mi vida, el compañero simpático del héroe que yo hubiera querido interpretar, el reflejo inconsciente y juguetón que todos llevamos dentro y algún día olvidamos. Téllez representaba el futuro, la seriedad, la competencia, y Juanito era el pasado feliz, el presente despreocupado e ingenuo, la alegría de vivir lejos de pensamientos trascendentes y literaturas amargas. Téllez era el yin y Juanito el yang, a la vez opuestos y complementarios, moreno uno y rubio el otro, los dos simpáticos, arrolladores y gordos, los mejores camaradas que se pueden encontrar cuando se tienen dieciocho años y uno se va definiendo por contraste, como una radiografía. Yo era un equilibrio entre Juan José Téllez y Juanito Mateos. A lo mejor, quién sabe, lo sigo siendo.

EL HUERTO PISOTEADO

Manolo Chulián me llamó a casa una tarde y me dio la noticia de sopetón, como quien cumple un recado o cierra un balance.

–Mira, que el padre de Téllez se ha muerto.

Mi primera reacción fue la de siempre, quitarme de en medio, escapar de la muerte ajena como no podré escapar de la muerte propia, esa sensación de vértigo a la que uno nunca logra acostumbrarse por más años que pasen y menos vidas que queden. Colgué el teléfono, entristecido por mi amigo, enfrentado al absurdo de la existencia como sólo se puede uno enfrentar cuando es joven y tiene vocación de ser eterno. Aquello era una pirueta de mal gusto, una putada del destino en toda regla.

Yo no había visto al padre de Téllez más que un par de veces, una en su casa y otra en el autobús, y lo recuerdo como un hombrecito pequeño y con bigote, el secundario que Alex Raymond o John Prentice habrían podido dibujar para *Rip Kirby*. No estaba enfermo que supiéramos. Se murió de la noche al día, lo que que hacía que el hecho resultara todavía más doloroso, más injusto.

Fuimos al entierro Manolo y yo, y un montón de gente del coro. Allí estaba Juan José, con la chaqueta azul desabrochada sobre una camisa negra, y la madre destrozada, un sollozo desgarrado y líquido, y los compañeros de trabajo de su padre, sorprendidos y ate-

rrados, desorientados en su supervivencia, como los marinos de un barco pesquero que de pronto se encuentran sin capitán, dureza en el rostro y fragilidad en los ojos. Téllez vivía entre la iglesia de San José y el cementerio, a dos pasos, por lo que el trayecto del cortejo fue necesariamente corto.

Luego, la tarde siguiente, fuimos a visitarlo a su casa, esperando encontrar más calmados los ánimos. Manolo Chulián, diez o doce miembros del coro, y yo, que casi no conocía a ninguno, ni siquiera al propio Juan José. Ya sabíamos que la muerte se debía a una meningitis traicionera, desarrollada de la noche al día, una puñalada sin remisión que no esperaba nadie, pero había que visitar la casa y expresar nuestras condolencias de modo directo. La madre de Manolo, angustiada por si aquello se pegaba, nos aleccionó de buena fe para que nos cubriéramos la boca con un pañuelo. No hicimos caso.

Formamos un corro enorme en el salón, con Téllez en el centro, vestido de negro, con la carita verde y la boca más torcida que de costumbre. Su abuela estaba presente, mirándonos con ojillos trémulos, casi con alegría en la mirada, y recuerdo que allí mismo pensé que sin duda creía que la muerte se había equivocado de objetivo, que venía a por ella y erró el blanco y ahora saboreaba esos minutos prestados con un egoísmo anciano y caprichoso, como la rabieta inversa de un niño chico.

Todos esperábamos consolar a nuestro amigo, pero Téllez se encogió de hombros y nos contó con frialdad de periodista profesional la versión fidedigna de los hechos, con un sentido de la crónica que era a la vez biografía y reportaje, humor teñido de dolor, un discurso zumbón y agrio al mismo tiempo, de héroe caído, chandleriano si entonces hubiéramos conocido a Raymond Chandler. Ni siquiera en aquel momento de dolor enorme podía evitar convertirse en el centro de la reunión, aunque ahora no quisiera serlo ni malditas las ganas.

La casa de Téllez, aunque siempre estaba vacía cuando yo lo visitaba por las tardes, me pareció esa noche aún más solitaria, un puro hueco, un eco extraño que indicaba que faltaba alguien. Lo escribí en mi primer poema serio, que después adornaría en fragmento la portada de nuestro último número, pero Téllez nunca supo que ese verso final me lo había inspirado aquel momento en Marianista Cubillo, cuando cumplimos con nuestro deber de niños buenos y él soltó toda la bilis que tenía dentro con su única defensa de ahora y de siempre, la palabra convertida en arma arrojadiza, la palabra hecha poesía en movimiento, descargada de presente y de futuro.

ADIEU. LES ENFANTS

En casa de Manolo casi nunca había nadie. De ser el pequeño de la familia, se había visto convertido en hijo único. No sé si la madre atendía embarazos de sus hijas mayores, pero el caso es que teníamos para nosotros solos el salón y dos habitaciones, la cocina y el cuarto de baño (había un respeto y no entrábamos en el otro dormitorio). Juanito y yo nos presentábamos allí todas las tardes, entre las cinco y las seis y cuarto, a charlar con Manolo y contarnos historias, para reírnos mucho y hacer el cafre. Téllez también se apuntó poco después, con la camisa de luto y la tristeza desterrada a la fuerza de la cara, huyendo tal vez del vacío de su propia casa y la realidad que allí encontraba y no quería.

La vida se le había venido encima sin que él lo hubiera querido, y el luto le ataba a unos hechos que quería olvidar a toda costa, escribiendo más y mejor que nunca hasta entonces, riendo, agarrado a la tabla de salvación de una adolescencia que se le escapaba entre los dedos. Los niños americanos tienen casas en los árboles. Nosotros teníamos la casa de Manolo.

Con el luto, Téllez no podía escuchar la radio, ni ver televisión. Los jueves nos sentábamos en el salón de nuestro refugio, para ver en blanco y negro *Espacio 1999*, una serie de ciencia ficción que no nos gustaba nada, pero como por un lado era lo único fantástico que asomaba a la pantalla, y por otro era también lo único que Téllez

tenía oportunidad de ver, allí nos daban las horas, discutiendo los absurdos de la trama y riéndonos a costa de los trajes de goma de los actores que hacían de extraterrestres.

Jugábamos a interpretar happenings desmadrados y divertidos, teatro absurdo o autos sacramentales profanos, no sé, gritos y alaridos políticos, saltos sobre el sofá y la cama, derribando libros del pato Donald y arrojándonos como si estuviéramos locos cerillas encendidas. Era, supongo, una terapia para todos. A veces grabábamos en cinta extraños programas de radio, donde nos entrevistábamos unos a otros, recitando sonetos improvisados, cantando canciones a trío. Acabábamos persiguiéndonos por la casa vacía, lanzándonos pinzas de la ropa que hacían daño. Aunque cada uno iba por su lado, siempre terminábamos aliándonos Téllez y yo contra Manolo, que era más noble y no se enteraba de nuestras artimañas hasta que tenía el cuerpo cosido a puñaladas con las espadas que hacíamos con un viejo mecano de metal que, como los cuentos de Walt Disney, un día apareció en el armario y quedó hecho trizas poco después.

Una tarde nos desmadramos más que de costumbre. Manolo acabó refugiándose en el cuarto de baño, perseguido por Téllez, que le lanzaba cerillos ardiendo con la velocidad de un prestidigitador de feria. Antes de que cerrara la puerta del todo, logré introducir el palo de una fregona en el quicio, para que no escapara. Manolo no quiso enterarse. Manolo apretó. Téllez continuó lanzando cerillos desde lo alto. Manolo se cubrió la cabeza con una toalla, para no quemarse, siguió haciendo presión. Yo no retiré el palo: estaba atrapado en el dintel y ya no podía hacerlo aunque quisiera.

La puerta se resquebrajó con un sonido sordo, como la onomatopeya burlona de uno de los tebeos que devorábamos, saltando de sus goznes y derribándonos a los tres en el justo momento en que sonaba el timbre.

—¡Mi padre!

Corrí pasillo abajo, las piernas temblándome, mientras Téllez y Manolo intentaban levantar la puerta y fingir que todo estaba en su sitio, aunque se notaba que no. Menos mal que no era el padre, sino Juanito Mateos, enfundado en su gabardina encogida, como un detective que llegara a husmear el lugar del crimen en el momento más inoportuno. Pasamos el resto de la tarde colocando tornillos sobre la madera rota.

Estábamos despidiéndonos de la infancia para siempre y lo sabíamos.

ANSIAS DE LIBERTAD Y CACHONDEO

Las paredes del mundo se poblaron de letras y de signos, un preludio a los carteles que forrarían las casas como si fueran cajitas de cartón meses más tarde. Aquella pintada primera de mi adolescencia gris se reprodujo en todas las fachadas, saltando de un muro a otro, cambiando de significante aunque su significado fuera el mismo. AMNISTÍA, LIBERTAD, RUPTURA Y NO REFORMA, VOTA NO, SIN LIBERTAD NO VOTES, las siglas de los partidos, hoces, estrellas y martillos, alguna cruz gamada o un yugo con cinco flechas mal trazadas, como con vergüenza, las aes apresuradas enmarcadas en un círculo rojo, casi sangrante. Cada noche un enjambre de idealistas se echaba a la calle bote en ristre, para expresar su rechazo, sus demandas. Algunas pintadas no sobrevivían a la mañana, borradas con aguarrás por los inquilinos madrugadores y molestos, diluido su mensaje como una burbuja que estalla sin que la advierta nadie. Otra estaban allí para quedarse, aviso para navegantes, la crónica titanlux de una época que no iba a ser, según nos decían, más que un trámite, un simple tránsito.

Entonces llegó el Zorro Justiciero y lo trastocó todo, como un bofetón en medio de un rezo.

La vena humorística y ácrata del autor de esas nuevas pintadas convirtió la moda en una reflexión audaz sobre lo que nos estaba pasando, un tiro al aire que demostraba que había alguien con lu-

cidez suficiente para poner en duda la valía de la trascendencia de aquella epidemia. Con el Zorro Justiciero el surrealismo llegó (¿volvió?) a las paredes, planteando demandas quizá no más absurdas que las otras, un ejercicio de ingenio, de osadía: QUEREMOS LOS DONUTS SIN AGUJEROS, QUEREMOS LOS PLÁTANOS DERECHOS, QUEREMOS LAS RADIOS EN COLOR (el Zorro era solidario y todo lo exigía en plural). Si las pintadas en serio eran darle la vuelta a lo que se escribía tras la puerta del retrete, los exabruptos del enmascarado anónimo eran como pintar un bigote al cartel de un político, una patada al sistema, un antídoto.

El Zorro Justiciero se convirtió en leyenda en la ciudad, y hasta se le atribuyó una identidad reconocible, la de un antiguo alumno salesiano, trasnochado ya entonces, que había sido capaz de descolgarse desde la ventana de la clase hasta la calle tras una discusión absurda con uno de los curas, al que casi provocó un infarto. Tal vez fuera verdad, pero poco después en Interviú, y hasta en la tele, vimos reportajes sobre el mismo fenómeno que se repetía en otras ciudades, un virus de sensatez anarcoide y descarada que también acogeríamos, de viva voz, cuando nos dio por entonar consignas levemente desviadas de su rima original y pedíamos libertad, amnistía, una tía cada día o augurábamos, sin sospechar de la existencia del sida, que España mañana sería una enorme cama.

En el instituto me hice famoso dibujando en las pizarras y para alguna gemelita guapa al Zorro Justiciero haciendo pintadas, sustituido el florete por un bote de espray. Puede que incluso alguna de las dos, no sé cual de ellas, pensara que yo era el Zorro, aunque lo dudo. La única pintada que he hecho en mi vida todavía me esperaba en el futuro, para mi rubor, a diez meses de distancia.

AQUEL CARNAVAL DE LA TRANSICIÓN

En Cádiz había otro grito que tuvo respuesta más pronto, una exigencia que consiguió su objetivo cuando otras más acuciantes no lo harían jamás. Éramos y somos un barco a la deriva, un pecio que se hunde en las arenas movedizas de su propio inmovilismo, pero sólo una cosa es sagrada, intocable, imposible de criticar. La demanda social exigió el regreso del carnaval a su fecha, y el alcalde de turno, calvo y avergonzado de ser derechas (a lo mejor había en efecto algo de lo que avergonzarse), transigió y acató los deseos populares. Si nos creímos que todo el monte era orégano, allí se nos iban a terminar los sueños: la reconversión industrial, sucedida después de los sucesos de esta crónica, diezmaría la ciudad y la poblaría de prejubilados sordos sin que nadie se atreviera a mover un dedo para cambiar las cosas.

Así pues, el carnaval volvía a febrero, después de una docena de años celebrándose en mayo, más o menos, entre calores insupportables y mayorettes francesas que encandilaron con sus piernas y su habilidad manual los sueños de la ciudadanía masculina. El carnaval volvía a febrero, renacido de sí mismo, a la calle por fin, desterradas y olvidadas las infames casetas y las orquestas insupportables. El carnaval volvía a febrero y todos estábamos tan contentos como si nos hubieran regalado el pan de un mes o nos hubieran subido el sueldo.

El carnaval anterior, las últimas fiestas típicas, nos lo habíamos pasado Miguel Martínez y yo en lo alto de la noria, atrapados por un corte de luz, dominando la bahía y criticando la comparsa Simios, que se atrevía a burlarse de un tema de la ciencia ficción que nos gustaba tanto, o así lo creíamos. En el primer carnaval de la transición a Téllez le encargaron un artículo, para alguna revistita de verdad y de segunda división con las que colaboraba para ir haciendo boca, y allá que nos fuimos los dos y Manolo Chulián, con un casete arcaico al que se le paraban las pilas, preguntando a todo el mundo, en mitad del jaleo, qué le parecía la vuelta a febrero (muy bien, muy bien, muy bonito todo), y si no hacía falta una evolución del carnaval hacia otras cotas (aquí había ya algún tradicionalista que se mostraba reacio), y si era una fiesta popular o no (el carnaval de Río, donde yo he estado, es la cosa más antipopular del mundo, nos dijo un miembro de Los dedócratas, que estaban de verdad revolucionando el tema, mientras los mulos que tiraban de la batea se negaban a moverse para cachondeo general y escarmiento de años futuros). Todo el mundo se moría por contestarnos, ebrios de alcohol, henchidos del espejismo de una libertad recuperaba que auguraba logros nuevos, y allá andábamos nosotros tres, sin disfrazar, el casete al hombro, como reporteros de guerra bajo una lluvia de balas, sólo que en vez de balas aquí nos acribillaban con papelillos. Nos lo pasamos de miedo, nueva señal de que teníamos más bien poco sentido del ridículo.

Sólo una viejecilla se negó a hablar con nosotros, retrocediendo asustada, contra la pared o la puerta de su casa, manteniéndonos a raya con los brazos, como si sus opiniones anónimas en el casete con pilas de tres matados fueran a comprometerla a algo. Fue así como vimos que había un claro reducto de otros tiempos, un temor a temores ya pasados, una generación domada y sofocada capaz de renunciar al sueño de las libertades por la tranquilidad, por eso que

antes (e incluso ahora) llamaban «la paz», volviendo falsa la más hermosa palabra que existe.

Había dos Españas, sí, aunque tal vez no fueran las clásicas. Junto a la España ilusionada había otra aterrorizada, una España que temía que estuviéramos caminando por el filo de una navaja y no se daba cuenta que, al hacerlo, funcionaba como un lastre que podía acabar cortándonos a todos la garganta.

SÁBADO SANTO ROJO

En Semana Santa, Juanito y Manolo se fueron de camping con un grupo de niñas con las que formaríamos después una pandilla un tanto peculiar. A la vuelta les sorprendieron verdaderos ejércitos de coches, manadas de cuatro ruedas, una algarabía de bocinas y el aleteo de millones de banderas rojas. Parecía que había llegado la revolución, pero no: era sábado de gloria y el gobierno había legalizado el Partido Comunista.

Fue entonces cuando nos creímos que la cosa iba en serio. Yo no sé de dónde habrían salido tanta cantidad de trapos colorados, cuántas banderas podría haber escondidas junto a la sombrilla de playa y el edredón, pero allí estaban, inundando las calles y convirtiendo a España entera en un ruedo inmenso. Era una toma de contacto extraterrestre, la invasión de los ultracuerpos. De la noche al día surgieron carnets apolillados o se plastificaron otros nuevos. Gente conservadora a nuestro alrededor, para nuestro pasmo, se acostaba católica y despertaba con un retrato de Lenin tatuado en las entrañas, los estigmas de una religión que quizá ponía un poquito más de ímpetu a un vocabulario que pedía cotas razonables de un modo muy sencillo o completamente incomprensible (la dialéctica marxista tenía detalles así de pedantes).

Era la hora del vampiro, una plaga irracional y proletaria, una ola que como todas las olas vendría a morir a la orilla, ya sin fuerzas, vencida por la resaca.

EXPULSADO POR EL CORO

Téllez estaba ya muy quemado en el coro, y a su oposición de diablo malo le salió la competencia de un barbas gordo, sudoroso y democristiano que se llamaba Jaime o así y pretendía convertirse en el adalid de los pocos incautos que allí iban quedando. Jaime también cantaba, pero en el grupo de la casa, y hablaba pestes de los Sin Nombre, a lo mejor hasta con razón. La revista *Chorus* era su siguiente paso en la conquista de un título o un trono que iba a acabar disfrutando a sus anchas. Téllez tuvo la elegancia de dejarlo allí plantado, como a una chaqueta vieja, y buscarse el mundo por su cuenta.

En *Chorus*, antes de la égida, Téllez me colocó un artículo. Sobre cómics, claro. Sobre los cómics de la posguerra, que vestía mucho. Manolo Chulián también quería colaborar en aquel engendro, aunque trabajito le costaba, y fusiló a medias (a tercios, porque yo le eché una mano), un artículo sobre pirámides y extraterrestres, calcado párrafo a párrafo de uno de los libros de Von Däniken de la época (¿dónde se habrán metido?). También Miguelito Martínez tuvo una aparición estelar en aquella revistucha ya condenada, con una historieta de una página que tuvieron que reproducir a cliché electrónico, con lo que eso valía, donde apuntábamos ya las influencias de *Métal Hurlant* que después hemos odiado tanto. Habíamos

descubierto hacía muy poco a Richard Corben, y Miguel dibujó una historia con un par de maniquíes, en pelotas y sin sexo, que jugaban al ajedrez y a cada pieza perdida se amputaban un dedo o se saltaban un ojo, cosas así de agradables. En el mundillo del cómic era lo que se llevaba (historias peores se han visto desde entonces). Entre la intelectualidad conservadora y mojigata del coro aquello resultó una herejía que habría acabado con Miguel en la hoguera si le hubieran visto alguna vez el pelo.

Hubo un movimiento subterráneo de oposición a que gente de fuera (Miguel y yo) se llevara las páginas más atractivas de una revista que ya era un muerto yapestaba. Celebraron cónclaves y nos dieron fumata negra. Téllez se puso de nuestra parte, como no podía ser menos, consciente de los nuevos vientos de la historia, y cogió a Manolo Chulián y a Pedro Alba y algún otro (los partidos políticos, lo he dicho, se estaban llevando a todos los demás), y mandó a la congregación a hacer puñetas.

EL NACIMIENTO DE UNA NOCIÓN

Miguel y yo llevábamos meses queriendo publicar un fanzine (la palabra ya existía nuestro vocabulario) y hasta teníamos elegido un nombre hermoso: Amra (aunque estábamos a punto de darle la patada en favor de Corto Maltés y Valentina, todavía debíamos muchos buenos ratos al bruto de Conan).

Miguel estudiaba magisterio mientras yo repetía cou en el Columela, por lo que nuestra aventura fanzinería se retrasó cuando un sólo pudimos vernos los fines de semana. Téllez, desprovisto de *Chorus* en buena hora, tenía también ideas mejores en qué pensar. Íbamos charlando él y yo en el autobús, un día de mucho calor aunque faltaban semanas para el verano que marcaría a hierro nuestras vidas, cuando a la altura del Parque Genovés el motor se recalentó y tuvimos que esperar un rato a que llegara otro cacharro que nos rescatase. Entonces perfilamos la idea. Una revista, esa era la solución a nuestras cuitas. Una revista independiente, sin el lastre de los curas, donde tuvieran cabida cómics y poesía por igual, los relatos que allí mismo me comprometí a escribir, los reportajes que la gente quería leer, sin escandalizarse, aunque luego se escandalizarían.

Le conté a Téllez lo del nombre de Amra, comprendiendo que, visto el nuevo escope que estábamos dando a un fanzine que nunca fue, ya no valía para expresar bien el contenido del proyecto.

–Yo tengo un nombre mejor –me dijo Téllez.

–¿Cuál es? –pregunté yo.

–*Jaramago*.

–¿Cómo dices?

–*Jaramago*.

Y me explicó que era una flor que crece entre los escombros. Era de un poema suyo: «Somos semillas de jaramago», venía a decir. No recuerdo el resto, pero la comparación estaba ya hecha, y era válida: queríamos salir de la mierda y en nuestra humildad reconocíamos nuestros orígenes.

Jaramago sería, pues. La suerte estaba echada (ahora tendría que sonar la música).

Y VOLAR

Jarcha cantaba «Libertad sin ira» en un single de promoción, muchísimo antes de que las revistas de la casa dieciséis dieran en regalar discos compactos o vídeos culturales y atlas gigantes para no perder clientes, y en toda España la gente se preparaba para votar como quien va a los toros, como quien vela armas, como un niño pequeño en su primer día de colegio, entre el temor y la ilusión, relamiendo por anticipado el regusto de una sensación inédita.

Nosotros éramos demasiado jóvenes y, por segunda vez en pocos meses, no por última, nos negaron el derecho al voto. Creo que en el fondo, aunque nos escociera un poco, no nos importaba. Hacía semanas que el centro de nuestras vidas era el proyecto de revista que Téllez y yo íbamos perfilando al mismo tiempo que los políticos en campaña, reclutando firmas, atrayendo apóstoles, convirtiendo infieles. Miguel Martínez, nobleza obliga, aceptó de buen grado la distinta encarnación de nuestro fanzine dedicado al cómic y se le nombró dibujante oficial de la revista. Manolo Chulián, en cuestión de escribir, tenía dos manos izquierdas, ¿pero quién le decía que no cuando su casa era base de operaciones, el centro logístico de todas nuestras estrategias, el santuario por el que nos movíamos como un puñado de okupas? Juanito Mateos no escribía nada, o lo que iba haciendo no llegaba a un buen nivel (se formaba un lío con las co-

mas), pero era tan agradable y se hacía querer tan bien que se convirtió un poco en la mascota del grupo, y de ahí pasaría a ser, en los meses venideros, verdadera piedra angular de su supervivencia.

El mismo día de las elecciones me paseé por las calles llenito de envidia, deseando participar de aquella fiesta aunque fuera en calidad de espectador, seguro de que el aire sabía distinto, de que los coches circulaban más lentos, de que la vida en primavera podía tener en efecto banda sonora incorporada y argumentos de Hollywood con final feliz. Di, como siempre, el paseo rutinario por las librerías cercanas a mi casa, y en una de ellas, para mi sorpresa, encontré a Mandrake el mago besando la espalda de una señorita desnuda. Reconocí a Valentina. Volví la revista, que tenía lomo celeste y era carísima. Un simio astronauta me miró desde la portada. Moebius. Pasé las páginas, con ese temblor de dedos que había experimentado muchas veces en sueños, cuando imaginaba estar visitando lo que luego he comprendido era una librería especializada. Allí estaban Corto Maltés, Arzach, Valentina, juntos y revueltos todos, en alegre armonía. El tebeo adulto que siempre habíamos soñado, *Tótem*, la revista del nuevo cómic, ante mis ojos, como los labios de una muchacha dispuesta.

Fue ese descubrimiento, y el de *Trocha* apenas dos días más tarde, lo que me hizo comprender que el cambio era irreversible. Más que las declaraciones de los políticos, más que las propias elecciones, más que la sonrisa de Suárez y los mofletes carnosos de Felipe González, yo medía la libertad conseguida por aquello que me atraía, por lo que me interesaba de modo inmediato. No me permitían votar, ¿pero qué importaba si podía coger del árbol las manzanas prohibidas, si podía comer hasta hartarme de esa fruta madura? No me permitían votar, pero volaba.

EN CLAVE DE CÓNCLAVE

Metidos ya en harina hasta las cejas, llegó el día clave. Téllez desplegó su red de contactos y los citó a todos, no podía ser de otra manera, en casa de Manolo. Con lo que no contábamos era que ese día sí que estaba allí su padre.

No sé si el hombre había advertido los tornillos relucientes en la puerta de su cuarto de baño, o que su hijo se iba quedando poco a poco sin mecanos y tebeos del ratón Mickey, o si encontraba cerillos consumidos en los rincones más insospechados de la casa, pero lo cierto que allí estaba, en pijama beige y con cara de sueño, obligado a levantarse cada vez que sonaba el timbre. Y el timbre esa tarde sonó mucho.

Téllez no tenía medias tintas. Puestos a escoger un grupo de colaboradores, decidió hacerlo a lo bestia: la revista iba a salir con nuestro propio dinero, de ahí la independencia, así que cuantos más fuéramos, mejor. Pero por un momento pensé que se había pasado un pelo. Me pongo en la piel del padre de Manolo y no me explico cómo no le dio un soponcio de tanto abrir las puertas y dejar entrar a jovencitos desconocidos de aspecto llamativo y estrafalario. Seguro que dudó de la cordura de su hijo, y eso que lo sabía de buena familia.

No cabíamos en el cuarto de Manolo, así que nos metimos en la habitación de al lado, donde había una mesa enorme, sin patas,

sobre cuya superficie mi amigo pretendía plantar una maqueta del Puente Carranza que después nunca completó, entre otras cosas porque yo le partí la lezna. Tuvimos que apretujarnos, ocupar como podíamos las sillas que resultaron escasas de todos modos. Debíamos ser doce o quince, y menos mal que Juanito Mateos era hijo del cuerpo, porque de lo contrario el alarmado padre de Manolo habría acabado llamando a la Benemérita.

Yo había escrito una declaración de intenciones, larguísima y poética, el editorial que contenía nuestras ideas. Lo leí con voz reseca y temblorosa a aquellos desconocidos que Téllez nos había colado por la escuadra. A todos les gustó mucho pero (siempre tenían que poner un pero), convencidos de que su participación variaba las cosas y había que perfilar algunos detalles, se decidió que fuera más cortito y más directo (yo tenía ya tendencia a irme por las ramas).

De esa reunión salimos convencidos de ser un Colectivo de verdad, una piña unida de tendencias sin disensiones, con el deseo de servir para algo cuando, hasta ayer mismo, estábamos seguros de no servir para nada.

Nos pusimos a trabajar casi de inmediato (ya teníamos mucho adelantado), y como ni la tecnología ni el fondo común perdido de antemano daban para mayores, invertimos nuestro capital en clichés y papel de multicopista, folios verdes y blancos para dar la nota andalusí, y corrector color laca de uñas que nos dejaba la ropa teñida de olor a acetona. La casa de Manolo, ahora por la mañana, se convirtió en redacción del Daily Bugle, un trasiego de gente que entraba y salía bajo el tableteo de las dos máquinas de escribir, enfrentadas entre sí, donde Juanito y Téllez se enzarzaban en una carrera dialéctica con fondo de ametralladoras mientras pasaban el contenido de nuestro primer número, a ver quien se equivocaba menos y terminaba antes. De vez en cuando revoloteaba una cerilla.

Téllez se aprovechó de sus contactos, o simplemente abusó una vez más de su cara dura (no había quien pudiera negarle una escoba), y como no queríamos recurrir a la multicopista del coro, allá se la comieran Jaime y los frailes, decidió probar fortuna en Veá Murgía, en la sede de ugeté o las juventudes socialistas a las que tiraba los tejos en un consentimiento mutuo que por fortuna no llegaría a más. Téllez gozaba de buena prensa entre la progresía local y durante toda una tarde tuvimos a los sindicalistas recordando tiempos heroicos de represión y vietnamitas y leyendo en primicia los folios verdes a medida que iban saliendo del vientre de la máquina. Paco Bello, teatrero y mellado, entre el Che Guevara e Hilario Camacho pero sin peinar, nos echó una mano (a Paco lo saqué años después en mi primer libro, interpretando al actor Dardo, pero para entonces ya le habíamos perdido la pista y no sé si llegó a enterarse).

La idea de publicar la revista en los colores de la bandera se nos chafó cuando descubrimos que el papel blanco era más caro, así que al final el primer número salió en tonos inversos, como un sandwich, las portadas en blanco y el contenido de color lechuga. El mensaje subliminal, de todas fomas, quedó claro.

Unas pocas semanas antes yo había descubierto la revista Nueva Dimensión, a la que no he dedicado ningún espacio pese a la importancia que después tendría en mi vida literaria, y a partir de una de sus ilustraciones Miguel Martínez se encargó de copiar nuestra portada: Una mano abierta mostraba en la palma la figura dormida de una ninfa o una musa desnuda, todo muy poético, muy con segundas. En la esquina superior izquierda, junto al título *Jaramago, Colectivo Literario Independiente*, Miguel plantó una greca rebuscada, parnasiana, hortera. Miguel dibujaba muy bien, pero su idea de la poesía no escapaba a los floripondios de los libros de Santillana.

También para ese primer número Miguel dibujó un cómic de cuatro páginas, autoconclusivo, adaptado por libre de un relato de Arthur C. Clarke, que tanto le ha gustado siempre (a mí no me hace mucha chispa). La historieta estaba francamente bien, con el apoyo fotográfico de las fotonovelas del TP que aún no había abandonado (me pregunto si ya lo habrá hecho), y alguna pose de Martin Landau y su sacrosanta, el capitán Köenig y la doctora Helena, tomadas de la publicidad de *Espacio 1999* pero con un solo ojo, para despistar. Era una temeridad más, publicar un tebeo de ciencia ficción en una revista que se quería de poesía, una especie de baza sorpresa, una declaración de principios de que allí todo valía. Aunque no conocíamos el verbo epatar, era lo que hacíamos con bastante maña.

Miguel se hinchó de dibujar también en los clichés (portada y cómic se hicieron por sistema electrónico, que permitía mejor reproducción gráfica, aunque no demasiada), rayando sobre un cristal, con un bolígrafo sin punta, las ilustraciones que acompañaban a artículos, relatos y poemas. A veces acertaba, a veces metía la pata. Era como pintar un mural egipcio: no se podía corregir, sino seguir adelante y esperar que la tinta no se desbordara luego entre las llagas abiertas del papel de seda.

Cuando todo estuvo ya impreso y ordenado, hicimos la ronda, dando vueltas a la mesa del salón mientras colocábamos el montoncito de hojas verdes y después la portada con la ninfa dormida y la contraportada, donde unos versos de La Bullonera que nos venían al pelo se convertían en la cita que venía a poner punto y final a todo el trabajo. Luego, dos grapas en su sitio y el número uno de nuestro *Jaramago* quedó terminado. Ahora teníamos que venderlo.

EL POETA Y LOS APRENDICES

Rafael Alberti vino a dar una conferencia-recital a la Facultad de Medicina, en celebración de su regreso del exilio y de su recién conseguida acta de diputado, y allá que fuimos el Colectivo en masa, con nuestras flamantes revistas bajo el brazo, dispuestos a vender alguna al público asistente.

El aula magna estaba a rebosar, gente joven y viejos camaradas por igual, esos que se identificaban por los ojillos de niño y el gesto de sufrimiento asumido como otra bandera, los que se empeñaban en vivir por segunda vez una primavera en sus vidas y se daban cuenta de que no, no del todo. Aquel veintitrés de julio Alberti no tenía todavía la pinta de vieja india que después ha tenido, ni vestía las camisas de flores que lo convertirían en un anciano pop art algo marbellí, sino una sahariana de cazador de leopardos con muchos bolsillos, y el pelo cano bien peinado, sobre la frente de Petrarca o Juan de la Cosa sin nariz larga. Alberti estuvo esa tarde en plan figura, en torero de estilo, recitando fragmentos de su obra y metiéndose al respetable en uno de sus muchos bolsillos con botón. De los tres o cuatro recitales que luego le he visto, ese primero fue sin duda el más activo, el más entrañable, el más emocional y sincero.

Nosotros nos habíamos agazapado a la entrada, tendiendo sin muchas esperanzas el tesoro de nuestra revista a todos los progres que iban pasando. No cabíamos en el cuerpo de la sorpresa. La re-

vista no era gran cosa en cuanto a presentación, y posiblemente tampoco en cuanto a contenidos, pero nos la quitaron de las manos en un santiamén, pagando sin rechistar los tres duros que pedíamos y a veces sin esperar siquiera a que les diéramos el cambio. El acto no había empezado todavía y ya habíamos agotado la tirada completa. Frotándonos los ojos de estupor, nos sentamos a disfrutar de la velada.

Téllez y yo habíamos preparado una entrevista de urgencia con el poeta, y lo abordamos antes de que tuviera tiempo de despejar la mesa de papeles y recuerdos. Alberti nos contestó de forma escueta, amable pero sin exagerar, mientras firmaba autógrafos a diestra y siniestra. Me aparté un poquito para dejarle sitio y mi sorpresa se convirtió ya en estupor absoluto: los autógrafos los firmaba sobre los ejemplares de nuestro *Jaramago*, sin descanso, uno tras otro. No sé si la gente pensaba que la revista tenía algo que ver con Rafael, o si era el único papel que había a la mano en ese momento, pero lo seguro y fijo era que si nuestro producto tenía algún valor ahora había quedado centuplicado. Espero que alguien conserve todavía esos folios firmados por la mano aún firme de aquel joven de setenta años.

Nuestra entrevista fue muy breve, casi telegráfica. Téllez se encargó de la mayoría de las preguntas y yo, que acababa de leer *La Arboleda Perdida* quise saber si pretendía continuarla algún día, porque el libro acababa en un cliffhanger que sólo superaría, tres años y medio después, *El Imperio Contraataca*. Alberti me contestó que sí, que esperaba retomar el libro algún día, cuando no se metiera en tantos fregaos, y recogió los bártulos y se marchó dejando un rastro de plata en el aire. En un gesto de audacia sin límites, Téllez le regaló un ejemplar de nuestro *Jaramago*, que el poeta aceptó sin muchos aspavientos. Me gustaría saber dónde lo dejaría olvidado.

Después de aquel éxito que ninguno imaginaba, tuvimos que hacer una reimpresión del primer número que agotamos también en otras cuarenta y ocho horas escasas, ya sin la colaboración inapreciable de Rafael Alberti como promotor de ventas. Fue quizá así como aprendimos que la literatura era, iba a ser eso: un montón de horas de trabajo y luego un segundo efímero de vida, un aleteo antes de consumirse en las llamas del tiempo, no sé, mucho más esfuerzo e ilusión de lo que luego se conseguía cuando el producto quedaba terminado, cuando nuestros libros futuros estuvieran en la imprenta, en la librería. Una vez publicado, lo descubrimos ese día, en su cárcel de papel, el poema, el artículo, la novela o el cuento están muertos y son el ratón que ya no se mueve cuando el gato lo empuja para intentar seguir jugando.

EL COLECTIVO

Los demás miembros del Colectivo, los que habían llenado la casa de Manolo y tomaron las calles con el puñado de revistas oliendo a acetona, los que se mancharon de tinta como nos manchamos nosotros fueron variando de un número a otro, carne de cañón inapreciable sin la que no habríamos sobrevivido. Algunos aguantaron como leones hasta el final. Otros, la mayoría, colaboraron y desaparecieron fugazmente, un viento ilusionado e inconstante que sólo dejaría la presencia de sus escritos en el papel multicopiado, y a veces ni siquiera eso.

Jomán Ales usaba un seudónimo algo ingenuo, el acróstico de sus iniciales no sé si para despistar o darse lustre. Era vecino nuestro, y quizá debiera haber hablado antes de él (apenas lo he mencionado de pasada en los primeros renglones de esta memoria). Nos habíamos pasado la adolescencia entera peleándonos y reconciliándonos, leyendo novelitas de a duro que después plagiábamos con fortuna más o menos adversa, intercambiándonos tebeos que yo le solía robar con descaro poco disimulado y escuchando discos en su habitación mientras comentábamos las andanzas de Flash Gordon. Jomán Ales fue el primero de nosotros que descubrió a Luis Eduardo Aute, un álbum («Rito») que pidió más o menos por casualidad al Círculo de Lectores cuando al filipino no lo conocía ni su padre,

y durante semanas y meses lo escuchamos con espíritu reverencial, atraídos por aquella mezcla de canciones de amor y muerte que no habíamos oído nunca antes, sabiéndonos poseedores de un tesoro único.

Jomán Ales estudiaba en Sevilla aparejadores o algo así, y volvía cada cinco o seis meses, con el flequillo largo y cada vez más miope, cargado de tebeos para prestarme. La carrera le iba fatal y acabó estudiando, también en Sevilla, nada menos que magisterio, algo que yo nunca entendí, porque podía haberlo hecho en Cádiz, que le habría salido más barato (cosas de faldas, seguro). El sarampión político que en Manolo y en mí había pasado casi sin contagiarnos le había dado más fuerte que a los demás, y a pesar de su amor desmedido por los cómics de superhéroes americanos militaba sin contradicción en algún partido de extrema izquierda, o estaba a punto de hacerlo ya por entonces. Jomán Ales era algo posesivo y desconfiado, y escribía unos poemas sencillos, amables, que sonaban bien y podían ser intimistas o panfletarios, daba igual. Nos gustaban mucho.

José Ángel González (me molestan las tildes de su nombre compuesto, pero no me atrevo a escribir Joseángel de corrido) venía del teatro y la contracultura, del grupo «Cámara» o uno de aquellas compañías alternativas de provincias que, por cuestión de edad, se nos habían escapado a la mayoría de nosotros. José Ángel tenía un habla lenta y parmoniosa, sincronizada con el humo que revoloteaba en su eterno cigarrillo, y vestía de negro, un chaleco estrechito y una corbatina de lazo. Tenía una barbita recortada, como de macedonio o de escritor de Providence, y flotaba en él un aire misterioso, de poeta maldito, como ni siquiera Téllez podría soñar igualar. Era lo más parecido a un Baudelaire de nuestro entorno que se servía por entonces.

José Ángel era un todoterreno de la cultura marginal, y lo mismo escribía unos poemas bellísimos, a años luz de lo que todos los

otros aspirantes a poetas hacían (Téllez incluido), que pequeños apuntes en prosa donde el lirismo se confundía con la soledad y creaba imágenes hermosas que después he intentado copiarle sin mucho éxito, me parece. También dibujaba con bastante soltura, aunque no cómics, sino cómix, historietas underground que después te explicaba con bastante gracia, sin tomarse demasiado en serio su mensaje, si es que lo había.

José Ángel tenía un aire mefistofélico, una mirada de flor del mal bajo las gafas negras, y durante años he querido hacer de él el antagonista de una novela de terror que nunca he escrito. Nos daba algo de miedo.

Pedro Manuel Alba era democristiano y no se avergonzaba de serlo, lo que le hacía destacar entre un puñado de gente que se consideraba de izquierdas (José Ángel, sin embargo, estaba en el anarquismo). Pedro procedía del coro, como Téllez y Manolo Chulián, y estudiaba medicina y hablaba muy rápido, en una especie de idioma propio que nadie era capaz de descifrar, saltándose palabras y uniendo mucho los labios, como si soplara un globo. La letra incomprensible del médico que un día sería la llevaba ya, pero en lenguaje oral. No escribía gran cosa, aunque era un fiero vendiendo ejemplares.

Pedro iba siempre muy abrigado, con chaquetas de varias mangas y tres o cuatro camisetas a la vez, con jerseys de cuello alto y pantalones de pana que le daban un aire a labriego, a imitador de Blasillo o socios contemporáneo de Miguel Hernández. Era también miembro de la pandilla en la que acabamos cayendo el núcleo del Colectivo cuando íbamos de paisano y se las ligaba a todas, en especial a las de nombre repetido. No era mérito propio: los demás le dejábamos el campo libre.

Fernando Santiago tenía la cara salpicada de viruela y era guapo y repeinado, un abertzale del andalucismo, mucho más radical de lo que el PSA llegaría a ser nunca, ni siquiera en los tiempos en que

la gente creía que la S supermánica significaba algo distinto a señorito. Fernando estudiaba periodismo en Madrid, y tenía un acento castellano algo cargante, que echaba para atrás todas sus demandas nacionalistas en cuanto se le escuchaba dos minutos seguidos. Era la encarnación de la sensatez, o eso pensaba, y en el Colectivo nos prestaba la visión profesional del periodista que iba a ser, las experiencias de batalla de un oficio que sacrificaría por la política años más tarde.

Antonio Gutiérrez estaba entre Sisa y un Freak Brother, la imagen típica del progre de postal, los pelillos rizados contra una calva que se auguraba reluciente en pocos años y las gafas redonditas sobre la nariz de judío converso. No escribía nada, que yo recuerde, pero le iban las historias de movidas culturales y se le veía siempre dispuesto a colaborar en lo que fuera. Tenía una hermana pequeña, clavada a él, que parecía sin terminar de hacer, algo borrosa. Me prestó un Nueva Dimensión dedicado a Lovecraft que no le he devuelto todavía.

Guillermo Montes también venía escapado del coro, como la mayoría. Era pálido y barrigudo, y tenía una hermana con gafas y sonrisa zarapica que causaba estragos entre sus amigos más cercanos. Guillermo era íntimo a la vez de Juanito y de Téllez, y casi resultaba una síntesis de ambos en el físico. Era lo más parecido a un intelectual que teníamos a bordo, sesudo y formal, y se subía mucho las gafas sobre el puente de la nariz, con algo de senador romano o de diputado alemán en el porte. Sus poemas sonaban como pistoletazos en un cementerio.

Teníamos también la fiel infantería, gente que trabajaba por amor al arte, patrullando las calles y ayudándonos a grapar y vender, colaboradores sin los cuales nunca nos habríamos comido un pimiento. Casi todos eran miembros de nuestra pandilla, los extras de una superproducción que después no aparecieron nunca en nin-

gún título de crédito, las niñas con las que salíamos y no ligábamos, los amigos que nos admiraban desde la distancia.

No sé si éramos machistas, pero aunque publicábamos cosas escritas por mujeres no había ninguna que formara parte del Colectivo como tal, eso es verdad. Hasta que llegó Ana un poquito más tarde.

LA PANDILLA

Téllez no debió quedar económicamente muy bien y tuvo que olvidarse de sus estudios de historia y buscarse un trabajo. El padre de la linda Dori Barrios, funcionario de correos, le buscó un enchufe en la casa y Juan José se vio así enterrado en cartas y paquetes cada mañana, con la camisita negra y las manos blandas de niño de izquierdas que jamás había clavado un clavo, perdido en un mundo de mensajes ajenos a los que no podía meter el diente. Fue entonces cuando escribió aquello de «trabajo cribando cartas que nunca leeré», donde venía a confesar que la curiosidad le podía más que el tedio. A veces se cargaba el macuto al hombro y hacía también el reparto, y por las tardes lo veíamos llegar sudoroso y derrengado, con la espalda marcada por el peso de la cinta de cuero, como la huella de un látigo.

Por entonces, Juanito, Manolo y yo formamos una pandilla tardía con algunas de las niñas que ellos habían conocido durante el camping. Pedro Alba debió oler a carne fresca y también se nos unió, como Miguel Martínez, dispuesto a abandonar su ascetismo oriental en favor de hembras hispánicas.

Las niñas nunca nos parecieron muy allá físicamente, pero al menos tenían conversación y no se entrometían con nuestra vida paralela de aspirantes a escritores o a bohemios, sino que nos con-

sentían y admiraban desde lejos, en la sombra, y nos ayudaban a vender la revista sin exigirnos nada a cambio. Ya he dicho antes (y no me puedo cansar de repetirlo), que era la carga de aquella infantería ligera lo que nos hacía agotar tan de corrido las existencias.

La pandilla era una extensión civil del ambiente culturaloide y libertario del Colectivo, una válvula de escape que nos permitía olvidar por unas horas el peso de nuestra genialidad bien asumida. No había líderes, como tampoco los había en la dirección de la revista, pero cada uno brillaba con luz propia, si la tenía: Miguel con el esoterismo y la psicología aplicada, Pedro con su habla atropellada, Manolo con su silencio y su hombro siempre presto a soportar lágrimas cristianas, Téllez que sabía ser sublime sin interrupción, o yo mismo, delgado, guapo, bajito y creído, registrando detalles y defectos para contarlos algún día.

De todos, era tal vez Juanito el centro de atención, la seña de identidad de la pandilla, como también lo era o lo iba a ser de la revista. Ya había llegado el verano y Juanito renunció a la gabardina del abuelo hasta el otoño y la sustituyó por una camisa de cuadritos mínimos, rojos y negros, que parecían las ventanas de un edificio en un paisaje nocturno. Entre la camisa de marras y la melena de león ardiendo, y los brazos de Popeye o de forzado barrigón (Juanito se llevó una alegría cuando descubrió que los tenía igual que Robert Redford), empezaron a llamarle «el coloso en llamas».

Juanito tenía una risa contagiosa, un terremoto pandémico y sonoro capaz de descabalgarte a la primera de cambio. Sólo el hambre canina y el sudor que siempre le resbalaba por la cara podían equipararse a su buen humor de guerrero galo. Juanito era surrealista sin haberse salido más que de una película de Buñuel, y tenía unas ideas disparatadas que contaba con mucho desparpajo pero no sabía llevar a la práctica, para pérdida incalculable de las artes en España y ventaja de Pedro Almodóvar.

Del cuartel donde vivía Juanito se nos trajo, a la pandilla y a casa de Manolo, otros dos hijos de guardia civil, algo cortados como él por el oficio paterno común (signo de los tiempos), que acudieron atraídos por el ambiente cultural que respirábamos y por la posibilidad de ligar con alguna de las féminas (ilusos).

Diego tenía bigote de cepillo, como un personaje de Max Sennett, y una vocecilla tímida y modales sensatos. Trabajaba ya, de electricista o de plomero, y contaba en su haber con un par de experiencias sexuales pagadas a escote por sus jefes, historias de putas a las que se había tirado con frío y calcetines, aventurillas sinceras con las que nos deleitaba a pesar de que había que irle tirando de la lengua, por su recato.

Fernando era alto y delgado, de una belleza delicada y casi femenina que le estropeaban un tanto los barrillos. Se trabucaba al hablar o cuando se ponía nervioso o le podía la risa, para inquietud de los demás, que le apreciábamos y pasábamos un mal rato porque él se angustiaba. Fernando había sido condiscípulo de mi hermano, cosa que me avergonzaba un poquito porque yo tendría que estar ya en grupos de gente algo mayor, y disfrutaba viendo cómo Téllez y yo nos las dábamos de intelectuales y podíamos decir tacos de camioneros con la misma soltura. No exagero si digo que nos admiraba. Se operó de fimosis ese mismo verano y le íbamos a visitar a su casa por las tardes, tras franquear la garita del cuartel, para que nos relatare la experiencia y hacerle sufrir mostrándole revistas porno.

Fernando llegó a la pandilla y ligó a las pocas semanas con una de las niñas, Domingo Savio y María Goretti cogiditos de la mano, los dos monísimos y recatados, inofensivos. Lo que María Goretti no se sabía era que su educado Lancelot se mataba a pajas, como todos, libre ya del estrecho prepucio que le había jodido media adolescencia.

LA PRIMERA VÍCTIMA

En la portada de nuestro primer número anunciábamos que la revista iba a ser mensual, y desde luego teníamos ilusión y ganas para mantener esa cadencia. Terminada la aventura de la venta en la Facultad, comenzamos en seguida a elaborar el número dos. El modesto anuncio que habíamos intercalado entre las páginas («*Jaramago* no quiere ser minoría. ¡Búscanos!») surtió efecto inmediato, a pesar de que en ninguna parte había una seña o una dirección con la que pudieran ponerse en contacto: éramos ilegales y no estábamos registrados en ninguna parte, ni andaba el horno para poner la otra mejilla, por si las moscas.

El calor de agosto se confundió con los preparativos de nuestro segundo número. Manolo ya estaba puesto en sobreaviso, y como veía que Téllez iba a llenarle de nuevo la casa de gente, le explicó muy claro y con mucha educación que no iba a ser posible, entre otras cosas porque las previsiones indicaban que no íbamos a caber ni en el salón. Téllez comprendió que una cosa era contar con casa ajena para escuchar canciones o quemar toallas y otra muy distinta convertirla en hormiguero humano, así que congregó a todo el mundo más arriba, en la azotea.

Allí nos reunimos los supervivientes de nuestra primera andanada (todavía casi todos), más los nueve o diez recién llegados que querían colaborar en la aventura. Téllez se erigió, como siempre, en capitán de la empresa, conmigo como segundo al mando, pero puesto que no queríamos cargo alguno y estábamos por el socialismo cultural recibíamos a todo el que llegaba como si fuera un hijo pródigo, no ofreciéndole pan, pues pan no había, pero sí dándole derecho a la palabra, a la decisión y al voto. Eso nos jorobó más de una vez alguna determinación editorial con la que ya contábamos de antemano.

El dinerillo que habíamos conseguido con la venta del primer número lo invertimos (tampoco fue tanto), en comprar nuevos clichés y más papel, y una cajita de caudales azul metálico, con llave, que confiamos a Manolo, quien ascendió en el escalafón y se convirtió en tesorero del Colectivo. Manolo, ya lo he dicho, era el más honrado de todos nosotros y aquella responsabilidad le venía que ni pintada. Adquirimos también una carpeta azul algo gastada donde archivábamos los poemitas y colaboraciones que nos iban llegando, a veces desde las fuentes más imprevisibles: la cárcel, un taxi, el correo o la mili.

El número dos aumentó en cinco o seis páginas, y también en un duro de precio, y como el papel verde se había agotado nos tuvimos que contentar con publicar sobre folios rosa, que nos parecía un horror. Miguel se limitó esta vez a pintarrapear sobre los clichés, dejando la portada en otras manos: Un antiguo conocido de Jomán Ales apareció por la azotea con un puñado de dibujos en el clasificador, ilustraciones rebuscadas y fantásticas, un punto rococó, que hacía con paciencia y a bolígrafo sobre papel de seda. José Manuel Burguillos se comprometió con nosotros y nos cedió dos portadas, las dos atractivas y simétricas, de un onirismo extraterrestre, y después se centró en su propia revista marginal, de la que hablaré más adelante.

La parte del cómic, esta vez, tampoco recayó en Miguel, entre otras cosas porque entusiasmado con las niñas de la pandilla no le había dado tiempo a preparar nada. Fue José Ángel (otra vez esas horribles tildes) quien nos llevó a la azotea a un muchachillo rubio y melonado, de ojos azules brillantes y barbita descuidada que dibujaba como entonces no habíamos visto dibujar a nadie: Carlos Forné.

Carlos era como un pajarillo indefenso, el artista bohemio y puro que no confía en el mundo ni en sus propias cualidades, apagado y nervioso, que te explicaba sus dibujos cuando, por calidad propia, los dibujos se explicaban ellos solos. Carlos estaba en la contracultura o la marginalidad, y estudiaba bellas artes, y tenía una risa infantil que sonaba algo descontrolada, algo a la fuerza. No debía ser muy feliz, pero tampoco tuvimos tiempo de intimar más con él. Algunos años después lo vimos cojeando y nos contó, sin perder la sonrisa, que había escapado mal a un par de intentos de suicidio. Una mañana, en el periódico, en la librería Jaime, me topé con su foto, flotando en el mar frente a la alameda, desnudo y libre ya para siempre de fantasmas.

UN TOQUE DE RACISMO Y NARCISISMO

Todo el mundo tenía cabida en el Colectivo, incluidas las niñas de la panda si hubieran querido hacerlo. Todo el mundo menos Miguel Ángel el coñazo.

Miguel Ángel tenía la cara azul por haberse empezado a afeitarse temprano, y una tonalidad venosa en la piel entera. Era delgado, como si estuviera siempre de perfil, con culo de pato, y acudía a orinar cada pocos minutos, descompuesto, para cachondeo general de cuantos lo tratábamos y despreciábamos (una cosa iba pareja con la otra; era inevitable). Miguel Ángel encarnó en aquella adolescencia postrera al lerdito del que todos se burlaban, al blanco de las bromas pesadas si lo hubiéramos considerado lo bastante importante para perder con él un minuto de tiempo. Miguel Ángel era un poco gilipollas, pendenciero y pedante, pesadísimo, y se las daba de ser mejor poeta que todos nosotros, aunque no escribía ni era capaz de hacerlo, y de saber más a fondo de cualquier tema que se le tocara de paso. Lo suyo era un complejo de inferioridad sublimado, nos dábamos cuenta, pero se hacía cargante. Tenía un leve acento gallego que él fingía castellano y estaba convencido, aunque se apellidaba López o García, de ser descendiente del Cid Campeador, lo que terminó por sacarnos ya de quicio.

Miguel Ángel era un pobre cretino que luchaba por la integración, en la pandilla y en el Colectivo, posiblemente hasta en el mundo, pero no sabía jugar sus cartas y acababa metiendo la pata cada

vez que abría la boca, incapaz de controlar su desprecio hacia los demás él tampoco. Creo que es la única vez en la vida que hemos sido racistas a conciencia: es muy distinta la caridad cristiana del ascetismo zen, y nosotros no estábamos por la faena.

Téllez acabó frito de sus desplantes y de sus modales de mayordomo inglés (porque a lord no llegaba, aunque él se imaginara encarnando el papel), y como el galleguino de las narices insistía en saber más que ninguno de todos los temas, le preparó una trampa saducea y se inventó a un poeta exiliado, del veintisiete o el treinta y seis, un tal José de Samaniego, cuyos poemas estaba leyendo en teoría, aunque los escribía él mismo cada noche. Miguel Ángel, obviamente, a todo le decía que sí, y explicó no sé cuántas poesías que había leído de aquel autor creado sobre la marcha, e incluso reconoció haber estudiado y aprendido de memoria alguno de los que Téllez le mostró. Cuando Juan José le descubrió el pastel, Miguel Ángel se negó en redondo a admitir que le hubiera tomado el pelo de una manera cruel y vergonzante (es posible que al principio se confundiera con el fabulista, pero más tarde ya no quiso dar marcha atrás), y hasta volvió un par de días después con un par de espantosos poemas propios que quiso achacar al escritor imaginario. Se le notó el truco en las faltas de ortografía.

La tarde de agosto en que todos nos reunimos en la azotea Miguel Ángel esperaba en el patio, cerrado el paso a la reunión, intentando dilucidar si su escaso éxito se debía al mal aliento o al desodorante ajenos. No pedía la entrada en el grupo, la exigía. Téllez ya no aguantó más y al término de la reunión lo echó con cajas destempladas, agrio y antipático, la autodefensa a la que nos obligaba su pesada insistencia de sabelotodo insufrible. Los demás aplaudieron.

No le volvimos a ver el pelo, pobre diablo.

LIBERTADES CONTRAPUESTAS

Tomamos otra vez las calles al asalto, soportando el calor a cambio de cuatro duros y la satisfacción de saber que nuestra revista llegaba a alguien. Nos sorprendió comprobar que ya empezábamos a tener seguidores y detractores, gente que había leído el primer número y se ofrecía a ayudar, nos entregaba poemas, la compraba con ilusión no fingida y quería saber cómo podía colaborar con nosotros. Uno de ellos, educadito y cordial, era Antonio Anasagasti, que hacía poemitas muy breves, casi epigramas, sobre vendedoras de castañas y arco iris en la Caleta, todo muy íntimo y naif, con sentimiento. Antonio estudiaba para abogado y nos explicó que el Partido Nacionalista Vasco, como su padre, era de derechas.

El segundo número, vencida la sorpresa inicial y sin un acto aglutinador que nos sirviera de coartada, nos costó un poquito más de vender, casi una semana entera. Nuestra osadía no tenía límites, y no resultaba extraño vernos cargando aquella fea revista rosa a la entrada de Astilleros, al sofoco de mediodía, tras la sirena. No sé para qué querrían los obreros una revista que no hablaba de política de modo directo, ni de guías sindicales, sino de poesía, flamenco, cuentos de sangre y el surrealismo boschiano, pero lo cierto es que también allí nos la quitaban de las manos, para orgullo nuestro (eramos unos chicos educados y jamás hacíamos preguntas comprome-

tidas). No me extraña que después tanta gente haya dicho que perteneció a Jaramago para apuntarse ese tanto, desde locutores de radio a carnavaleros a los que jamás habíamos visto en la azotea.

El cliché de lo que iba a ser la primera página se nos estropeó en la multicopista y tuvimos que comenzar la revista por la segunda. No habría habido ningún problema (no llevábamos numeración, naturalmente), pero la carta de presentación la asumió así el primer relatito de Pedro Alba, que trataba de un tema algo espinoso, el aborto, y además desde un punto de vista contrario a lo que pensaba la mayoría de progres que nos leía y acusaba (Pedro estudiaba Medicina y creía en el juramento hipocrático; era muy ingenuo). Empezábamos a epatar también a las izquierdas. A nosotros no nos gustaba aquel artículo, pero por otras causas estrictamente literarias. Pedro tenía derecho a expresar lo que quisiera.

Muchos no quisieron, no supieron enterarse.

CHERCHEZ LA FEMME

Una de las niñas de la pandilla, la más pequeña de todas, casi en plena infancia todavía, se carteaba con una francesita a la que invitó a pasar unas semanas en Cádiz. La francesita en cuestión se iba a plantar con escolta, una prima, porque al parecer no la dejaban viajar sola. Nos esperábamos, qué sé yo, a Leslie Caron vestida de colegiala, con tirabuzones y uniforme de cuadros o corrector dental. No estábamos preparados para aquel par de bombas de relojería ambulantes.

Claudine y Valérie aparecieron en nuestra vida poniendo una nota exótica a un verano lleno de sentimientos literarios y ganas de pasar a la posteridad, trayendo consigo una bocanada a europeísmo y, sobre todo, a lo que podría ser el sexo disfrutado a tope y sin moralinas. Claudine era lo más parecido a una chica Penthouse que habríamos de conocer en muchos, muchísimos años: el pelito oscuro y corto pero sin pasarse, los ojos muy verdes y encendidos, con un brillo de inteligencia pícaro que a veces bordeaba el hastío, dos pechos perfectamente esféricos, compactos, y una hechura corporal que parecía una pura ese, pequeña y maniobrable, una delicia. Cuando comía helados, derretía mucho más que el hielo; si Woody Allen la hubiera conocido no habría dicho jamás que ese tipo de

mujeres son de plástico (la toqué un par de veces y sé que era de carne). Valérie, la prima, era un poco más delgada, más alta, con pelos rizados u oxigenados, cicatriz de apendicitis estratégica y gesto de desprecio. Las dos usaban tangas, una verde, la otra índigo, que se convertían en blanco de las miradas de los bañistas a diez kilómetros a la redonda.

Claudine y Valérie se aburrían con nosotros, que no dominábamos su idioma (bueno, Juanito y Téllez sí, pero poco), y sólo sabíamos hablar de Franco y de memeces políticas, cuando ellas ya habían tenido una generación de ventaja para superar ese tema. Los padres de Claudine y Valérie habían vivido el mayo francés cuando los nuestros acudían a las demostraciones de Educación y Descanso, y en su misma actitud indolente y despreocupada, tiburonas adolescentes a la caza del macho gaditano, demostraban saber, pese a su corta edad, que la democracia a la que nosotros le dábamos tanta bola no era más que la capacidad de elegir a tus administradores cada equis años. Claudine y Valérie estaban más por el sol y el cachondeo, por el tabaco rubio y los protectores solares, por la música pop que nosotros desconocíamos, anclados en los aburridos cantautores y los grupos folk sudamericanos, por un ambiente moderno y lúdico que chocaba con nuestro ideario subdesarrollado y provinciano. Para ellas la libertad era una facultad que se disfrutaba, no se discutía.

Claudine y Valérie apenas aguantaron una semana con la pandilla. Independientes como buenas francesas, pronto la casa prestada se convirtió en fonda a la que sólo acudían a comer y dormir, y a veces ni siquiera eso. La amiga por correspondencia que temimos tener que soportar se buscó muy pronto la vida y, con la ayuda inestimable de su prima, que se daba cierto aire a Susana Estrada en el talante y en lo físico, en seguida se rodeó de otros admiradores menos intelectuales y más por la labor.

Luego, demasiado tarde, nos enteramos que se habían cepillado a la mitad de los nonainos de la zona. Eran chicas liberadas que no estaban por los lloriqueos izquierdistas de gente que, diez o doce años más tarde, renegarían también de su historia y su pasado, y además tampoco éramos ninguno unos tarzanes flamencos, que era lo que venían buscando con el diu entre las piernas. Se marcharon a las dos semanas, dejando un perfume de alada en nuestras conciencias, un saborcillo a haber hecho el primo una vez más, como casi siempre, porque nosotros no es que folláramos poco o folláramos mal, es que no follábamos nada (qué más quisiera yo que esto fuera una crónica de sexo y activismo). Lo que podrían haber sido en nuestras biografías dos francesas de leyenda quedaron así convertidas, y ya es malage, por desgracia, tan sólo en la leyenda de dos francesas.

PSICODRAMA

No sé si la fugaz irrupción de Claudine en nuestras vidas (Valèrie no nos gustaba tanto) nos trastocó los planes a más de uno, pero lo cierto es que Miguel, que ya se las daba de psiquiatra en ciernes, nos emplazó a todos en casa de una de las niñas de la panda para hacer una terapia de grupo.

Nos encerramos en la habitación de Mariángeles, sentados a corro en el suelo, mirándonos sin saber qué hacer ni de qué se iba a hablar allí, con la música de los Beatles de fondo, que a mí me parecía pasada y chabacana, una pérdida de talento para unas letras tan poco trascendentes. Estábamos los de siempre: Téllez, Juanito Mateos, Manolo Chulián, Pedro Alba, tal vez Fernando, y las niñas con las que manteníamos aquella relación de amistad asexual, una camaradería algo misógina en su misma superación de nuestros roles: las dos Mariángeles, Pili y Mercedes, Loli, Mari Carmen, quizá alguna otra.

Sigo sin saber el propósito de todo aquello. Me parecía una argucia de Miguel para impresionar a la chavala que le gustaba y que le iba a dar calabazas o se las había dado ya de un momento a otro, vista su torpe estrategia. Lo que me interesó nada más llegar fue un montón de tebeos antiguos que conservaba como plata en paño el hermano mayor de Mariángeles, la colección completa de *BRAVO*

que yo también tuve un día y que perdí de la noche a la mañana (al menos no recuerdo haberme deshecho de ella conscientemente). Allí estaban todos los viejos compañeros de mi niñez, Blueberry y Michel Tanguy, Harry Palmer, Chico Monza, Aquiles Talón, los Comandos de África, nada menos que Galax el Cosmonauta. Le di el recado a Mariángeles, dispuesto a comprarle a su hermano aquel tesoro al precio que pidiera, pero no hubo suerte. Ignoro si seguirán criando polvo en aquel armario empotrado, sobre el cine España donde conocimos los spaghetti-westerns y las películas de terror de Christopher Lee y Peter Cushing, que en paz descanse.

Mis amigos fueron hablando uno por uno, aceptando la antorcha de la culpabilidad y flagelándose con tonterías, muy freudianos en su localización del mal, recurriendo a todos los tópicos habidos y por haber, padres posesivos, homosexualidades esquivadas, lesbianismos encubiertos o complejos de inferioridad. Darle una palmada a un amigo tras un gol ya significaba que podrías haber sido maricón; intercambiar la barra de labios con una compañera de pandilla era poco menos el estigma de que te gustaría comerle la boca. En el fondo, lo que a todos nos interesaba saber era si nuestras amigas se masturbaban como nosotros, nada más (ninguna de ellas soltó prenda). Podría haber sido risible de no haber resultado doloroso.

La situación se puso fea cuando una de las niñas se lo tomó demasiado en serio y se echó a llorar, acusándose de tener mal aliento y de tomar a diestro y siniestro pastillas juanolas para evitarlo, cuando precisamente debía ser esa la causa de su halitosis, el origen de toda su soledad y el vergonzoso motivo de que, con quince, años, no tuviera novio todavía, una tragedia que la había hecho pensar si no era torti. En vez de mandar a hacer puñetas la sesión, apagamos la luz para no ver sus lágrimas, y seguimos pinchando, médicos sin fronteras y sin alma, como vampiros psíquicos que necesitaran sufrimiento ajeno para alimentarse.

Cuando me tocó el turno me agobíé mucho pensando que no tenía ningún trauma que contar. Casi me traumaticé allí mismo, vamos. Dije cuatro tonterías para salir del paso y regresé a mis tebeos. A lo mejor, no sé, con aquel acto inconsciente estaba deseando volver a mi infancia.

DESPEDIDAS

El verano se acababa día tras día. Téllez empezó a prepararse unas oposiciones a funcionario, retrasando ya casi para siempre su carrera universitaria, y yo me decidí a regañadientes por magisterio, sabiendo ya que nunca iba a poder ser periodista, aunque ahora que parecía que iba para escritor tampoco me importaba en gran medida. Nuestro amigo Fernando, que estudiaba todavía bup, se mostró encandilado ante la idea de que, a partir de unas semanas o unos pocos meses, yo fuera a disfrutar de una educación mixta (de esas ilusiones tontas íbamos sobreviviendo). Me encogí de hombros, intentando hacerle comprender, falso de mí, que aquello no era gran cosa, aunque lo fuese, y pontifiqué diciendo que había que tener cuidado, no fuera uno a cometer la torpeza de enamorarse de alguna que viniera de un pueblo (no tenía yo gran porvenir como futurólogo, no).

Una noche escuchaba Hora 25 tendido en la cama, con un libro de Isaac Asimov entre las manos. Fue un destello informativo, una de esas noticias aceleradas que transmitían poniendo mucha emoción, capaces de hacer que el corazón te diera un vuelco, y pensé con palabras textuales, sorprendido: Dios mío, ha muerto Elvis.

Una semana más tarde se nos moría también Groucho, pero ni la música ni el humor han sido diferentes desde entonces.

ANA

¿Qué puedo decir de Ana Sánchez sino que era Mafalda encarnada, Mafalda en carne y risas, Mafalda con veinte años? Pues eso.

Téllez y ella se habían llevado tonteando algunos meses, una de esas amistades perfectas y platónicas, uno de esos equívocos raros donde un hombre tiene como mejor amigo o confidente a una mujer. Ana venía también del coro (¿cuánta gente había allí dentro?), y su buen humor era casi tan contagioso como el de Juanito Mateos. Cuando nos dieron la noticia de que habían empezado a salir (una tontería por su parte, porque los habíamos visto venir cogiditos de la mano, abarcando toda la acera con su volumen saltarín y desenfadado), todos suspiramos de contento.

Ana era políticamente más avanzada (es decir, era más progre) y estaba muy lejos de las otras niñas de la pandilla. Me puso un mote que me gustaba mucho, Rafaelisto, y vivía cerquita de mi casa, aunque yo nunca la había visto antes. No escribía que yo sepa, pero de inmediato pasó a formar parte del Colectivo Jaramago, compañera ideal del guerrero que era Téllez, musa tal vez, muchacha independiente capaz de respetar nuestra independencia. Fue ella quien tuvo la idea, quien recordó allá en octubre que hacía cincuenta años de la generación del 27.

Sin la memoria de Ana, ese detalle crucial, importantísimo, se nos habría pasado por alto.

EN BUSCA DE UNA VIETNAMITA

La relación cortada con el coro acabaría cobrándonos factura, lo mismo que el hecho de editar nuestros folios de colores en la sede de las juventudes socialistas. Nosotros, que tan orgullosos nos sentíamos de nuestra independencia política y económica, tuvimos que salir al paso cuando las malas lenguas empezaron a decir que no éramos más que el órgano camuflado de aquella congregación, o que estábamos a sueldo de quien nos prestaba la multicopista. El editorial de nuestro tercer número, ya en octubre, se encargaría de poner los puntos sobre las íes y en aclarar para siempre ese tema (caímos un poco en el panfleto, pero como éramos tan educados y tan finos, no se notaba).

Mientras tanto, consumido el verano, remontada la ola de las elecciones generales, mientras los carteles se iban cayendo a pedazos de las paredes y los nuevos padres de la patria comenzaban las negociaciones de lo que luego sería la Constitución, un peligro mucho más inmediato que la falta de recursos económicos empezaría a cebarse sobre *Jaramago*: terminadas las vacaciones, a punto de comenzar el curso, la mitad de los miembros del Colectivo y los colaboradores regresaba a Sevilla o a Madrid, para continuar sus estudios. Era la primera vez que nos quedábamos en cuadro.

El tercer número, escaldados por los comentarios sobre el papel rosa anterior, decidimos publicarlo todo en blanco, porque la otra opción, el amarillo, nos daba cierta mala espina. La selección del material fue más aparatosa que nunca, pues estábamos inundados

de los trabajos que nos iba llegando, poemas muy malos en su mayoría, aunque no peores de los que ya habíamos publicado o incluso escrito. Otros dos problemas se nos plantearon cuando el contenido quedó ya decidido, esta vez no en la azotea, sino en la casapuerta de Manolo, entre los cinco o seis que quedábamos en activo (ya le habíamos advertido a Téllez que no todo el mundo que cruzara aquellos escalones hacia la salida podría tener derecho al voto). El primer problema, más acuciante, era la falta de una multicopista.

No queríamos abusar de la paciencia de quienes nos habían permitido sacar dos números, y además últimamente los clichés no se veían bien. El tambor de la máquina, tras tantas vueltas, dejaba zonas en blanco que a veces llenábamos a mano, un suplicio para la edición y la lectura. Además, como nuestra independencia había quedado en entredicho, preferimos la honra sin vietnamitas. Sacaríamos nuestro Jaramago tercero en otro sitio.

El segundo problema fue el cómic. Téllez había conseguido camelar a Miguel Martínez para que se dejara de espías alemanes y episodios de ciencia ficción y lo convenció para que le ilustrara un guión propio, una especie de largo poema gráfico que nadie entendía (ni entendió luego, una vez impreso). Miguel, queriendo demostrar que era tan lanzado políticamente como el que más, y a pesar de que tampoco comprendía de qué iba la historia, según confesión propia, no se cortó un pelo a la hora de dibujar al malvado empresario de la historia, y se basó en los rasgos físicos de quien entonces era alcalde de Cádiz, que ni pinchaba ni cortaba en lo que contaba el tebeo, pero hacía bonito y resultaba un blanco reconocible. También Carter, Pinochet, Suárez e Idi Amin salían en la última página, con realismo casi fotográfico (no sé qué tenían que ver todos ellos con la muerte accidental de un obrero, pues de eso parecía tratar la historia).

Lo peor, la larga cita de León Felipe con que Téllez abría cada plancha, aquello que después se ha visto tanto de «Franco, tuya es

la hacienda, la casa, el caballo y la pistola». Ya he comentado antes que la parte gráfica de la revista se hacía en cliché electrónico, que ofrecía un mínimo de visibilidad a los dibujos, muy poquita cosa. Los clichés electrónicos se tiraban, previo pago, en un único lugar en todo Cádiz, la sede del Movimiento en la Plaza de España, lo que para recochineo, y antes de ser reconvertido en mausoleo del ministerio de cultura, conocíamos por el Meneíto.

Al Meneíto fuimos Miguel, Juanito y yo, con la portada extraterrestre de José Manuel Burguillos y dos de las páginas del cómic de autor (la segunda, donde se reconocía claramente la gran grúa de Astilleros, la mandamos a hacer a otro sitio, creo que a Sevilla, pero se nos desmandaba el presupuesto). Los dos funcionarios del ministerio que nos atendieron, con sus guardapolvos azul marino y su pelo entrecano, parecían más dos dependientes de un economato que dos fachas, como si hubieran escapado de un poema de Bertold Brecht o una obra de Dario Fo. Nos daban un poco de pánico. Eran casi las tres de la tarde y nadie sabía que estábamos allí, en la boca del león, tres jovencitos inconscientes y dos ex-combatientes con dientes de oro y gafas oscuras.

Los funcionarios tiraron la portada poniendo cara un poco rara ante los dibujos extraños de José Manuel Burguillos. El cómic les llamó un poco más la atención, sobre todo cuando descubrieron las viñetas con el emperador Carter y a Suárez con pajarita. Cuando vieron el dibujo de Pinochet alzaron la cabeza, tomando prestadas del papel las gafas negras. Nos miraron sin hacer ningún comentario y conectaron la página a la máquina.

El cliché electrónico, mientras se hacía, empezó a emitir un leve olor a quemado. El tambor giraba, grabando raya a raya los trazos del original. Colocaron la segunda página en la máquina, la primera de la historieta, sin mirarla. El tambor empezó a dar vueltas, y en la superficie de plástico se fue marcando el poema, boca abajo, a una velocidad de mil demonios.

—¿Franco? ¿Ahí pone Franco?

No detuvieron la rotativa, pero casi. Estudiaron la página terminada, nos miraron de hito en hito, dos viejos cadáveres que habían perdido el tren de la historia. Nos cobraron lo estipulado y nos fuimos de aquel enorme edificio kafkiano, suspirando de alivio y dejando allá a aquellos dos hombres escarabajo con pinta de jubilados de entreguerra.

Creo que nos salvó el hecho de que tampoco ellos entendieron el mensaje del tebeo, si es que lo había.

RÍOS DE TINTA

Téllez recurrió una vez más a sus contactos y a su pinta de curita bueno (seguía vistiendo la camisa negra), y no le costó mucho trabajo buscarnos otra multicopista entre las cuatro o cinco que sabíamos disponibles en toda la ciudad. Esta vez recurrió de nuevo a la iglesia, a la congregación de San Agustín donde alguna que otra vez nos habíamos reunido. Compramos el papel, la tinta, le dijimos a los pobres curas que no tenían que preocuparse de nada, porque sabíamos cómo funcionaba aquel armatoste (era verdad), y que si tenían que cantar misa no se preocuparan por nosotros.

Algo se nos debió torcer, a algún botón debimos tocar, porque la máquina se volvió loca entre vuelta y vuelta, escupiendo papeles y tinta, mucha tinta, ríos enteros negros, con una insistencia lorquina, que no quiero verla. La máquina lo impregnaba todo, la ropa, las manos, el tabaco, el pelo, el suelo. Menos el papel.

Mal que bien terminamos la confección de nuestro tercer número. Los bordes de cada página salieron a puntitos, como la cuatricromía daltónica de un tebeo. Y el cómic de Miguel y Téllez con el que nos habíamos jugado la vida salió todo borroso, ilegible, imposible de entender ahora por partida doble.

Nos largamos de allí dando muy educadamente las gracias a los curas, prometiendo que algún día volveríamos y sin decirles que a la multicopista habían empezado a saltársele tornillos.

Allí mismo juramos que el número cuatro de *Jaramago*, cuando lo hubiera, lo editaríamos con otro procedimiento técnico.

ENCUENTRO EN EL PIOJITO

Vicente Sosa jura que estuvo a punto de partirme a cachitos por robarme el tebeo que yo llevaba, pero creo que exagera: el tebeo tampoco era gran cosa, un *Métal Hurlant* francés, el número dos o el número tres, que por arte de magia me había encontrado en el baratillo del inefable tío de la plaza de mi juventud (ignoro cómo demonios pudo acabar allí). Vicente me conoció en el Piojito, en otro baratillo que no existe ya, y se me acercó mordiéndose los nudillos, como casi siempre, y me pidió echarle un vistazo, a lo que accedí. En vano intenté entablar conversación (en aquellos días era muy raro encontrar a alguien que entendiera de cómics y, aún más, que le gustaran): Vicente estaba clavado a los dibujos de Rich Corben. Me devolvió la revista y se marchó sin decir ni mú. No volví a saber de él hasta cuatro meses más tarde.

Fue en una de esas revistas hermanas de *Tótem*, *Blue Jean* o *Bumerang*, donde leí un anuncio de un tal Vicente Sosa que deseaba contactar con aficionados gaditanos para editar un fanzine. Recurrí a la guía de teléfonos y di con él. Vicente ya sabía que yo iba a llamarlo. Nos identificamos y quedamos ante el Cine Imperial, donde ya habíamos visto o íbamos a ver *La Locura Americana* o aquel *Agente 69 Jensen* con su jeque semental y los jadeos en alemán de Irma la dulce. Convoqué a Miguel Martínez. Juanito también nos acompañó.

Vicente era más joven que nosotros y se le notaba. Era alto y cargado de hombros, con la barba cerrada y el pelo ralo, como cubierto de polvo. Fumaba mucho y todo él olía a tabaco. Decía Conán, con acento en la a, y le gustaban los Humanoides Asociados y Richard Corben (tiempo tendría de despertarse). Vicente dibujaba unas historietas de ciencia ficción pura, con muchas rayitas y mezclando aguadas y acuarelas que le arrugaban el papel. Su rotulación era infame, ilegible, con las oes negras y apretujadas. Vicente no tenía paciencia: lo que quería hacer estaba muy lejos de su habilidad con la plumilla y acababa estropeando unas páginas que, de entrada, eran preciosas. Dibujaba con el corazón, y a veces le traicionaba el subconsciente y pintaba casas destrozadas y matrimonios descabezados que se parecían mucho a su propia familia, a su propia casa.

Vicente estudiaba en un colegio pijo y tenía un padre inspector de hacienda, aunque no se avergonzaba de ello. Había un perrazo negro que se llamaba Russon y nos ladraba histérico desde debajo de la cama, y un hermano pequeño y delgaducho que todavía no se parecía a Bruce Springsteen y dibujaba unos monstruitos de ojos enormes con técnica insuperable. Creo que también tenía una hermana, pero no la veíamos nunca (siempre bajaba por un ascensor mientras nosotros subíamos en el otro).

La idea de Vicente de editar un fanzine de cómics nos pareció de perlas a Miguel y a mí, que no teníamos suficiente con el ajetreo de Jaramago, pero no nos pusimos de acuerdo en cuestión de títulos. Vicente quería unos titulares impactantes y metálicos, cosas como *Quasar* y *Aldebarán*, mientras que nosotros seguíamos erre que erre con *Amra* o *Camelot*. Al final, hubo consenso y decidimos llamar *McClure* a un fanzine que todavía tardaría en aparecer un año entero.

SOPA DE CANTAUTORES

No sólo de Jaramago revista vivía el Colectivo. Téllez debía tener alguna espinita clavada como ex-promotor y relaciones públicas de los Sin Nombre, y en seguida nos embarcó en la organización de actos culturales en una ciudad que seguía dormida y a la que pretendíamos sacudir, a ver si estaba viva o muerta. Además, tras el empujón que dio a las ventas del número uno el recital de Alberti, nuestra maltrecha economía nos aconsejaba mover el cotarro para deshacernos de la inminente tercera entrega con la excusa de una conferencia o un concierto.

Dicho y hecho. En menos de una semana Téllez gastó las hojas de su agenda y engatusó a todo el mundo que cantaba, por solitario o en parejas, en grupos y tríos, con letras de producción propia o poesías ajenas. Miguel se encargó de hacer el cartel para el evento, una ilustración a doble folio del Pensador de Rodin con casco de obrero y el lema «Paro» grabado encima de la visera. Ya he dicho que Miguel dibujaba muy bien pero no era muy sutil, y desde luego con aquel afiche no anduvo muy fino. Lo fuimos pegando por todas partes, o entregándolo a establecimientos que no querían saber nada de actos políticos y se sorprendían al comprobar que era una cosa inofensiva de canciones, pese al tío de piedra del casco ridículo. Luego sólo nos quedó ya esperar, los dedos cruzados, a ver si había suerte y conseguíamos agotar también el número tres de la revista, que la hubo.

El salón de actos del Instituto Columela se abarrotó de público deseoso de escuchar el legado sonoro de una gente que esperaba algún día emular a Raimón o a Lluís Llach, pájaros cantores ilusionados que acabarían desvaneciéndose en el tiempo como sueños en una dictadura. Estaban todos. Fue un maratón de ocho horas, un caudal de guitarras y timbales y estribillos coreados desde la platea. Miguel y yo hicimos de presentadores hasta que nos cansamos y dejamos que los artistas se las apañaran solos. Alguno de ellos, atrapados en el recital sin tiempo a repasar el repertorio, pegaron en las guitarras una chuleta indicadora que, con los focos delante, no podían leer con claridad. El público se dio cuenta para cachondeo generalizado, pero nadie pidió que le devolvieran el dinero (la entrada fue gratis, éramos así de desprendidos), ni se deshizo de la revista vuelto una furia.

Allí estaba Serafín, con su barba redonda y su jersey de cuello alto, cantando historias propias con un estilo que nos recordaba a Patxi Andión o a Labordeta; y Julián, rubio y algo descafeinado, que cantaba las canciones de Serrat pero cambiándole detalles a la letra (yo era un purista y eso me molestaba un poco, pero es que sustituir aquello de «murió el poeta lejos del hogar» por «murió Antonio» no sólo me parecía una descortesía para el autor, sino una familiaridad indigna para con el poeta); y Charo Barrios, que cantaba muy tiesa, con voz de cristal, retorciendo las manos, como Nacha Guevara; y Ana Forero, pequeña y pechugona, que escribía sus propias canciones y estudiaba filosofía y letras y nos encandilaba con su voz y su presencia (también nos intimidaba por otras causas). Antes de que Ana Belén se convirtiera en musa, nosotros ya teníamos a otra Ana por bandera. Fue el primer maratón que organizamos, y como los otros que luego vendrían resultó todo un éxito.

(La ciudad, por cierto, no estaba muerta ni estaba viva. Estaba zombie).

UNOS VAN. OTROS LLEGAN

Manolo Chulián no se marchaba a estudiar a ninguna parte, pero a finales de verano decidió que ya era hora de abandonarnos. No es que se hartara de que Téllez le llenara la casa de gente (las reuniones habían dejado de ser multitudinarias), sino que un buen día se enamoró según parece y eso era mucho más importante para él, que no escribía ni pintaba nada, que un puñado de chalados con complejo de genios. En realidad Manolo había pasado por Jaramago sin romperlo ni mancharlo, como un testigo de excepción algo despistado en aquella explosión de júbilo creativo. Manolo siempre había tenido complejo de buen samaritano, y en su haber se contaban romances algo extraños con cieguecitas o paralíticas donde el sentimiento amoroso se confundía con eso que alguien ha llamado compromiso cristiano. Manolo iba a remolque de los otros, arrastrado por las aguas de cauces ajenos a las que no se resistía, hasta que abrió los ojos y decidió que ya estaba bien de hacer el perla. No sé si lo consiguió.

Manolo me confió una tarde, frente al Instituto Columela, sentados los dos en un frío banco de mármol, su particular teoría del amor y de la vida. La bolita tenía que entrar en el hoyo, me insistía una y otra vez, dándome a entender con aquella metáfora simple que creía por fin que su bolita había entrado en el blanco. Yo se lo

podía haber explicado con más claridad, con otro tópico más sencillo: había encontrado su media naranja, pero por una vez fui discreto y no le dije nada.

Juanito pasó a encargarse fugazmente de la tesorería del Colectivo. Esa misma noche, tras una reunión urgente en una de las aulas vacías del instituto, Vicente me confesó camino de Los Lunares, tímido hasta la violencia: ¿Sabes una cosa? Yo también quiero formar parte de Jaramago.

LITERATURA VERSUS GASTRONOMÍA

A las litronas, entonces, todavía no las llamábamos butanos, pero de vez en cuando la pandilla hacía fondo común y comprábamos una o dos botellas para compartir entre los doce. Aquello nos supo a poco y en seguida nos dio por acompañar a la cerveza de patatas, mortadela y raciones de pescao frito, lo que demuestra que tal vez fuimos precursores de una moda, pero yendo mucho más allá, trascendiéndola ya en sus comienzos.

Nuestro Café Gijón, de cualquier forma, existía desde hacía meses. Libres de la calle, encontramos refugio en un bar pequeño y suculento, de dueño gallego y agarrado, Los Lunares. No buscábamos allí veleidades literarias, ni tertulias, ni mujeres. Los Lunares era parada obligatoria antes de volver a casa cada noche (menos los miércoles, que cerraba), un lugar acogedor, algo chillón, donde nos poníamos pujos de ensaladilla, flamenquines y tapitas de arroz los domingos a mediodía. Fue el principio del fin de mi cinturita de avispa, ¿pero quién se resistía, qué más daba?

El abuelo de Juanito, que regentaba un despacho de vinos justo enfrente, nos invitaba de vez en cuando, si le llegaba el sueldo, y quizá por eso pasábamos por delante con más frecuencia de la necesaria, a ver si caía algo, en metálico o en medias raciones. No siempre había suerte, pero pronto ideamos un sistema para remediar

nuestro apetito ya voraz. Descubrimos que, en el ajetreo de clientes y platos volando de un extremo a otro de la barra, los camareros se volvían locos y no siempre apuntaban todo lo que comíamos, que era una barbaridad (recuérdese que allí acudían Juanito y Téllez, dos pesos pesados de aquellas lides), en parte porque con maldad sibilina hacíamos el pedido a uno y otro, intermitentemente, hasta que acabábamos por confundirlos y ellos ya no sabían cuál de los dos nos estaba atendiendo, ni quién nos cobraba. La estrategia nos dio resultado durante mucho tiempo, pero en nuestro desquite he de añadir que el bar no se arruinó ni echó tapas en falta.

Cuando había menos clientes, o cuando nuestra hambre adquiría ya proporciones homéricas, no nos resultaba difícil convencer a Juanito, tesorero en activo, para recurrir a los fondos de la revista e invertirlos en sabrosa ensaladilla y no en clichés rancios. Juanito se dejaba sobornar con una sonrisa y pedía otra ronda de tapitas.

UN ABRIGO VERDE DE ESPIGAS

*Ya están aquí
ellos son, ya los vi,
los jaramagos.
Ahí va, qué bravos,
y cómo están.
Aquel rubito de piel fucsia
te lo quedas para ti,
y el renacuajo de agua dulce
me lo pido para mí.*

Lo cantábamos cuando íbamos en son de guerra, la letra de los cabras locas del disco «Forgesound» que se parieron un día de coña Aute y Munárriz, pero adaptada a las circunstancias. El rubito de piel fucsia, naturalmente, era Juan Mateos. El renacuajo de agua dulce todavía debe andar por aquí cerca.

Empezó el nuevo curso. Nuevas experiencias, nuevos profesores, una forma distinta de ver la vida, tal vez. La universidad, o un sucedáneo que se le parecía (no podíamos notar la diferencia). Caras nuevas, gestos desconocidos, la misma ansiedad en cada mesa, repetida. Un juego de tacones retrasado cada mañana, un abrigo verde de espigas, y unos ojos chispeando, un olor, una sonrisa.

No podía reprocharle nada a mi amigo Manolo. Empezó el nuevo curso y también mi bolita cayó en el hoyo.

UN CUATRO DE DICIEMBRE MURIÓ UN MALAGUEÑO

Un cuatro de diciembre murió un malagueño. Nos vendieron la historia de que el futuro sería color de rosa y allá fuimos, henchidos de patriotismo y buenas intenciones, jóvenes e inseguros de casi todo menos de un par de cosas. Tal vez fuera complejo de inferioridad con respecto a otras regiones, no lo niego, pero allí andábamos, una piña de jerseys de lana y cazadoras de ante, un revuelo de banderas, una consigna. Queríamos todos la autonomía para Andalucía y ese día no nos cortamos ni un pelo a la hora de pedirla, de demandarla.

Téllez, Juanito y yo caminábamos en la hilera, perdidos entre un restallar de mil banderas blanquiverdes, cantando y bailando, coreando gritos ajenos e inventando exigencias nuevas cada pocos metros (la rutina siempre nos aburría).

–¡Suárez, alerta, Andalucía se despierta!

En la fila, ante nosotros, uno de los manifestantes, barbudo y con pinta de cantante de Jarcha o de alcalde de Marinaleda, se volvió y nos increpó, torcido el rostro, gruñendo como un perro de dibujos animados.

–Andalucía está despierta ya.

La respuesta fue inmediata.

–Sí, pero Suárez no lo sabe.

El barbas se dio la vuelta y no volvió a criticar nuestros eslo-

gans. Un rato después, tuvo que dar su brazo a torcer y corearlos también, cuando todo el mundo dio en gritar los pareados que cada dos por tres nos íbamos inventando, para deleite propio y mortificación ajena (no en vano llevábamos seis meses leyendo versos malísimos).

Llegamos al gobierno civil, una marea humana ahogada de optimismo, ondeando estandartes, convencidos de que la historia tendría que dar un brinco, ahora o nunca. Y lo más hermoso era que aquel recital de banderas se estaba repitiendo en todas partes.

En Málaga, sin que nosotros lo supiéramos, a la misma hora, una bala perdida encontró su justificación en un joven que, como nosotros, agitaba los mismos sueños, convencido de hallarse ante la misma grandeza recuperada. Luego quisieron vendernos que era un delincuente, un antecedente penal sumado al carro de la fortuna, pero quienes de verdad vivimos ese día sabemos que esa infamia, aunque fuera cierta, no tiene importancia. Un trapo al viento no es motivo para la pólvora, un sueño enarbolado jamás puede ser excusa para la sangre.

Un cuatro de diciembre murió un malagueño. Había que hablar de asesinos, lo dijo un amigo poeta, muy clarito. Un cuatro de diciembre murió un malagueño y tal vez nosotros murimos un poco con él ese día agridulce. Fue un sacrificio estéril, un asesinato vano que ya nadie conmemora pero que en su momento nos sirvió para aprender que no era cierto el sueño que deseábamos, que el futuro no estaba pavimentado de losas amarillas, sino de ilusiones que alguien iba a echar por la borda a la primera de cambio, sin tener en cuenta para nada aquel clamor que ese mes frío nos dio a todos vida fugaz, una esperanza verde como la bandera que creíamos amar sin compromiso.

Un cuatro de diciembre murió un malagueño. Hasta en los navales lo lloraron. Hoy nadie lo recuerda.

STAR WARS

Vicente Sosa tenía una casa hermosa que encandilaría en años venideros a cuantas amigas pasaran fugazmente de visita, un piso amplio y soleado decorado con un gusto que a nosotros nos parecía de otro planeta. Pero Vicente, además de aquel palacete en una calle con nombre de flor, tenía una cosa muchísimo más interesante, sobre todo para quienes no considerábamos que la casa pudiera entrarnos en una supuesta herencia o una dote. Vicente tenía un pase para el cine, un cartoncito mágico que le permitía ver gratis todas las películas y que además valía para dos personas.

Ya estábamos sobre aviso, y hasta habíamos leído un par de episodios de la versión en cómic que sin muchas ganas hizo Howard Chaykin para Marvel, pero no creo que supiéramos la que se nos venía encima, a nosotros y al mundo. Fue, en cualquier caso, un estreno anhelado, deseado. Hasta que por fin un viernes, sin esperar a nadie más, Vicente y yo nos plantamos en el Teatro Andalucía, en la segunda sesión, y vimos en primicia nuestra película. El resultado de aquel mazazo nos acompañaría en la memoria como el primer poema publicado o el anillo devuelto de la primera novia.

La Guerra de las Galaxias, Star Wars, lo que habíamos estado esperando desde siempre, la síntesis perfecta entre tebeos y cine que Miguel Martínez y yo habíamos buscado sin éxito en *Soylent Green* o en *Rollerball*, irrumpió en nuestras vidas un viernes de di-

ciembre, poco antes de Navidad, el mejor regalo que nadie hubiera podido hacernos. Allí estaba el rey Arturo, y Mordred, y Merlín. Allí estaban las películas de piratas, los westerns, el gusano de arena de *Dune*. Allí estaba el cine bélico, las aventuras de capa y espada, Flash Gordon y Starlord, Errol Flynn y Red Sonja, el Gordo y el Flaco, María de *Metrópolis*, Frodo Bolsón y la reina de Frigia. Estaba nuestra infancia entera, nuestro pasado y nuestro futuro entrelazados en una pirueta de fantasía y magia.

No ha habido una película que nos cautivara más, que se hiciera más a propósito para nosotros. Vivíamos una época de trascendencia, un quiero y no puedo de adúlteros y poesía viva, pero en aquella sala oscura, ante aquel espectáculo de maravilla, arrullados por John Williams, comprendimos que siempre tendríamos dentro un pedazo de esa sensación, siempre buscaríamos en el bolsillo el trocito de pan para no perdernos en el bosque, porque también nosotros habíamos salido, como Luke, como Lucas, de un viejo cuento de hadas.

Hace mucho tiempo, en una galaxia lejana, muy lejana...

A TIENTAS

El Colectivo se había visto reducido a la cuarta parte, pero eso no significó que el invierno que se avecinaba fuera a hacerlo desaparecer. Antes al contrario, como ya nos habíamos hecho un nombrecito a nivel local, e incluso comarcal, el relevo del verano nos lanzó a un sinfín de actos culturales con los que pretendíamos seguir sacudiendo las conciencias. Ya habíamos comprobado que teníamos gancho, poder de convocatoria, ganas de formar, informar y entretener (éramos como televisión española pero sin cámaras). Mientras decidíamos cómo editar el número cuatro dedicado al 27, nos vimos en la necesidad de publicar un suplementito de pocas páginas, en papel amarillo, por dar salida al material sobrante y compensar las pesetas que se nos escapaban en ensaladilla (la multicopista, esta vez, nos la prestaron en la facultad de Filosofía y Letras). También, ya avanzado febrero, publicamos un complemento, un cuadernillo fotocopiado dedicado en exclusiva a tres poetas de nuestro entorno: Juan José Téllez, Manolo Ruiz Torres, y Juan José Iglesias, me parece. Al complemento le pusimos por nombre «A tientas», en homenaje a un poemita de Carlos Álvarez que nos había acompañado desde un almanaque de mesa en casa de Manolo Chulián, en nuestra prehistoria. Se vendió bastante bien.

Nuestro ímpetu andalucista no se paró en la manifestación del 4D. Téllez tenía también alma de disc-jockey (unos años después

trabajaría en la radio), y se montó un discoforum dedicado al tema con la colaboración, más o menos entre dientes, de una organización dedicada a tales fines en la Casa de la Juventud, en la calle Cánovas del Castillo, sobre el minicine donde Roman Polanski nos había aterrorizado de muerte ese verano con su magistral *El Químico Inquilino*, sobre todo a Juanito, que no durmió en un par de noches y hasta juró matarnos con un hacha, por asustarlo.

Los encargados del discoforum eran rockeros que empezaban a mosquearse porque su repercusión entre la juventud de la ciudad era casi nula. Nadie acudía a comentar a Emerson, Lake & Palmer, Crim Crymson o Led Zeppelin. Nos prestaron el lugar pensando uque iban a acudir cuatro gatos para oír de Andalucía, pero es que sin duda no conocían a Téllez y su poder de convocatoria.

Hicimos, como siempre, una campaña modesta y selectiva, sabiendo que el local no daba para rodar una nueva versión de Los diez mandamientos. No nos pudimos resistir a las ganas de meter el chiste, y bajo el anuncio «Entrada libre» añadimos entre paréntesis «Salida, ya veremos», que parece no gustó mucho a nuestros anfitriones. Aunque gastaban pelos largos y seguían una música estruendosa, tenían que hacer ver a la ucedé que les cedía el local que todos ellos querían ser unos jóvenes de provecho y no iban a afilarse al PSOE a la primera de cambio (me temo que a lo mejor hasta lo cumplieron).

La publicidad selectiva no nos sirvió de nada. La salita se desbordó de gente que no quería perder su tiempo con el rock todas las semanas, pero ansiaba debatir sobre Andalucía, al menos una vez en la vida. Fue apoteósico. Los encargados del discoforum se tiraban de las barbas, asombrados, incrédulos, incapaces de comprender que eran tiempos diferentes y tenían de momento perdida la partida. Luego vendrían Mecano y los niños de diseño y enterrarían no sé si para siempre el empeño de cantar poesía y no capulle-

ces insolidarias, pero ese momento de triunfo fue todo nuestro, de Téllez entero.

Como el curita que nunca fue, Juan José se sentó ante sus feligreses, que ocupaban sillas y suelos, amontonados en sí mismos, hasta el pasillo, hasta las escaleras, y con un manojo de cintas y un picú fue haciendo historia de nuestra historia, desde la copla a Triana, de Carlos Cano a Miguel Ríos, de Lole y Manuel a Medina Azahara, de Camarón a Imán Califato Independiente, de Paco de Lucía a Jarcha. Era la música que habíamos escuchado una y mil veces en su casa, a media tarde, pero ahora adquiría un valor nuevo, una magnitud que tal vez ni siquiera sus autores habían sospechado nunca.

Téllez terminó su perorata, entre chistes y comentarios mordaces, como la estrella que era por derecho propio, un telepredicador alborotando, el juglar que habría encarnado en otro siglo, y luego cedió el micro y el taburete a un muchachito recién llegado al Colectivo, un humilde cantor de anécdotas ajenas y espantosos poemas propios que terminó de poner broche de oro a aquella noche inolvidable. Téllez hizo mutis por el foro y dejó un retazo de gloria para Leo Hernández.

POETA DE BARRIO

Yo creía que era un pseudónimo, como Jomán Ales, Derek o Agustín Faubel, miembros del Colectivo o colaboradores desconocidos que habían publicado sus cositas con nombre falso y motivos variopintos, y hasta en el número tres, cuando rotulaba con mi mala letra de siempre el cliché de sus poemas, lo rebauticé «León» Hernández, creyendo que intentaba ser una síntesis poco afortunada de León Felipe y Miguel Hernández, pero no, se llamaba realmente así, Leonardo, aunque firmaba Leo, y hasta le molestó lo de León, supongo que por buenos motivos.

Leo Hernández trabajaba en una frutería y escribía poemitas que después Téllez le corregía para que fueran un poquito más presentables. Estaba entre Poquito y un personaje de Godspel, con los pelos rizados y dos chapetones en las mejillas, y una sonrisa perpetua sobre el jersey de rayas rojas, precursor de Wally o de Chanquete. Era un muchacho sencillo, el viento del pueblo de nuestra revista, menos intelectual que Juan José, menos frívolo que yo o Juanito Mateos, menos seguro de sí mismo que Fernando Santiago o Guillermo Montes.

Leo traía del brazo una guitarra y unas inmensas ganas de trabajar, un ansia por beberse la cultura y vomitarla alrededor, como un desafío humilde y proletario. No creo que hubiera terminado el bachillerato siquiera, pero no le hacía ninguna falta.

Leo cantaba versiones en andaluz de «La Gallina dijo no» y «La estaca», traducidas y adaptadas por Téllez, que seguía queriendo ser madre de artistas, y se decía en el anarquismo, de forma más visceral y folklórica que José Angel, siempre más frío y racional, más en Juan Ramón Jiménez. Leo cantaba también una curiosa balada de banderas de colores que obligaba a tararear a toda la concurrencia, aunque uno no acababa de comprender cómo se podía aceptar a la vez la bandera roja y la bandera negra (se era socialista o se era anarquista, ¿no?), ni por qué sumaba en el bando de los malos a la bandera azul que atribuía al fascismo con la bandera rosa, en la que venía a despreciar, sin mencionarlos pero fingiendo el acento, a los mariquitas que a lo mejor estaban aplaudiéndole desde la platea.

*Bandera blanca no queremos, no.
Porque es el símbolo de la derrota.
La bandera blanca no queremos, no.
Bandera roja sí queremos, sí.
Porque es el símbolo del socialismo.
La bandera roja sí queremos, sí.
Banderas azules no queremos, no.
Porque son símbolo del fascismo.
Banderas azules no queremos, no.
Bandera negra sí queremos, sí.
Porque es el símbolo del anarquismo.
La bandera negra sí queremos, sí.
Bandera rosa no queremos, no.
Porque es el símbolo de cualquier cosa.*

*La bandera rosa no queremos, no.
Bandera verde sí queremos, sí.
Porque es el símbolo de Andalucía.
La bandera verde sí queremos, sí.*

Menos mal que se quedaba pronto sin colores. No sé si la letra era también suya, o si la traía ya adaptada de algún sitio, pero la recuerdo de corearla y por eso la reproduzco. Venía a ser como «La Muralla», pero sin ponchos ni maracas.

Alguien le debió de dar un toque desde el gay power, porque las últimas veces que le escuché cantar esa canción Leo ya había borrado del repertorio la mención a la bandera rosa.

HOMENAJE POR LOS PELOS

El número dedicado al 27, por fin, decidimos editarlo en un sistema nuevo, no demasiado caro, revolucionario para la época: el offset, más calidad que la multicopista, más barato que las fotocopias, el vehículo ideal para reproducir dibujos si no teníamos dinero para pagarnos una imprenta.

Hubo un problema. Se nos acababa el año y en la copistería donde enviamos el material no nos aseguraban que el número estuviera en la calle antes de que nos tomáramos las uvas. Eso nos planteó una situación algo desagradable, porque lo que queríamos era que el número quedara como constancia palpable de que alguien, en todo el país, se había acordado del cincuentenario del 27 (Ana siempre fue una chica muy despierta), porque con tanto ajeteo político nadie más parecía haber caído en ese detalle. De nada nos valía que la revista estuviera terminada el tres de enero: la fecha se nos habría escapado ya de todas formas.

Recurrimos a una solución intermedia. Jaramago 4 no estaría en la calle hasta una semana después, pero el año no podía despedirse sin nuestro homenaje al 27, faltaba más. Téllez recurrió otra vez a la agenda, solicitamos el salón de actos del Meneíto (en las vacaciones de Navidad en el Instituto Columela no había un alma), y lo llenamos una vez más de público y estrellas, sin cobrar una

peseta ni poder vender la revista allí mismo, y eso que la habríamos agotado en un abrir y cerrar de páginas.

No fue sólo un maratón de canciones, porque eso ya lo habíamos hecho hacía un par de meses y nosotros buscábamos ser originales a toda costa. Téllez llamó a actores, a poetas, y a cantautores y grupos por igual, y todos pusieron su granito de arena para conmemorar el acto, recitando no solamente poemas propios, sino obras de Lorca, de Rafael Alberti, de Dámaso Alonso o de Vicente Aleixandre, que acababa de ganar la lotería del Nobel hacía apenas unas semanas. Allí estaban Jesús Fernández Palacios, que recitó su respuesta a las Coplas de Juan Panadero, acompañado a ratos por Serafín, que les había puesto música; y José Ramón Ripoll, recitando con voz aguardentosa el primer poema que habíamos de escuchar dedicado a Manuel García y alguna tauromaquia donde ponía a bajar de un burro a Antonio Machín, por haberse muerto y haber sido cubano y no castrista; y la Teatral Cámara, que representó en un apagón total algún fragmento de la «Noche de Guerra en el Museo del Prado», iluminados por una vela que a pique estuvo de quemar el telón; y Fernando Quiñones, ladeado y quijotesco, quien para ser más original que nadie leyó cosas de Neruda, que también nos valía, y recitó con mucha gracia aquello de «Luis el Mula tenía, ¡ay Pedro Romero!» con lo que se metió en el bolsillo al público a la vez que se hacía propaganda (he escrito antes que Juan José Téllez era el mejor relaciones públicas de sí mismo que conozco; a Fernando también habría que darle ex-aequo el mismo galardón).

Entre el público, algo ausentes, Vicente Sosa y yo revisábamos el primer ejemplar recibido del *Métal Hurlant* francés al que, a mi nombre, se había suscrito huyendo de las críticas despectivas de su padre. Ninguno de los dos sabía ni una palabra de francés (ya me escocía bastante la oportunidad perdida con Claudine), pero la ilusión por tener en las manos un tebeo en otro idioma resultaba más

fuerte que la barrera del lenguaje. Era, como nos sucedería después con los cómic-books americanos, saberse por unos meses adelantado al país, poseedor en exclusiva de unas historias que, cuando las leyéramos en nuestro castellano, nos causarían sólo desinterés y aburrimiento.

Eso fue un treinta de diciembre, siete días después de *Star Wars*. Nuestro homenaje al 27 en su cincuentenario se cumplió por los pelos, pero ahí quedaba.

UN SALTO TECNOLÓGICO

El número 4 nos lo pulimos una tarde en mi casa, en la cocina, trabajando a destajo y con tijeras y pegamento sobre planas de cartulina de tamaño gigante. Lo primero que hicimos fue deshacernos de la greca rococó y dejar el título de la revista desnudo, sin más flores. Nos ilusionaba la idea de probar un sistema de reproducción que nos iba a permitir ser prolíficos en ilustraciones que ya no tendrían que ser rayones marcados sobre un frágil cliché, y de todas partes sacamos fotos y dibujos que sirvieran de complemento ideal a los artículos y versos. Creo que nos pasamos un poco.

Con ese número cuatro, en cierto modo, la revista ya había dejado de ser nuestra. Muchas firmas ajenas se adueñaron de las páginas, dándole un sello que suponíamos de calidad, centrándose en el 27 pero incapaces en su mayoría de transmitir una imagen sensata de lo que querían expresar (a mí, al menos, casi todos me parecían un aburrimiento). El hecho de contar con firmas conocidas (Jesús Fernández Palacios, José Ramón Ripoll y Carlos Álvarez, que nos cedieron en exclusiva poemas inéditos) nos hizo sacrificar un poco aquella propuesta primera de dar a la luz la poesía de gente nueva por el tirón de unos nombres que a lo mejor tampoco iba a reconocer nadie.

El punto de originalidad, como siempre, lo pusieron los cómics, una bella contraportada de Carlos Forné y una historieta sobre tex-

tos de Téllez dedicada a García Lorca que le ilustró más bien con pocas ganas Miguelito Martínez. Eran dos páginas en teoría, pero Miguel ya estaba en otra órbita, preparando el cómic con el que aparecería en el fanzine McClure, y lo comprimíó todo en una sola plancha. Había demasiado texto en los dibujos, pero tampoco se notó demasiado. Fue uno de los momentos más bajos de la producción de Miguel, que quizá temía que Téllez le acaparara la mano derecha para siempre y nunca más le dejara dibujarse cosas propias.

La portada la hizo Vicente Sosa sobre la marcha, con mis rottings que chorreaban tinta y acabó por romper, el vestigio de la época en que yo también quise ser dibujante. Las gafas a las que yo me acababa de encadenar posaron para la posteridad, bajo una luna blanca y una luna negra, junto a un olivo reseco, rotas de un disparo, compartiendo cartel con tres casquillos de bala (eramos así de simbólicos). Un poema de Carlo Frabetti, reproducido sin autorización a partir de una revista publicada en contra del atentado a *El Papus*, terminó de redondear lo que era una bella alegoría, aquel verso de «Siguen tus asesinos, Federico, partiendo voces y cortando manos» que nos remitía directamente a Víctor Jara y sus carceleros.

Perdimos un centenar de veces las tijeras, gritamos, nos manchamos de pegamento y estuvimos a punto de asfixiarnos por culpa de las colillas de Vicente (ni Téllez, ni Juanito ni yo fumábamos; soy el único que ha seguido fiel a esa promesa), pero por fin el número quedó terminado. Borrachos de trabajo, no pudimos evitar rellenar los huecos con comentarios al margen. Caímos directamente en el panfleto un par de veces, pero mereció la pena.

La decepción nos sacudió de arriba a abajo cuando recogimos las revistas de la imprenta. Los tonos negros se habían corrido, con perdón, las fotos quedaron quemadas, o diluidas, y la tinta de los escritos, multitud de veces, se veía letra sí letra no (le echaron la culpa a la cinta de mi máquina). Además, cada dos por tres encon-

trábamos entre los renglones huellas de dedos, como si la policía hubiera estado fichando a alguien mientras imprimían el número o los encargados de la copistería hubieran querido dejar también su impronta en nuestras páginas, a las que confundieron con el paseo de la fama hollywoodiense. La solución era más sencilla: en la copistería habían experimentado con nosotros y habían fracasado miserablemente en su labor. Quizá por eso, y no porque la revista careciera de depósito legal (esa fue la excusa), su atentado a nuestro trabajo quedó sin firma, sin que se responsabilizaran de sus manzanas negras.

Con todo, pese a la guarrada que al final quedó, los dibujos de Miguel y Carlos Forné se veían algo mejor que en el cliché electrónico, y con las grapas centrales y las páginas dobles la revista tenía otro empaque que la hacía hasta atractiva.

Para que el paso al offset no nos diera la puntilla en el acto nos vimos forzados a aumentar de nuevo la tirada, y el precio. Quinientos ejemplares a cinco duros, era ya un riesgo, pero Leo Hernández parecía dispuesto a compensar él solito el retraso de seis meses en aparecer por el Colectivo. Costó algo más de trabajo de vender que los viejos números en multicopia, pero se logró. Lo más curioso fue que los progres que nos seguían, después de ver el contenido dedicado al 27, tras leer el poema de Frabetti y admirar embelesados la portada, nos preguntaban, invariables:

—Ah, ¿pero Lorca tenía gafas?

GENIO Y FIGURA

Cuando Manolo Chulián se marchó ya para siempre de nuestras vidas, y como Miguel Martínez vivía muy lejos y Téllez tenía la compañía de Ana, Juanito y yo reforzamos día tras día los lazos de amistad que nos unían desde poco después de mi cumpleaños.

Por su aspecto desinhibido y noblote, de niño ochomesino criado con mucha pringue y mucho frite, Juanito se hacía querer, se dejaba ver, y encarnó muy pronto, ya lo he dicho, al símbolo por el que era conocido todo el Colectivo. Buscaba mi consejo cuando no le quedaba más remedio, algo que hizo con prontitud milimétrica durante otros diez o doce años, casi siempre para escuchar con la cabeza gacha mis reproches y hacer luego, lo natural, cuanto le venía en gana. Juanito Mateos iba a ser mi Peter Pan, sí, pero sin quererlo, hasta en mi contra, yo me ví adjudicado al papel de encarnar su Pepito Grillo, su conciencia.

Era la época de las confesiones, de reparar con palabras no haber compartido una infancia en la que, sin duda, nos habríamos peleado a puñetazos por cualquier tontería insignificante. Fue así como supe que uno de sus abuelos, el que todavía vivía en el pueblo, emigró siendo muy joven a Cuba (Juanito lo imitaría muchos, muchos años más tarde, cuando dio portazo a sus amigos y cerró su risa a cal y canto), y que volvió cantando habaneras sobre una gui-

tarra sin cuerdas, cosas como «Mi Cirujeda querida» o algo así, que le habían hecho ganar allá en Cáceres el sobrenombre cirujedano para toda la familia. El otro abuelo, el que nos invitaba a cervcecita en Los Lunares y sonreía arrugando mucho los ojos, como un niño grande, casi un personaje de Spider-Man, el Remendón o el Buitre, se ufanaba de no haber visto jamás desnuda a su mujer, era viudo y conservaba la castidad desde hacía la tira de años, había servido en los dos bandos durante la guerra civil, igual que tanta otra gente, y sobre su conciencia pesaba haber fusilado a un pobre infeliz con un trabuco. Yo consolaba a Juanito intentando hacerle ver que podría haber sido aún peor, a puñaladas (el abuelo me caía muy bien y el sentimiento era mutuo).

Juanito tenía un hermano pequeño y no tan rubio como él, algo desangelado, aunque con el tiempo acabaría pareciendo su doble clónico, y una hermana loca y protestona, una grunge adelantada de su fecha (o una hippie retrasada de la suya), que tenía unas cuantas amigas que no desmerecían en nada a las francesitas que ya se iban convirtiendo en un espejismo en nuestra biografía: Carmen Mari, una especie de James Dean femenino, una naricita despellejada con la que nunca intenté nada porque era un poquito más alta que yo, y además le gustaba otro tipo de música; o María del Mar y Charo, hermanas y casi gemelas, dos verdaderas jacas al trote, carne morbosa y prieta con un no sé qué de años cuarenta en las faldas que siempre les quedaban tensas por las caderas, las actrices que inconscientemente imaginaba como protagonistas de la versión cinematográfica de *Las Ninfas*. Juanito tenía también una madre algo bruja a la que se le apareció un ángel en el Puerto, cuando buscaba una cura a la lejíja que se había bebido la montuna de su hija.

Como yo andaba enamorado, Juanito se convirtió en el confidente al que, sin rubor ni medias palabras, contaba de pe a pa cada día cuanto me pasaba, para que me ayudase a adivinar si los síis eran nos o los nos eran síis (tampoco tenía ni puñetera idea), y se

nos perdían las horas sentados en un banco verde y raído del que hubo que huir cuando alguien nos avisó que tenía pulgas. Juanito me escuchaba con atención, sorbiendo todo lo que le contaba con la boca abierta, mis proyectos de historias, mis novelas de terror y de fantasía, mis sueños eróticos; fue sin duda mi primer fan (más que eso, seguro, mi primer amigo verdadero, sin demandas). Yo le regalaba los Penthouse cuando me cansaba de arrugarlos o no me cabían en los escondites de mi casa, y le relataba cada tarde, muertos de frío los dos, los progresos de *Insólito Esplendor*, de un recién descubierto Stephen King, matándole el intríngulis para cuando él lo leyera después, pero sabiendo que, en mi narración oral, noche tras noche, había un singular capacidad que he heredado de mi madre, la habilidad de referir un clímax que a lo mejor, no sé, después no he sabido transmitir de la misma manera en mis novelas.

Juanito tenía la virtud, o el handicap, de que todo el mundo que se acercaba a su vida lo hiciera para intentar quedarse, apalancándose para siempre al calor de su risa contagiosa y su melena de sol desmadejado, pero sólo unos pocos conseguían no pasar de largo y perderse entre las sombras de los rostros reconocidos o esquivados en una multitud carnavalesca. Yo le contaba mis cosas, claro, y Téllez las tuyas. Juanito presumía de ser un gran besador, cualidad que había aprendido de una gitanilla descarada y algo puta. Téllez parecía un curita moderno; en cuestión de secretos de confesión, Juanito Mateos lo era. Incluso el impenetrable José Ángel, el de las tildes odiadas, le confió algún pecado nefando de su pasado inmediato, bajas pasiones reconocidas entre la estela del hashish que no sólo no lo hacían más asequible y más humano a nuestros ojos de adolescentes ingenuos, sino que lo elevaban a la categoría de mito, de misterio con perilla.

Juanito escribía a escondidas, cosas que no se atrevía a enseñar a nadie, quizá porque se equivocaba y creía, como nosotros, que lo que los demás hacíamos tenía calidad. No llegó a publicar nunca en

Jaramago, ni recitó un poema, ni dibujó una línea. Cuando contactamos con la intelectualidad de provincias, con los poetas consagrados en la poltrona de la sombra vacía que eran y seguirían siendo, se sabía al instante que Téllez era poeta, que yo era prosista (no podía decir novelista todavía, aunque lo sintiera), pero a la pregunta de ¿Y el rubio qué hace? no podíamos responder, ni siquiera con evasivas. El rubio no hacía nada. No lo necesitaba, ¿para qué? El rubio era.

Políticamente, quizás para compensar al padre guardia civil, Juanito era más radical que yo, más visceral que Téllez, más en una onda exagerada y libertaria que después olvidaría, como tanta gente (yo me había definido a José Ángel, entre bromas y veras, como anarcoburgués, pero él no quiso creerme y declaró que aquello no existía). Juanito no tenía una base racional a sus creencias, ni falta que le hacía. Estaba rozando la marginalidad por decisión propia, pero sabiendo que tampoco había que tomar las barbaridades que decía demasiado en serio.

—El mundo está superpoblado. ¿Cuál es la solución? Matar a los viejos.

—¿Y cuando nosotros seamos viejos?

—Matamos a los jóvenes.

Juanito acudió una tarde a una especie de fiesta salvaje en la sede de la Liga Comunista Revolucionaria, un happening desmadrado donde el alcohol corrió a raudales (yo he visto a Juanito emborracharse con un vaso de agua), y las ideas de compromiso y revolución se olvidaron cuando empezaron a sobrar sujetadores y bragas. Juanito asistía a aquella orgía controlada con los ojos más desorbitados que de costumbre, comprobando para su sorpresa que tras los foulards y las faldas anchas, bajo las camisas negras de tantos pliegues había cuerpecitos blancos que pedían caña (fue una de las muchas desventajas de la horrible moda de la época: jamás supimos si las mujeres que nos rodeaban estaban buenas). La sangre

no llegó al río, por desgracia. En medio del festival, los comunistas revolucionarios terminaron por hacer una parodia de la Semana Santa, con un Juanito semidesnudo encarnando a un Cristo en negativo, todo carnes, todo risas, contra quien se frotaban con lascivia inocente las más bellas jovencitas, como Salomé de pasado proletario y narices con pecas.

Vencida la borrachera, recuperado el sentido, Juanito se pasó toda la noche sin pegar ojo en casa, acongojado, rezando alternativamente padrenuestros de perdón y masturbándose.

CARNAVAL EN LAS GALAXIAS

Era el primer carnaval en democracia plena, y la pandilla o el Colectivo decidieron salir a la calle a festejarlo. Todo el mundo se buscó un disfraz con el que vestirse (porque en Cádiz la gente no se disfraza, sino que se viste de tal o cual cosa, encarnando durante unas horas la personalidad auténtica de la ropa que usa), menos nosotros, que no teníamos imaginación para salir en pijama o colocarnos una sábana por encima y hacer el fantasma.

La idea se nos ocurrió a las dos de la tarde del mismo sábado, en mi casa. Todavía coleaba en nuestras mentes *La Guerra de las Galaxias* (lo nuestro ya empezaba a ser algo patológico), ¿qué mejor que vestirnos de los personajes de la película? Miguelito Martínez, chino para todo, tenía un kimono blanco que se asemejaba bastante al traje de granjero desértico de Luke Skywalker, sólo hacían falta unas vendas acá y allá y unos correajes más o menos vistosos; Han Solo no era más que un cowboy sin Stetson, así que únicamente precisé de un chaleco negro improvisado por mi madre y una pistola galáctica, nuevecita, que habían traído los Reyes a uno de mis primos pequeños. El problema nos lo planteó Juanito Mateos: dada su corpulencia, sólo cabía en él interpretar a Chewbacca o a Darth Vader. No había alfombras peludas a nuestra disposición, de modo que tuvimos que olvidarnos de que hiciera el wookiee y permitir

que fuese el malo, que también tenía su aquel. Una fuente de plástico que yo tenía arrumbada por mi casa desde que era niño, y que me había valido de casco de marine en algún juego violento que después me haría pacifista (toma ya teoría a favor del juguete bélico), sirvió de base, pintada de negro, para que el manitas de Miguel le fabricara con cartulina un yelmo que acabó siendo impresionante. Un jersey de cuello alto, unos pantalones negros y unas botas de agua completaron la ilusión. Sólo nos faltaba la capa. Una vieja cortina verde que había en mi casa nos hizo el avío. Darth Vader vestía todo de luto, pero como íbamos a salir de noche y por calles oscuras y borrachas, nadie se iba a dar cuenta. La habilidad manual de Miguel no tenía límites: un palo de escoba cortado en dos trozos, recubierto de papel de aluminio y con el manillar de una bicicleta por empuñadura, se convirtió en dos sables de luz calcaditos a los de la película. En menos de ocho horas tuvimos tres disfraces perfectos.

Quedamos en reunirnos por la noche en casa de Pedro Alba. Los amigos fueron llegando uno a uno, con los disfraces que habían podido agenciar más o menos deprisa. La fantasía recargada todavía no había hecho su aparición, ni la gracia zumbona característica de otros carnavales futuros de mayor experiencia, y por eso los disfraces eran en su mayoría un apañito decente, ropa de todos los días reconvertida a nuevos usos que hacía las veces de traje de alpinista, baby escolar o camisón con palmatoria y orinal. Téllez, todavía encadenado al luto (y lo que le quedaba al pobre), se vistió de poeta maldito, esto es, de sí mismo, con el único remate de una gorrilla anarcoide y un libro de Baudelaire que a fin de cuentas parecía una biblia bajo el brazo (más le hubiera valido disfrazarse directamente de cura). Pedro Alba tampoco se complicó demasiado la vida, y sus muchas panas de diario, más la boina y la garrota de rigor, le prestaron un aire catetil que le venía de perlas. Un desconocido

enmascarado, que no abrió la boca en toda la noche, enfundado en un traje de Supermán y con la bandera andaluza por capa y una boina roja carlista en la cabeza, el superhombre de nuestro sarampión político que pronto iba a trocarse en desencanto, nos acompañó esa noche, para mosqueo de propios y extraños, puesto que ni se reía ni hablaba ni sabíamos quién podría ser. Era Manolo Ruiz Torres.

Por supuesto, ningún otro disfraz podía competir con el gracejo y la elegancia de los tres caballeros galácticos. La modestia me honra.

Nada más salir de casa de Pedro, la gente empezó a identificarnos, sobre todo los niños. No sólo eso: la chiquillería no parecía ser capaz de advertir que fuésemos tres imbéciles disfrazados a la mitad, sino que llegaron a creer que éramos de verdad, no ya los actores, sino los personajes escapados de la pantalla. Al principio el acoso infantil nos hizo gracia. Luego tuvimos que acabar corriendo.

Por Teniente Andújar arriba una caterva de niños excitados y sudorosos dio en perseguirnos. Yo no sé si querían autógrafos, tocarnos para ver si éramos de carne y hueso o arrancarnos de recuerdo un trozo de ropa (en mis deseos juveniles jamás se había contado el sueño de ser Sandokán), pero no nos quedamos a averiguarlo. Salimos por piernas, acorralados por una manada bajita y vociferante, y tuvimos que ocultarnos en una casapuerta concida (la de mi abuela) cuyo portón cerramos con esfuerzo a cal y canto, atropellando dedos de manitas ansiosas que querían que los lleváramos en nuestro platillo volante. Fue como una película de muertos vivos, pero sin vísceras. Juanito Mateos se llevó la peor parte.

—¡Malo! ¿Por qué mataste al padre de Luke?

Entonces, claro, todavía no se sabía que Darth Vader era el padre del joven Skywalker, aunque yo lo sospechaba. Juanito se encogía de hombros por dentro del frutero convertido en casco y aguantaba estoicamente los golpes y pedradas de los niños deseo-

sos de justicia. En vano traté de convencerle para que empleara con alguno de ellos la contundencia de la espada láser (mi pistola no disparaba más que ruiditos y música, ojalá hubiera podido desintegrar a algún mocoso).

Terminamos destrozados, derrengados, con las pistolas rotas y los sables robados. Tanto, que cuando ya de madrugada algún niño más sereno se acercaba incrédulo a preguntar por la princesa Leia, ya no andábamos para más bromas (ni para más carreras), y contestamos con evasivas:

—¿Luke Skywalker, dices? No. Yo voy de karateka, ¿no lo ves?

Y Miguel se contenía para no asestarle un mae geri a la cabeza.

DE SKYWALKER A EMMANUELLE

La tarde siguiente, domingo, volvimos a reunirnos en casa de Troglo, que era medio noviete ya de una de las niñas, para intentar ver todos juntos la cabalgata. Troglo parecía en efecto un antepasado de Pedro Picapiedra, un mosquetero después de haber salido de la turmix, y alguien me explicó que debía su aspecto algo llamativo a las ganas de ir siempre contracorriente, porque de niño tenía pesadillas donde se le aparecía Jesucristo y le señalaba diciéndole que iba a ser cura. Troglo se despertaba gritando, contestándole que no, y por eso había amañado su físico para que nadie pudiera tener ninguna duda de que no lo era.

Nuestra cita fue en su casa, un hostel pequeño y limpio cerca del puerto, donde a veces nos empeñábamos en celebrar guateques pasados de moda que yo arruinaba casi siempre, aburrido y melancólico, enamorado de alguien que no estaba allí presente, pinchando la versión de Meco de *La Guerra de las Galaxias*, que las niñas odiaban, o amargándoles la velada escuchando una y otra vez a Aute y su «De alguna manera» (me había dado fuerte, desde luego). Con retraso y con resaca fuimos llegando, hasta que al fin pudimos salir a la calle a intentar buscar un rinconcito desde donde ver disfraces y carrozas.

Juanito y yo íbamos bajando los primeros la cuesta, charlando de nuestras tonterías, aumentando yo mi diccionario con palabras

como guarrepeao y demás préstamos del extremeño o del idioma propio de mi amigo, cuando al llegar a la segunda esquina nos dimos cuenta de que el resto de la pandilla no nos seguía. Rehicimos nuestros pasos, volvimos al hostel de Troglo. Nadie. Pensamos que no habrían tirado calle abajo, sino calle arriba. Nada. Dimos tres o cuatro veces la vuelta a la manzana. Ni rastro. Ocho o diez personas se habían borrado del mapa en un abrir y cerrar de puertas.

Luego nos enteraríamos que una de las niñas había olvidado el bolso, las llaves o una pamplinilla por el estilo, pero en ese momento a Juanito y a mí se nos cayó el alma a los zapatos. Nos quedamos solos un domingo de carnaval, sin gente con quien compartir el jolgorio, y en esas circunstancias tampoco nos apetecía ya ver la cabalgata. ¿Una solución? Volvemos a casa, pero eran las seis de la tarde y no era plan. ¿Otra más sencilla? Meternos en un cine. Aprobada por mayoría absoluta la segunda opción, intentamos ir al Cine Municipal, donde daban una de Clint Eastwood, *Licencia para matar*. El cine, además, estaba cerquita. Nos pusimos otra vez en marcha, pero no pudimos entrar: la cabalgata pasaba justo por delante y la taquilla nos quedó al otro lado del río de disfraces, tras las sillas de palo y los martillitos horribles que entonaban ya su canto de cisne.

Los demás cines del Cádiz antiguo nos quedaban también en la frontera más allá de la cabalgata, inaccesibles. Sólo teníamos ya una opción: regresar a Puertas de Tierra. Nos encogimos de hombros y aceptamos que nuestro destino ineludible era una película que no queríamos ver de ninguna de las maneras.

Nos gustaba ir a la contra, eran los tiempos. Juanito se había aburrido de muerte con *El último tango*, que yo tampoco había querido ver, y en cuestión de cine picantón preferíamos las españoladas interpretadas por actrices que luego manoseábamos en los *Lib* y en *Interviú*, y además nuestro listón de cine erótico extranjero tenía por culmen *Madame Claude*, igual que poco después

sería *La Bestia*. No nos apetecía nada babear como todo el mundo y tragarnos *Emmanuelle*, no sé por qué, quizás porque la actriz nos parecía poco rotunda o por simples ganas de negarnos a pagar la entrada. Pero no tuvimos otra opción. La tarde se presentaba larga y aburrida, sin nada más que hacer sino preguntaros en qué rincón cubierto de papelillos podrían estar buscándonos el resto de los amigos.

Regresamos andando a Puertas de Tierra (los autobuses no se habían hecho para nosotros), y ante las puertas del Cine Gaditano, que en paz descanse, compramos las dos entradas. Yo ya tenía dieciocho años caducados, pero Juanito no. Pasó lo de siempre, lo inevitable, lo que ya suponíamos no iba a pasar nunca jamás: a Juanito le pidieron el carnet. No lo llevaba encima, ni tampoco tenía la edad de todas formas, y en la taquilla no quisieron descambiarnos las entradas. Juanito cumpliría los dieciocho años en menos de un mes, pero no creo que eso conmoviera al portero (que era distinto al que a mí me había amargado *La Naranja Mecánica* aunque tenía la misma alma de sargento en Melilla). Como la casa-cuartel donde vivía estaba cerca, decidimos continuar hasta allí y buscar el carnet de las narices, a ver si con un palo de ciego el inflexible de la puerta no sabía contar y no se fijaba en la fecha (ya había pasado otras veces).

En casa de Juanito, por ser el día y la hora que era, no había nadie. Regresamos al cine, con la entrada en la mano, sin el carnet que tampoco nos habría solucionado nada, cuando faltaban menos de dos minutos para que empezara la función. La cabeza me dolía ya como si la cabalgata que nunca vimos estuviera transitando entre una oreja y otra (Juanito dice tener la inmensa suerte de no haber sufrido jamás dolores de cabeza, aunque lo volvían loco las muelas, que aliviaba llevando taponos de corcho en media docena de bolsillos, remedio casero de la madre medio bruja). Ante la puerta

del cine, comenzados ya los títulos de crédito, el portero nos dejó entrar por fin, sin exigir el carnet esta segunda vez, lo que no nos hizo tampoco mucha gracia, porque nos podíamos haber ahorrado la última y más agotadora caminata de la tarde, hijo de su madre.

La película, para variar, nos pareció un tostón con música almirada, aunque descubrimos que la protagonista estaba bastante más potable de lo que habíamos supuesto en un principio, y además tragaba como ella sola, la tía.

(Unas cuantas semanas después, en el transcurso de uno de los recitales que improvisamos para ganar pesetas y pagar el número 5 de nuestro *Jaramago*, José Ángel no se pudo creer que no nos hubiera gustado ese título mítico, y hasta nos explicó que la escena final significaba que el amor puro estaba por encima de lo físico. No le quise sacar de su ilusión, pero para mí que el viejo pedante se estaba poniendo ciego con el tailandés del sam-lo, por mucha poesía oral que quisiera meterle por el culo, y la Emmanuelle liberada no recitaba poemas de Kavafis ni discutía sobre el Pacto Social mientras se corría como una loca y alcanzaba el Nirvana).

LA GENERACIÓN DEL CHOCO FRITO

Manolo Ruiz Torres, aquel chico calladito que nos acompañó como una sombra la noche de carnaval, ya había publicado alguna cosilla en Jaramago, un cuentecito torpe de ciencia ficción, y estaba a punto de formar la trinca de poetas de nuestro complemento «A tientas». Manolo era, como Téllez, de Algeciras, un muchachito largirucho y con las mejillas picadas que, hundidos los hombros, parecía mirarlo todo desde abajo cuando, por su estatura de gran poeta, tendría que mirarlo desde arriba.

Manolo era carlista, o eso decía, y la boinita roja venía de herencia de abuelos o quizá fuese reliquia propia, no lo sé. Se le veía entonces un poco fuera de lugar, como si sólo estuviera medio él, tímido y modoso y con ganas de no respirar muy fuerte por si se molestaba alguien. Menos mal que aquel carlismo era más folkórico, ganas de hacerse notar, supongo, que otra cosa más sería.

Manolo dejó la prosa en buena hora y empezó a escribir poemas algo ingenuos al principio, pero con mucha sonoridad, con unas imágenes muy bellas que a mí me encandilaron desde el primer momento. Eran poemas de cosas de todos los días, los desaires y las contradicciones que íbamos viviendo en propia carne, sin recubrir de esa pátina falsa que vuelve incomprensible y rebuscada a otras poesías. Y además, entre mazazo poético y pistoletazo sentimental, soltaba chisporroteos de humor negro, una bilis anti-romántica des-

pendolada y moderna que iba abriendo camino a un estilo original y divertido, a un lenguaje perfecto y propio, como cuando escribió un libro entero (no sé si inédito todavía), y lo llamó *Échale la culpa al bugi*, como la canción de los remozados Jackson 5 que torturaban nuestros oídos de jóvenes no dispuestos a claudicar nuestras ideas ante el avance ya implacable de las discotecas.

Manolo recitaba, como Téllez, con ese acento cantarín algo cargante, como de monaguillo en ciernes, que tanto he visto en todos los poetas de verdad, desde Jesús Fernández Palacios y aquel salvaje «sangre, sangre, sangre», al propio Rafael Alberti y su canturreo peculiar ya algo senil. Nadie mejor que él para recitar sus poemas con aquella cadencia monótona que se convertía en pura música.

Manolo nos acompañó en lo que sería ya la última etapa de nuestra revista, pero coincidiríamos después en otras aventuras conjuntas, para mi fortuna. Manolo escribía porque, en confesión propia, no era feliz, lo cual me parecía una forma muy sencilla de expresar lo que todos veníamos haciendo, y además tuvo la honradez de cortarse la coleta cuando parece que consiguió serlo, para desgracia de todos aquellos que nos sentíamos identificados con su poesía más que con ninguna otra (en vano le suplicábamos que sufriera un poco y volviera a los folios).

Por entonces, contagiado del virus poético que me rodeaba, yo también empecé a escribir versos, lo siento, lamentos amorosos que vendría a estilizar durante un par de años, hasta que no tuve nada más que decir, y que siguen inéditos por ahí, supongo que para mi suerte y la de quienes me leen. Al principio, los poemas me salían de tres en tres, y es así como me los recuerda siempre Téllez, aunque pronto superé ese estigma trinitario. No creo que mis poemas fueran nada del otro jueves, porque tenían el terrible problema de que se entendían, aunque el hecho de que a Manolo Ruiz Torres le gustaran me llenaba de un orgullo algo tonto de padre.

Manolo, Téllez, Juan José Iglesias y alguno más acudíamos de vez en cuando a recitales en barriadas y centros culturales recién abiertos (lo mío, con sólo seis o siete poemas en mi producción, ya era echarle valor al asunto). Se nos presentaba como si fuéramos la quintaesencia del arte poético, como si aquellos tres o cuatro chavalitos que hacían versos en lugar de andar ligando en las playas o los institutos vinieran a suponer la reencarnación de Machado o de Lorca. Invariablemente, tras el recital, venía un breve coloquio con viejecillos libertarios o maestros de pueblo con ínfulas de descubridores de talentos.

—¿Y a vosotros se os podría considerar una generación?

No lo decía por la edad, evidentemente, sino con el deseo algo tontorrón de inventarse allí mismo otro 27 (no queríamos para nada otro 36). Nosotros ya sabíamos que no lo éramos, o que no lo íbamos a ser, ni nos importaba. Escribíamos nuestros versos ya que ligábamos más bien poco, y queríamos fortuna, fama y gloria, desde luego, pero tampoco nos quitaba el sueño no pasar a la posteridad con una aureola de plata en el retrato de viejos carcamales, con bigotes y cicatrices de boli en los libros de texto de Anaya.

Manolo Ruiz Torres, calladito y meditabundo, fue quien contestó a una de aquellas preguntas impertinentes que nos refregaban por la cara, antes de tiempo, que siempre íbamos a ser unos fracasados sin remedio.

—Claro. La generación del choco frito.

Así nos dio por presentarnos durante algún tiempo, en recuerdo de aquella contestación airosa y de los papelones de pescao frito que nos comíamos tras los recitales o después de ir de paseo con la panda. Era un nombre que nos gustaba mucho, muy definitorio, muy a contraviento, pero ni por esas pasó a la historia.

LA LIBRE COMPETENCIA

Funcionábamos como revulsivo en la ciudad, o eso siempre hemos querido creer, y a los pocos meses de nuestra andadura nos salió la competencia. Un primo de Troglo, en otra onda muy distinta a *Jaramago*, se sacó de la manga y pagando de su propio bolsillo una revista contracultural, a la que llamó *Libre Expresión*, y que yo nunca fui capaz de leer. José Manuel Burguillos, que ya nos hizo un par de portadas, se aunó con otros dos amigos progres y en unos meses publicaron un nuevo título, esta vez cañero a tope, marginal y hasta underground, *Quiyo*, heredero en provincias de la filosofía de *Star* o *Vibraciones*. Y las fuerzas de la reacción no se hicieron esperar y pusieron en la calle una revistita cursi de instituto, un puñadito de folios grapados como nosotros habíamos sido, donde se daban cita los poemas ripiosos de gente un poco más joven que nosotros en un envoltorio que, con muy buen tino, bautizaron *Anacrónicas*. Los profesores conjuntos de la Escuela Normal donde yo fingía estudiar, poco más tarde, perpetraron una cosita a imprenta, muy bien presentada y coqueta, con el bello nombre de *Noray*, pero tampoco era gran cosa en su calidad y a nosotros nos cogía muy lejana (ninguna de las otras revistas llegó a ver editado un tercer número).

Por supuesto, aunque nos dábamos palmaditas en la espalda y casi decíamos aquello de «te sigo, te sigo», a ninguno de los cuatro grupos le decía nada lo que hacían los otros tres (ya digo que dejábamos *Noray* al margen, que además llegó más tarde), pero había que estar unidos y dar la imagen de ser civilizados y demócratas. Incluso nos aliamos en alguna ocasión (la buena marcha de nuestro Colectivo y el incremento del precio de las tapitas de ensaladilla en Los Lunares exigían siempre dinero en las arcas) para vender al alimón una pegatina que tuvo mucho éxito en su momento. La pegatina la dibujó Miguel Martínez, cómo no, y en ella se veía a un gris (estábamos todos muy impresionados porque tropas de élite con pañuelos verdes habían venido a sofocar una huelga en Astilleros), dispuesto a asestarle un porrazo de goma a un chavalín de aspecto progre e inofensivo que leía un libro donde se leía aquello de Lord Byron que yo había encontrado por causalidad en un libro de frases brillantes: «Aunque me quede solo, no cambiaría mis libres pensamientos por un trono».

La pegatina fue un éxito en facultades y colegios mayores, y nos sirvió para terminar de pagar el número cuatro a la copistería y plantearnos bucear en la aventura de un quinto Jaramago. Poco después, ya en solitario, editamos otra más, esta vez con Charlie Chaplin, que también la acababa de espichar, bajo el lema «Tanto amor y no poder contra la muerte» que dijo el poeta (Téllez y yo hubiéramos preferido aprovecharnos de Groucho, que estaba más en sintonía con nuestras creencias marxistas, pero era menos apreciado por la gente).

Descubrimos que resultaba más sencillo vender pegatinas que revistas, y que dejaba más dinero. Pero costaba mucho trabajo comprimir todos nuestros relatos y poemas en un rectángulito o un círculo de papel autoadhesivo.

Volvimos, ya por última vez, a celebrar un recital en el Columela, un maratón desordenado donde cantautores y carnavaleros se repartieron las diez o doce horas de escenario. Esta vez nos aliamos con alguna congregación católica y obrera para organizarlo, y la entrada cobrada y el montón de pesetas recaudado nos permitió ir pensando en nuestro número cinco, que iba a ser el último, sin que entonces lo sospecháramos. Los carnavaleros, por cierto, se emborracharon y acabaron partiéndose sillas en la cabeza como si en vez de ir disfrazados de piececitas de ajedrez estuvieran interpretando un western, sólo que la madera, esta vez, no era de pega y estaba dura.

DECADENCIA Y VERGÜENZA TORERA

La pandilla ya no nos ofrecía nada nuevo. Téllez no acudía más que de tarde en tarde, enfrascado en su romance con Ana, aunque también estaba condenado de antemano y le esperaba corta vida, para regresar a la amistad hermosa que fue antes, y Manolo Chulián continuaba por su parte en otro mundo, ajeno a los amigos, hundido en su hoyo (la metáfora era poco afortunada, lo sé, pero a ninguno se nos ocurría buscarle una segunda interpretación) y feliz y tan campante en su travesía particular de la laguna estigia.

Juanito y yo nos aburríamos. Se nos iban las horas esperando a unas niñas que no nos atraían físicamente, mientras pandas de faldas más apetitosas se rozaban risueñas a nuestro lado. Y yo, además, me pasaba las noches contando estrellas y escribiendo versos que enterraba en una carpeta, sin disumulo, para que fueran descubiertos y comentados con burla y admiración y amor obvio negado por su destinataria.

Una noche, poco antes de que desertáramos de la pandilla y nos perdiéramos también en busca de otros horizontes, escribí con un trozo de lápiz azul la que ha sido, por suerte, la única pintada de mi vida. JARAMAGO, LITERATURA PARA EL PUEBLO, garabateé con trazo irregular, pero perfectamente legible, supongo que por dárme las de proletario o interesante. La letra no era muy grande

(tampoco el lapicito daba para más), pero el mensaje se podía ver sin ningún problema. Por aquello de «literatura para el pueblo» tan rimbombante había que entender, supongo, que lo que quería era que la gente me leyera. Desde luego, leyeron la pintada durante mucho, mucho tiempo.

El autobús de línea se desvió poco después por aquella callecita secundaria, y con vergüenza propia, en años posteriores, fui testigo en mis trayectos vespertinos de la supervivencia de esa pintada estrafalaria mía, que me acechaba como una cara de Bélmez y que posiblemente nadie más era capaz de ver. Menos mal que un día encalaron el muro y desapareció de mi conciencia, qué bochorno más grande.

EL PRINCIPIO DEL FIN

Téllez, Juanito, Leo Hernández, Pedro Alba, José Ángel, quizá todavía Miguel Martínez y yo eramos los únicos miembros de *Jaramago* que quedábamos ya en activo. Nos reunimos una tarde en casa de Pedro, intentando decidir nuestro futuro y qué hacer a continuación, superado el listón de los quinientos ejemplares vendidos del número cuatro, pero con mucho esfuerzo. Tal vez se nos subió a la cabeza el precio de la fama, o andábamos demasiado escaldados con el feo resultado estético de una revista a la que le habíamos echado tanto cariño y horas de trabajo, pero el caso es que allí mismo se decidió, casi por unanimidad, que el número cinco sería editado a imprenta. La única pega, que a mí me aterraba, era el desorbitado precio a pagar, lo que luego se traduciría en aumentar una vez más el coste de cada revista, y también en el incremento de la tirada inicial: para no acabar con pérdidas había que vender, en mano, nada menos que mil ejemplares.

Yo siempre he sido un poco chinche, pesimista, más conservador que mis amigos o sencillamente más cobarde, pero allí mismo pude ver, mientras Pedro y Leo jugaban con un cráneo humano que me producía repelucos y piedad a partes iguales, que nos íbamos a poner la sogá al cuello. La fiel infantería había desaparecido de nuestras vidas, la revista ya no la podríamos vender a quince pe-

setas, sino a cincuenta, y con apenas seis o siete miembros del Colectivo nos iba a costar sudores de sangre amortizar la trampa en la que nos estábamos metiendo. No hubo tu tía. El entusiasmo de Leo Hernández fue más fuerte que mi agorera insistencia.

Aquello era el principio del fin, pero no sé si lo sabíamos, si nos importaba siquiera.

GRISES QUE VIENEN. GRISES

Juan José Gelos era un progre socialista y sindical con cierto prestigio de hombre interesado por la cultura y un físico que andaba entre Gepetto e Ignacio Salas, el de la tele. Como toda la intelectualidad de la época vivía en letargo, olvidadas las capacidades artísticas por las veleidades políticas, pero se dio cuenta de que algo nuevo se cocía al socaire del Colectivo *Jaramago* y decidió, no sé muy bien a santo de qué, hacernos una entrevista para el Diario. Tuvo la elegancia de no ser muy descarado y jugó a ser objetivo e invitó también a los representantes de la competencia, por lo que allí nos vimos todos, en el saloncito de una casa vieja decorada en estilo moro y latones hindúes, con cojines en vez de butacas y cuadros improvisados de Ghandi y Winston Churchill.

En la entrevista estuvimos en plan patoso y libertario, sin llegar a creernos que pudiéramos tener la importancia de acaparar una página entera del periódico de nuestros mayores, y declaramos las payasadas de rigor que todos los jóvenes, desde los Beatles, han creído únicas de su ingenio y su protesta. Téllez y yo, como siempre, llevamos la voz cantante y allí dijimos aquel chiste, ya mencionado antes, de que nos considerábamos marxistas porque Groucho era un genio.

La entrevista salió a toda plana, con foto incluida, y sirvió para incrementar nuestro prestigio en la ciudad, al menos por un día,

pero también acabó por buscarnos algún problema. No teníamos papeles en regla, ni los queríamos. La ilegalidad, en una democracia donde muchos detalles seguían estando atados y bien atados, venía con nosotros como una bandera corsaria y romántica, de afirmación y rechazo, y no queríamos desprendernos de ese aura. Las circunstancias tampoco nos lo permitían.

Nuestra fugaz aparición en el Diario nos dejó al descubierto ante un mundo oficialista y bien reglado donde la cultura debía tener un número, una marca, una seña. Estaba muy bien que fuéramos poetas y nos quisiéramos comer el mundo, pero eso no se podía hacer por libre. Necesitábamos un carnet.

Esa misma semana nos llamaron del Meneito porque la nueva Delegada de Cultura quería vernos. Y acudimos en seguida, ¿quién dijo miedo?

Carmen Pinedo era una mujer inteligente que suplía con elegancia su falta de belleza. Militaba en la ucedé, pero como con vergüenza, con achare, y no me extraña que después acabara en las filas socialistas, porque nos pareció más liberal de lo que su partido pregonaba. Vino a explicarnos más o menos lo mismo que he escrito arriba, y dio a entender que incluso ella se la jugaba por permitir que una célula ilegal como nosotros funcionara de forma descubierta en territorio tan estrecho. Luego trató de seducirnos con el canto de sirena de subvenciones y otros préstamos de fondos públicos si pasábamos ante la vicaría. Nosotros no queríamos ser un colectivo juvenil, en cualquier caso, pero el inminente y caro número cinco de la revista y la enorme deuda que íbamos a dejar detrás nos convencieron mejor que la Delegada de Cultura. Prometimos intentar legalizarnos en un plazo futuro, con lo que la pobre mujer se quedó más tranquila (no sé si estábamos dispuestos a cumplir lo acordado).

A punto de marcharnos ya sonó un chasquido, un trueno lejano, como una explosión difusa que no supimos identificar. En la calle lo comprendimos minutos más tarde. Una manifestación de pesca-

dores en huelga había acabado convirtiendo a San Juan de Dios en zona de guerra.

Como siempre que pasan estas cosas, eran más de las dos de la tarde, y teníamos cierta hambruna y prisa por regresar a casa. No había autobuses en la línea principal, comprendimos que por el hecho de que la Plaza de San Juan de Dios y sus inmediaciones estarían cortadas por los manifestantes, impidiendo el paso a un lado y a otro a tráfico y peatones. Cruzamos medio Cádiz y nos llegamos hasta el Hospital de Mora, bajo el drago, a esperar la aparición de otro autobús verde que nos llevara por una línea distinta. Cuando pasó otra media hora y advertimos que ninguno acudía, supimos ya que la cosa era más fuerte de lo que se escuchaba desde lejos.

No tuvimos más remedio que tratar de volver andando a nuestras casas. Para cortar camino, nos dio por callejear, sorteando el barrio del Pópulo y sus aceras empinadas de cascotes, el club Pay-Pay donde imaginábamos orgías y prostitutas deslumbrantes a pesar de que el aspecto era de lo más desalentador que se servía en cabarets, y cuando llegamos al Piojito cometimos la torpeza de tirar hacia abajo, hacia Santo Domingo, pasado el meollo donde suponíamos la manifestación, en vez de continuar paralelos al mar por la zona de arriba.

De vez en cuando, en aquel silencio de miedo roto por los estruendos de los disparos al aire, nos cruzábamos con gente armada con palos y con piedras, con banderas y bufandas que les tapaban el rostro. No sé, ni me interesa, si eran o no de verdad pescadores, pero allí se estaba fraguando un incidente aún más salvaje que los que habíamos vivido unos meses atrás, cuando Astilleros y el sector naval fueron los protagonistas de otras huelgas y otras represiones implicables justo enfrente de mi casa, sobre la vía del tren, cuando los vecinos repelieron las cargas policiales lanzando desde las ventanas cuanto encontraban a mano, desde lavadoras a macetas.

El Piojito, donde yo había conocido a Vicente Sosa y compraba mis tebeos de superhéroes cuando era niño, estaba desierto, abandonado a su suerte. Lo cruzamos, y al llegar a una calle perpendicular nos encontramos de bruces con una barricada ardiendo. Era la primera vez que vivíamos en directo una cosa así. Sorprendidos, asustados, no supimos si retroceder o seguir adelante. Por detrás, de vez en cuando, se escuchaban pasos corriendo y estampidos más controlados. Pensamos que teníamos el enfrentamiento a nuestras espaldas y, sin detenernos a pensar, saltamos la barricada en llamas y salimos a la calle Sopranis, apenas a treinta metros del convento de Santo Domingo donde Téllez y Manolo y los demás refugiados del coro habían pasado parte de su adolescencia.

Nunca he estado en San Fermín, ni ganas que tengo, pero de pronto pareció como si nos hubiéramos teleportado a otro mundo, a un encierro salvaje que amenazaba con arrastrarnos entre pañuelitos rojos (aquí verdes), y destellos de cuernos o periódicos. A nuestra derecha, copando la entrada al convento, un batallón de policías, los cascos calados, los escudos prestos. A nuestra izquierda, agitando palos y lanzando piedras, un centenar de jóvenes alborotadores. Iban a darse de hostias de un momento a otro y nosotros no habíamos tenido mejor idea que aparecer justo en medio de la batalla, un *deus ex machina* bastante inoportuno que no iba a resolver nada, sino a complicárnoslo.

Corrimos calle abajo, hacia los manifestantes, que ya empezaban a lanzar las primeras piedras. Apenas acabábamos de refugiarnos entre ellos cuando comprendí que, siguiendo ese camino, sólo nos esperaba San Juan de Dios, el centro mismo de toda la trifulca. La única posibilidad de desaparecer de aquel jaleo que nada iba con nosotros estaba más allá de la policía, rebasado el convento, camino de casa.

No sé muy bien por qué demonios me volví y, pegadito a la acera, andando muy despacio, llegué a la esquina, bajo un centenar de gritos y la algarabía de otras batallas lejanas. En la esquina, al apoyarme contra uno de esos cañones invertidos que adornan muchas calles del casco antiguo sin motivo aparente, me quemé la mano con el contenido de una ampolla de cristal cuyo origen todavía desconozco. Los policías conversaban a pocos metros más allá, tal vez tan asustados como nosotros, pero conservando el tipo. Había diez o doce, una lechera, un resplandor de fusiles y de armas. Yo sólo tenía que acercarme y decirles que iba camino de casa, que acababa de hablar con una representante del gobierno, que me dejaran continuar caminando, por favor, que tenía hambre, pero visto el panorama no me atreví a hacerlo. Pasmado, mucho más despacio que antes, me di la vuelta. Uno de los policías me vio en ese momento y, todavía más despacio, se echó a la cara el arma.

Seguí caminando como si tal cosa, con los ruidos ahora apagados por el martilleo de mi corazón acelerado. Una detonación muchísimo más fuerte que las demás tronó a mi espalda, y entonces supe que no me había dado porque, según había leído en algún sitio, la bala llega a la víctima antes que el sonido, cuestión de velocidad y leyes físicas. En efecto, la bala de goma pasó volando a un metro y pico de mi cabeza, para perderse entre rebotes por las camisas abiertas de los manifestantes. Entonces eché a correr y me metí en una casa brindada a tal efecto, como casi siempre, por una anciana solidaria y compasiva. Allí dentro estaba ya Juanito Mateos, preguntándose por qué había hecho aquella locura de encaminarme a la boca del lobo. No pude, no supe contestarle.

Un buen rato después salimos de la casa, callejeamos hacia la calle Plocia y de allí, tras cruzar a la carrera el Callejón de los Negros y la Fábrica de Tabacos, llegamos a la estación. La batalla, desde ese

sitio a salvo, se veía lejana, casi bella. Regresamos andando a casa, todavía con el corazón en un puño, acalorados, preguntándonos qué podría haberles sucedido a Téllez y Leo, que nos acompañaban esa mañana.

Los dos aparecieron al día siguiente, Leo con los ojillos satisfechos, Téllez con la espalda dolorida, marcada de arriba a abajo por el tajo de una porra. El policía que lo abatió no hizo preguntas, ni pretendió hablarle de poesía. Sólo vio que era un muchacho que escapaba de sus botas y no tuvo tiempo de llegar a la puerta que se cerraba. Durante semanas, mientras le duró el dolor, Téllez mostró aquella huella del golpe como si fuera la herida de un veterano de guerra, pero seguro que hubiera preferido no tenerla.

(Nuestro intento de legalización quedó en agua de borrajas cuando Juanito, encargado del papeleo, nos confesó agotado que con la burocracia no había manera: pólizas, impresos, fés de bautismo, avales, declaraciones juradas, más papeles y muchas, muchísimas firmas. La subvención prometida, si rebasábamos alguna vez aquella carrera de obstáculos, vendría en un futuro demasiado lejano para nuestra impaciencia. Preferimos seguir en la brecha ilegal, esclavos tan solo de nuestro capricho. Juventudes de ucedé y pequeños cachorros socialistas se quedarían más tarde con el oro prometido y nunca visto. Que les aprovechara, tanto mejor. Nosotros saboreábamos la independencia).

DELIRIOS DE GRANDEZA

El número cinco ya fue otra cosa. Era una revista de verdad, no un panfletito, con papel de calidad y buena letra, sin más faltas de ortografía que las precisas, bella de mirar aunque no se leyera. Los artículos y los poemas se estructuraban en una lógica matemática y lineal, sin dibujitos monos que facilitaran la lectura, porque las ilustraciones eran muy caras y, de todas formas, en aquel resplandor en blanco y negro no se necesitaban. La última entrega de Jaramago fue tocar el techo, llegar al cielo, imprimir de verdad una revista que hasta tenía depósito legal, aunque el nombre que tan bien nos identificaba siguiera sin estar registrado. Fue otra cosa, en efecto. Pero quizás ya no era nuestra.

La intelectualidad que se nos había acercado desde el acto de desagravio al veintisiete ocupó casi la totalidad de sus páginas, desplazando a un segundo plano a los autores noveles de los que nos habíamos nutrido en los primeros tres números, cuando de verdad parecíamos una revista de batalla y hasta nos lo creíamos. Los nombres de la generación poética inmediatamente anterior a la nuestra se adueñaron de las páginas, del espacio que tendría que haber sido de los nuestros (Télez y yo no habíamos vuelto a publicar producción propia desde el número tres, conscientes de que nos podríamos estar quemando). Rafael de Cózar, José Ramón Ripoll,

Francisco Bejarano, Jesús Fernández Palacios, Luis Gonzalo. Junto a ellos tal vez pasaran inadvertidos los autores (Antonio Anasagasti, Manolo Ruiz Torres, Leo Hernández), con los que por edad, por inocencia, por inmadurez o por estética nos tendríamos que haber sentido más identificados, más solidarios. Por calidad, por pura plástica, tal vez aquel Jaramago cinco fuese el mejor de todos. Pero ya no era nuestro. Habíamos cambiado.

Nuestro público también lo notó. Apenas nueve meses de democracia habían parido un ciudadano distinto, más hedonista, menos dado a contraculturas, más desconfiado, descafeinado. Los que nos habían seguido con entusiasmo semanas atrás ahora nos miraban con recelo, aterrados ante el olor a formalismo que desprendía la presencia de una revista que, cuando no era más que un puñado de papel verde, les encantaba y les seducía. Tal vez fuimos las primeras víctimas del desencanto.

Y seguíamos debiendo a la imprenta el dinero de la edición. Mis más agoreras profecías se venían cumpliendo, por desgracia, aunque Leo continuaba sin dar su brazo a torcer y vendía ejemplares como luego vendería fruta, a destajo, consciente de que aquellos papeles de hermosa factura eran algo suyo, algo importante. Incluso una medio novia que había conocido en un fugaz viaje a Barcelona, Coralito, había publicado un cuentecito infantil que nos parecía lo mejor de la revista, pero la partida de ejemplares enviada a Cataluña y vendida por las Ramblas tampoco fue suficiente para que nuestra deuda se saldara.

Nos habíamos puesto la soga al cuello, desde luego, como el dibujo de Manolo Rincón que adornaba con crudeza inaudita la portada de aquel número.

DESMADRE A LA GADITANA

Nos dimos cuenta, porque no éramos tontos, de lo difícil que iba a resultar poder deshacernos de mil ejemplares de la revista, por muchas horas extra que le echáramos al asunto, ahora que ni la pandilla ni la infantería ligera estaban a nuestro servicio. El público que nos seguía empezaba ya a aburrirse de vernos las caras, y no nos pareció aconsejable, por esta vez, organizar un acto público donde se cobrara la entrada y exprimiéramos a cantautores o grupos de teatro (tampoco parecía probable que quedara aún gente con ganas de ver llorar sobre las tablas a los de siempre). No sé muy bien de quién pudo partir la idea, ni tampoco tenía mucho sentido después de diez meses en la brecha, pero la formalidad del número a imprenta se nos contagió en alma y decidimos hacer la presentación oficial del Colectivo.

Jesús Fernández Palacios nos echó una mano, sirviendo de anfitrión y maestro de ceremonias. En una de las salas pequeñas del Meneito, donde apenas un par de meses más tarde escucharíamos a Fernando Quiñones leernos en primicia el divertido cuento de «Legionaria», Jesús se encaró a un público compuesto de cien o doscientas personas, desde una mesa vacía donde nosotros no estábamos presentes, insistiendo una y otra vez que éramos un grupo serio y formal, amantes de la poesía, gente responsable y preparada, un partidito, una delicia.

Tras los quince o veinte minutos de charla, cuando ya la gente se empezaba a preguntar por dónde andábamos, Leo Hernández se asomó a la puerta, vestido de tirolés o de pelele, con pantaloncitos cortos y los chapetones de las mejillas doblemente enrojecidos con carmín. Tocó una trompeta, un barrido de elefante que le puso a todo el mundo los pelos de punta, y al son de la música hicimos nuestra aparición desde detrás, dando saltitos y tarareando burum-bum-bum-bum, burum-bum-bum, como patos fuera del agua.

Estábamos presentes ya los que quedábamos en un Colectivo que hacía aguas: Leo y su pinta de marioneta sabia, Téllez con el viejo disfraz de Darth Vader del carnaval (no pudo resistirse a la tentación), José Angel vestido de tipo raro (es decir, con su ropa de siempre y un bigotito mefistofélico que no sé si era pintado o verdadero), Juanito Mateos con chaqueta y corbata y gomina de capitalista, encarnando el sueño que algún día pretendería ser, y yo mismo con peluca roja y pintada la cara de camfort blanco, haciendo el payaso.

El público se quedó de piedra.

Tomamos la mesa, mientras Jesús se despedía, y sacamos de los bolsillos los folios que teníamos preparados, ripios parafraseando la Canción del Pirata que habíamos escrito Téllez y yo esa misma tarde.

*Aquí llega Jaramago,
viento en popa,
a toda vela.
Sólo cuesta pocas pelas
y lo vendemos aquí.*

Fuimos recitando estrofas similares uno tras otro. Cabíamos a dos por barba, y a mí me tocó el dudoso honor de recitar la última de ellas:

*No tenemos nunca un duro
y vivimos de prestado.
Si quieren hacer preguntas
aquí nos tienen sentados.*

Y entonces, al unísono, ocupábamos las sillas ante la mesa. Esperábamos una ovación, la carcajada, el reconocimiento a nuestra broma, a nuestro ingenio. Pero en el público no se movió ni un alma. Hasta las moscas dejaron de volar y se pegaron el gran trompazo contra el suelo. No hubo ni una sola pregunta por parte de quienes creíamos eran nuestros seguidores, los destinatarios de nuestras gracias. Fueron momentos de absurdo total, casi de espanto.

Sentado entre el público, junto a Jesús Fernández Palacios, vi un rostro que me sonó conocido, delgaducho y demacrado, como de Richelieu canino o de Juan Sin Tierra algo zorruno, la caricatura de sí mismo, un palo de escoba vestido de negro, con inmensas ojeras que le abarcaban el rostro todo. Un poeta de verdad, aunque no sabía su nombre en ese momento. Lo supe luego: Jesús había invitado a Carlos Edmundo de Ory, que había escapado a su exilio autoimpuesto por conocernos y que ahora nos miraba con gesto de disgusto.

No sé si le molestó no ser reconocido por la masa asistente a tan curioso y fracasado acto, o si de verdad le parecimos lo que sin duda éramos, unos payasos sin más explicación, pero el caso es que el poeta se levantó hecho una furia y se marchó al poco rato, seguido por el bueno de Jesús, que intentaba convencerle de lo genial de nuestros argumentos, de que éramos gente seria, magníficos escritores, unos chicos sensatos, castos y puros. El insigne poeta nos acusó de frívolos, de vacíos. Tenía razón, por supuesto, pero no creo que hubiera para tanto. (Muchos años después, Carlos Edmundo de Ory hizo el payaso también, pero a lo grande, vestido de no se

sabe muy bien qué, pregonando el Carnaval desde la plaza de San Antonio, recitando tonterías postistas a un grupo de borrachos que tampoco le entendían ni le hicieron puñetero caso. A lo que se ve, nuestro mal era contagioso).

Los minutos, tras la marcha del poeta, se estiraron, sin que nadie quisiera participar de nuestro happening. Tan solo la llegada de un par de botellas de champán, y la exagerada actuación de quien las compró para abrirlas y brindar a escote por nosotros nos sacó un poquito las castañas del fuego.

Nos resistiríamos todavía unos pocos meses, pero ya todo había terminado. Nuestro poder de convocatoria se había roto. Alguien nos acusaría de habernos aburguesado, y tal vez fuera verdad, pero en la calle el cambio se había hecho ya patente y no estaban los tiempos para experimentos literarios.

Nos quedaban todavía unos pocos meses, sí, pero esa noche en el Meneíto nos anunció que a partir de ese momento sólo nos esperaba ya bajar la cuesta.

UN LIBRO OLVIDADO

Con dinero de su propio bolsillo, porque el Colectivo jamás volvería a tener un duro, Leo le pagó a Téllez la edición de un libro de poesía, *Historias del Desarrollo*, que se imprimió, no había otro remedio, en el mismo sitio tenebroso que nuestro número cuatro, Copitecno, pues no habíamos terminado de pagar las deudas con la imprenta de verdad, ni lo haríamos nunca.

Téllez me pidió que le escribiera el prólogo, y lo hice con ilusión, contando como ya he contado aquí (espero que con menos habilidad) la historia del perrito caliente sin mostaza y la chaqueta azul marino del día en que nos tropezamos, y añadiendo por encima algún comentario sobre su poesía con la que tanto me identificaba. Hubo gente que dio en decir que el prólogo era lo mejor del libro, como también dijeron que el fragmento de poema propio que complementaba al ahorcado de *Jaramago-5* era el mejor poema de todo el número, para mi sonrojo, con lo que hicieron un flaco favor al trabajo de mi amigo.

El librito como tal no era ni fu ni fa: la sempiterna portada de Miguel Martínez, con la caricatura de Franco sobre un montaje fotográfico de flechas y pelayos, y el acoso o el saludo de un buen puñado de personajes de tebeo de nuestra infancia (porque de eso trataba el libro, de la infancia, del pasado). Para ser un libro de poesía,

la verdad, Historias del Desarrollo resultaba poco ortodoxo, pues tenía ilustraciones, reproducciones de discursos inmovilistas de Carrero, retazos de noticias periodísticas más bien curiosas y erratas, sobre todo muchas erratas, más las inevitables huellas de dedos de los tipos de la imprenta.

Los poemas de Téllez se caracterizaban entonces por ser muy anchos, poco estilizados en su forma gráfica, por lo que a veces el verso ni siquiera cabía en el renglón. Los de Copitecno lo solventaron a golpe de tachón o de tijeras, reduciendo el tamaño de lo reproducido o cambiando de tipo de letra entre un poema y el paralelo. No me extraña que en años posteriores Juan José haya borrado aquel espanto de su bibliografía.

El libro se anunciaba como una producción del Colectivo, aunque no era verdad, porque el Colectivo no andaba para producir nada, y pese al atentado a la estética y el sentido común que suponía se vendió bastante bien, para alborozo de Leo, que ya soñaba con editarse cosas propias. Algún poeta consagrado y admirado escribió a Téllez poco después comentándole que le había gustado el libro, pero que lo veía demasiado marcado por una represión política que, cuestión de edad, Juan José no podía haber vivido más que de oídas; yo mismo venía a decir lo mismo en mi prólogo. Desde entonces, Téllez ha ido evolucionando en su producción, sin dejar de hacer poesía social (si es que eso hacía), pero moviéndose muy por delante a la etiqueta, con unos indudables valores morales y estéticos que tendrían que haber hecho de él ya mismo un grande de las letras si este país no fuera lo ha sido siempre.

Hicimos la presentación de rigor en un palacete rococó con muchos focos y un montón de altavoces por todas partes. Téllez se quedó con el personal recitando un poema («Gora, Gora») en un idioma propio que hizo pasar por vasco, y Juanito Mateos empezó a reírse con esa risa suya tan característica y yo le acerqué el micro

a la boca y las carcajadas de reprodujeron en cuadrafónico, contagiando paredes y espejos venecianos como un huracán incontrolable. Nadie pudo aguantar la risa ni el pipí durante un buen puñado de minutos. Luego, en la calle, terminado el acto, Juanito se molestó conmigo por mi hazaña.

MAL DE AMORES

La historia paralela que no quiero contar aquí, la que me impulsaba a escribir de tres en tres mis simples poemas, dio por culminado su primer acto un mediodía de mayo, ante el Parque de Genovés, después de Feria. Había huelga de autobuses y tuve que regresar andando a casa, lastimado por los reflejos del mar, sin querer parpadear siquiera. Dos álbumes del Teniente Blueberry, recibidos por correo, me acompañaron en mi lánguida desgracia. Juanito Mateos, asomado tras mi grito a la ventana del cuartel, bajó corriendo las escaleras para que yo le contara mi aventura amorosa, sin sospechar que iba a abatirse, casi tanto como yo, al enterarse de que todo había caído en saco roto.

(Jamás olvidaré, Juanito Mateos, que ese miércoles caluroso pude contar con tu hombro).

UNA RADIO RECORDADA

El verano se nos fue entre protestas por la presencia del Esmeralda en la bahía y tertulias literarias más bien sosas, donde los poetas viejos, los de renombre y aburrimiento, copaban las conversaciones con su amor desaforado por el pesado de Juan Ramón y no nos dejaban a los demás meter palabra ni contar un chiste. Todavía recuerdo con sonrojo cómo a aquel joven autor de *La Isla*, con sonrisita de desdén, le obligaron a explicar un poema recargado y bellissimo, lleno de imágenes que ellos no quisieron entender, ni les dio la gana, para que dejara en claro ante sus ojillos miopes de consagrados a la nada que un «golfo estrellado» no tenía que ser precisamente una bonita postal mediterránea sino un sinvergüenza con galones. La poesía de combate estaba perdida. Salidos de su madriguera o de sus cátedras, los poetas de derechas se sumaban a un panorama cultural que ya se apagaba por momentos, tal vez debido a su presencia.

Aquellas tertulias las impulsaba un espejismo que nos tenía a todos enganchados desde hacía unos pocos meses, algo llamado «Congreso de Cultura Andaluza» que creíamos iba a poner al país patas abajo y que quedaría, poco después, perdido en el laberinto de

sí mismo, sin conclusiones ni más hazañas, diluido como un terrón de azúcar en un vaso de agua turbia. Una de las actividades paralelas patrocinadas por aquel congreso fantasma era también un programa radiofónico aburrido y nacionalista andaluz que presentaba y dirigía Manolo González Piñero con más ilusión que audiencia. Manolo nos llamó un jueves a Radio Juventud para hacernos una entrevista al Colectivo Jaramago y le debió de gustar mi voz, pues me propuso que le ayudara en la creación del programa de la semana siguiente, dedicado a Almería.

Manolo tenía una casa antigua justo en San Juan de Dios, sobre la parada de taxis y la reventa de entradas para el Trofeo Carranza, y durante dos o tres semanas Juanito Mateos y yo acudimos a las cinco de la tarde todos los miércoles, un día antes de la emisión, para escribir el guión y reírnos con sus salidas y soportar a su hija, un torbellino de dos años que no había quien pudiera quitarse de encima. Uno de los detalles que me extrañó de la casa de Manolo fue ver que en su estudio, junto a la bandera andaluza que tanto creíamos amar, había también una banderita roja y gualda.

Por entonces teníamos todos cierto afán republicano que en la mayoría de nosotros no desaparecería, me parece, hasta la noche célebre de transistores y tanquetas, y le señalé a Manolo lo que me parecía una contradicción. Manolo, que era algo folklórico, muy senequista, charlatán y burlesco casi siempre, se puso de pronto muy serio y me dijo, marcando las palabras, pontificando como si fuera Antonio Gala:

—No te olvides de que yo he jurado esa bandera.

Fue una lección que me ha acompañado desde entonces.

Manolo militaba en el PSA, me parece, a punto ya para pasar a la primera división de partidos mayores, y trabajaba en Astilleiros como delineante u oficinista. Tenía a sus espaldas un pasado de niño seminarista o algo así, y me entregó el programa para mí solito

porque bailaba también en el grupo que dirigía su mujer y no tenía tiempo para simultanear ambas cosas (Manolo, metido en política, sería durante varios años Concejal de Cultura del ayuntamiento gaditano; yo siempre he creído que tenía además carisma para ser un buen alcalde).

Me vi de pronto, ese verano, con la responsabilidad de escribir y presentar cada semana, en directo, tras el rosario de las siete, un programa sobre andalucismo, que yo sentía pero del que no tenía más idea. Menos mal que el libro «Andalucía tercer mundo» me echaba una mano (jamás hemos pagado a Antonio Burgos el haberle pirateado cada semana sus palabras por las ondas). El acompañamiento musical de cada monográfico, entre Jarcha y Aquaviva, lo remataba con Serrat, que había regresado ya a España tras su aventura mexicana, haciendo que el doble que le salió por aquí en su ausencia se perdiera por una cloaca y se olvidase para siempre (¿se llamaba Paco Martín?). Serrat era catalán y no andaluz, lo que podría chocar un poco con el contenido del programa, pero yo me las apañaba para que cada frase antes de la música tuviera alguna relación con la canción que iba a sonar a continuación. Además, a ese programa (se llamaba Portavoz), a aquella intempestiva hora de verano no lo escuchaban ni las viejas beatas, que apagaban el receptor tras el rosario (detalle comprobado).

En octubre, a punto de empezar un nuevo curso universitario, dejé con pena el programa en manos de Juanito Mateos, después de haber escrito el último guión. En Radio Juventud, que eran algo de derechas y nos miraban con mala cara cada jueves cuando llegábamos para adueñarnos de los micrófonos, aprovecharon en seguida el cambio de presentador y, sin dar más explicaciones, sabiendo que el afamado congreso no era más que una cortina de humo, cancelaron el programa. No se perdió gran cosa.

TOMATADA EN EL COLUMELA

Nuestros amigos los poetas publicaron entonces un par de libros de verdad, no como el panfletito de Téllez, y lo presentaron una tarde en un Instituto Columela completamente vacío que indicaba, por si aún no lo habíamos advertido, que el vuelco de los intereses generales iba por otros derroteros menos dados a poesías y laureles. Nosotros, que habíamos llenado por dos veces aquel local enorme, con el mismo éxito de taquilla y público que Dagoll Dagom y su «No hablar en clase», presenciábamos ahora que el castillo de naipes se había derrumbado hasta sus cimientos.

Para colmo de males, el Colectivo decidió gastarles una broma y, mientras ellos recitaban sus poemas ante el público casi inexistente, nosotros hacíamos saltar al aire, de una mano a otra, los tomates que Leo había traído de su puesto de frutas. La intención era esperar a que terminara el recital, tirar los tomates y luego aplaudir, solamente, pero por lo que se ve tener a cinco o seis chavales en segunda fila con una sonrisita en los labios y un tomate de buenas proporciones con deseos de convertirse en pelota de primera base no era una perspectiva muy alentadora. José Ramón Ripoll no supo estarse callado y metió la pata.

—Oye, no se os ocurra tirar esos tomates.

El que le lanzó Juanito estuvo a punto de estamparse en su coronilla. Los demás no hicimos blanco por muy poquito (mi proyectil rozó a Jesús Fernández Palacios). Esa fue nuestra última actuación en público. Los poetas se enfadaron con nosotros y pasó algún tiempo antes de que pudieran perdonarnos, si lo han hecho.

ADIÓS A TODO ESO

Nos habíamos convertido en un fantasma que arrastraba a sus espaldas las cadenas de su nombre. Todavía identificados como Colectivo Jaramago, cada uno de nuestros antiguos compañeros había ido desapareciendo de nuestras vidas poco a poco, regresando a sus mundos de origen, olvidando el sueño que nos había iluminado a todos un verano antes. Miguel Martínez, Vicente Sosa yo publicamos por fin nuestro fanzine de cómics, más por cabezonería que por ganas de hacer llegar algo nuevo, sabiendo que tampoco íbamos a editar jamás una segunda entrega que teníamos preparada desde hacía tiempo.

La intelectualidad nos había aceptado entre sus filas, y de vez en cuando la gente se nos acercaba para preguntar cuándo íbamos a sacar un nuevo número de *Jaramago*, pero nosotros sabíamos la cuantía de nuestras deudas y el problema que se nos presentaba para continuar adelante. Eramos una reputación con un pasado y sin futuro, un espectro sin cuerpo. Cuando el suplemento cultural del diario Arriba, más liberal de lo que cabría esperar de su título, nos auguró un gran futuro, sólo pudimos mover de un lado a otro la cabeza.

De todas formas, tras meditarlo mucho, empezamos a preparar el número seis. Descartada la imprenta, no nos quedó más opción que volver a las faldas de Copitecno, que en esos meses de hiato

había aprendido a manejar las máquinas y, al menos en McClure, nuestro fanzine paralelo dedicado al tebeo, no habían hecho un mal trabajo (ya no se veían tantas huellas de dedos).

Habíamos decidido olvidar para siempre la deuda que llevábamos a cuentas como una losa, y empezar la aventura casi desde cero otra vez. Sólo quedábamos ya cinco miembros en el Colectivo, aunque apenas nos veíamos. Y entonces Téllez se volvió a Algeciras.

Téllez había aprobado las oposiciones a funcionario de cultura unos cuantos meses atrás, y venía dándole largas a su madre desde entonces. La buena mujer se sentía sola e insistía en volver a la Algeciras natal, donde tenían parientes, casa, un ambiente menos hostil, otro tipo de recuerdos menos agrios. Juan José retrasó lo inevitable cuanto pudo, hasta que a final de verano se acabó lo que se daba. Rota la tensión por el lugar más fuerte, Téllez solicitó el traslado y le fue concedido casi en el acto.

Fue un jarro de agua fría sobre nuestros deseos de continuar con *Jaramago*. Téllez era el capitán, sin duda alguna, el que nos metía a todos en mil y un berenjenales, el que contagiaba a cuantos le rodeaban de una fiebre poética a la que nadie podía resistirse. Los demás, sin su entusiasmo, sus contactos, su torrente de idealismo y su palabra no eramos nada, no podíamos ser nadie.

Aun así, tratamos de seguir adelante, y en casa de José Ángel, en tres o cuatro tardes, montamos un número seis que regresaba a nuestros orígenes, olvidadas las veleidades de nombres y calidades supuestas, folios escritos a máquina y adornados por los dibujos del propio José Ángel. Dos novedades había en ese número: yo escribía por fin un cuento de ciencia ficción, «Cromosoma», y Juanito Mateos vencía la reticencia propia y la impuesta por los demás y se atrevió con un poema que no desentonaba de lo que habíamos publicado hasta el momento.

El número quedó entregado en Copitecno, mientras el Comandante Cero ocupaba las portadas de todos los periódicos y el enemi-

go común que era Pinochet se olvidaba a cambio de Somoza y los americanos. Carolina de Mónaco, para nuestra desgracia, se había casado con otro mientras tanto.

Tuve que actuar unos cuantos días después, despierto tras la resaca, como un superviviente que aún no comprende la magnitud del naufragio. El Colectivo como tal estaba roto. El contacto sólo lo manteníamos regularmente Juanito y yo; ni siquiera sabíamos cómo había que localizar a Leo Hernández, y José Ángel siempre había sido un vampiro bohemio y libertario, en otra onda demasiado distinta a lo que habíamos venido haciendo. No lo pensé más veces. Una deuda a las espaldas era más que suficiente. Sin Téllez para servir de parapeto, sin gente que nos ayudara a vender la revista por las calles, el número seis acabaría pudriéndose en nuestras casas, un ramillete de versos apolillado e ilegible. No lo pensé más veces. Téllez y yo habíamos imaginado la revista en aquel autobús sudoroso. Ahora él ya no estaba. Me tocaba por tanto officiar el responso.

Di una excusa tonta a la imprenta, algo de cambiar alguna página de sitio, y retiré los originales antes de que pudieran pasar por la máquina. Me los llevé a mi casa, entristecido, y los tuve guardados en un cajón hasta que Leo Hernández me los demandó, dos meses más tarde.

Se los entregué una noche de noviembre, en Salesianos, mientras el grupo de Manolo González Piñero bailaba en el escenario. Leo quería seguir a toda costa, conmigo o sin nosotros. Le entregué los originales y el poco dinero que había en caja (hacía unos meses que Juanito me había entregado la cajita de caudales azul), lo que había sobrevivido tras los tapeos en Los Lunares y la compra de algún tebeo.

Leo se llevó la revista, jurando y perjurando que la sacaría adelante él solo. Le deseé suerte, nos dimos la mano, nos dijimos adiós. Busqué en vano por las calles meses más tarde, pero *Jaramago* seis no llegó a nacer nunca.

THE TIMES. THEY ARE A-CHANGIN´

Una triquiñuela legal nos permitió por fin hacer uso del voto a quienes aún no habíamos cumplido los veintiún años necesarios hasta entonces. Seis de diciembre. Ya me consideraban un adulto. Me acerqué a la mesa con la papeleta en la mano, mirando a todas partes, el carnet a la vista, ilusionado. Ibamos a votar la Constitución, a marcar el final de una época, o mejor todavía, el amanecer de un principio. *Jaramago* quedaba atrás, en el pasado, como la legalidad que enterrábamos ese día bajo millones de papeletas blancas. A partir de entonces habría que mirar hacia otro lado, escribir de otra manera, para otro público, en un mundo que era nuevo y partía en tabla rasa, desde cero.

Salí a la calle, saboreando aquel sacramento que siempre me ha sabido a poco cada vez que lo he vivido desde entonces, como un beso robado, como un pecho entrevisto. Bob Dylan cantaba en un transistor desde una ventana abierta. Me subí la cremallera de la cazadora de ante. *The times, they are a-changin´*, se escuchaba a lo lejos. Tenía razón. Cambiaban los tiempos. Había que seguir caminando, desde luego. Y de un modo u otro yo tenía que seguir escribiendo.

ÍNDICE

UNA MAÑANA DE NOVIEMBRE	9
LA PRIMERA PINTADA	11
SEÑAS DE IDENTIDAD	15
MI AMIGO MIGUEL	17
LETANÍAS DE DOMINGO	21
AMIGUETES	23
UN ALMA SENCILLA	25
DEL CORO AL CAÑO	27
A CÁNTAROS	29
LA NOCHE QUE CONOCÍ A TÉLLEZ	31
UNA LEYENDA DE ANDAR POR CASA	35
PROHIBIDO A MENORES	37
UN CANTAUTOR SORDO	39
ILUSIONES CONTRA MIEDOS	43
VOLVER A LOS DIECIOCHO	45
JUANITO	47
ENTRE EL YIN Y EL YANG	51
EL HUERTO PISOTEADO	53
ADIEU, LES ENFANTS	57
ANSIAS DE LIBERTAD Y CACHONDEO	61
AQUEL CARNAVAL DE LA TRANSICIÓN	63
SÁBADO SANTO ROJO	67
EXPULSADOS DEL CORO	69
EL NACIMIENTO DE UNA NOCIÓN	71
Y VOLAR	73

EN CLAVE DE CÓNCLAVE	75
EL POETA Y LOS APRENDICES	79
EL COLECTIVO	83
LA PANDILLA	89
PRIMERA VÍCTIMA	93
UN TOQUE DE RACISMO Y NARCISISMO	97
LIBERTADES CONTRAPUESTA	99
CHERCHEZ LA FEMME	101
PSICODRAMA	105
DESPEDIDAS	109
ANA	111
EN BUSCA DE UNA VIETNAMITA	113
RÍOS DE TINTA	117
ENCUENTRO EN EL PIOJITO	119
SOPA DE CANTAUTORES	121
UNOS VAN, OTROS LLEGAN	123
LITERATURA VERSUS GASTRONOMÍA	125
UN ABRIGO VERDE DE ESPIGAS	127
UN CUATRO DE DICIEMBRE MURIÓ UN MALAGUEÑO	129
STAR WARS	131
A TIENTAS	133
POETA DE BARRIO	137
HOMENAJE POR LOS PELOS	141
UN SALTO TECNOLÓGICO	145
GENIO Y FIGURA	149

CARNAVAL EN LAS GALAXIAS	155
DE SKYWALKER A EMMANUELLE	159
LA GENERACIÓN DEL CHOCO FRITO	163
LA LIBRE COMPETENCIA	167
DECADENCIA Y VERGÜENZA TORERA	171
EL PRINCIPIO DEL FIN	173
GRISES QUE VIENEN, GRISES	175
DELIRIOS DE GRANDEZA	181
DESMADRE A LA GADITANA	183
UN LIBRO OLVIDADO	187
MAL DE AMORES	191
UNA RADIO RECORDADA	193
TOMATADA EN EL COLUMELA	197
ADIÓS A TODO ESO	199
THE TIMES, THEY ARE A-CHANGIN´	203

***ÉSTE LIBRO TERMINÓ DE
IMPRIMIRSE EL DÍA X
EN LA IMPRENTA X***

